

# EL HUMANISFERIO

## UTOPIA ANARQUICA

Joseph Dejacque

### INTRODUCCIÓN

La utopía no es, como se cree a menudo, el sueño ocioso o el resultado de un deseo quimérico para ofrecer a la evolución social un plan hecho de antemano; si es digna de su nombre, representa el voto ardiente de un hombre convencido de proponer ideas avanzadas que los contemporáneos rehúsan reconocer, en esa forma que apela a los sentidos y al sentimiento de un gran número de hombres, la forma artística, igual que los pintores que trazan un paisaje ideal o una figura humana expresando su sueño de belleza o de energía. Pero como las concepciones sociales críticas, revolucionarias y solidarias y las grandes facultades artísticas no están sino raramente unidas en el mismo individuo -y el verdadero artista tiene tantos medios de expresión de su ideal que la utopía puede parecerle un cuadro demasiado restringido-, no siempre las utopías son también obras de arte, naturalmente, y es preciso ser indulgentes respecto de ellas en ese sentido. En cambio, las verdaderas utopías nos muestran un hombre completamente absorbido por su asunto, pensando cada idea hasta su consecuencia lógica extrema, realizando así un nuevo mundo todavía desconocido, diferente de las obras de la fantasía de cualquier otro género que, todas, quedan en el cuadro estrecho y fijo de las circunstancias presentes o pasadas. Sólo la utopía practica la verdadera libertad, revoloteando por las esferas inmensas y desconocidas del provenir próximo y lejano. Convendrá, esperémoslo, a los lectores, participar en esos vuelos lejanos en lo desconocido, y esta serie presentará tales excursiones por autores libertarios, por anarquistas y por hombres a quienes su deseo de libertad como factor esencial de bienestar social, aproxima más o menos a las ideas de la ANARQUÍA integral.

Las utopías autoritarias son bastante conocidas; pero se conoce más el género de los viajes imaginarios con anticipaciones sociales incoloras o puramente fantásticas. Las utopías libertarias son mucho menos numerosas, porque la energía de los libertarios en lucha contra tantos obstáculos es absorbida muy frecuentemente por otros géneros de militancia; raramente tienen tiempo para las composiciones utópicas. Pero sin embargo, se hizo eso aquí y allí por hombres notables que han dejado a su rastro sobre otras partes del movimiento revolucionario, lo que da peso a su palabra como utopistas, porque son raramente soñadores, son o fueron hombres de experiencia, de lucha práctica, de crítica social y de elaboración teórica de las nuevas ideas. Por primera vez se piensa reunir aquí una serie de ellas, tratando de presentar lo mejor de lo que hay en la literatura de un número de grandes países.

El hecho mismo de que se lea toda una serie de tales concepciones de una sociedad verdaderamente libre y dichosa implica que ni los editores ni los lectores se identificarán con las ideas y planes múltiples y muy diversos que encontrarán en no importa cuál de esta docena de utopías. Se recibirá más bien el sentimiento de la gran variedad y complejidad de todos los problemas de la vida humana y social, y se confirmará la opinión que sólo la libertad más ampliamente florecida, las más sólidamente arraigada en las mentalidades, la más prácticamente incorporada en todos los rodajes y articulaciones del cuerpo social, de ese conjunto de hombres que deben organizar su vida sobre el planeta Tierra con los recursos que

---

\* Digitalización: KCL. Con explicaciones previas de Max Nettlau y Elíseo Reclús. Editorial *La Protesta*, 1927.

el globo terrestre les presenta -que sólo tal libertad puede garantizar el disfrute de un máximo de felicidad para todos-

Al volver de esas lecturas utópicas a la vida horrorosa del sistema autoritario-capitalista actual, militarán con una energía reforzada para aproximarse, no a la utopía de tal o cual autor, sino a la que vive en ellos mismo y que tratarán de realizar por el esfuerzo tanto individual como colectivo.

-----

Joseph Dejacque, el autor de “**El Humanisferio**”, era un verdadero proletario, un obrero francés desconocido, empapelador y decorador, que salía no se sabe de dónde y que desapareció de un modo que no está esclarecido, viviendo desde 1820 a 1854, o 1867 aproximadamente, pero cuya vida desde febrero de 1848 al año 1861 es bastante conocida. La primera mitad del año 1848 está en París en un ambiente abnegado y entusiasta, pero moderado, entre cooperadores y mujeres socialistas, pero él tomó su fusil en junio, fue insurrecto de las barricadas obreras contra la burguesía, vio la masacre del pueblo vencido, fue arrastrado de prisión en prisión durante un año y salió de ellas anarquista revolucionario.

A partir de allí su voz resuena en poesías que le hacen condenar en París, en discursos (en Londres, New Jersey, New York), después en folletos (en New York y en New Orleans); se detiene algunos años en New Orleans, donde la corrupción social, la esclavitud de los negros lo desalientan y adquiere nuevas fuerzas al ampliar su volumen de poesías, “La Lazaréennes” (1857), y redactando su sueño del porvenir, la utopía presente, terminada en febrero de 1858, cuando lanzó un prospecto para reunir algunos suscriptores, que no encontró.

Fue entonces cuando llegó a New York, enamorado de la idea, que muestra su energía, de crear un periódico en el cual publicaría su librito, y así lo hizo. Con sus solos recursos, el dinero que ganaba con la pintura y su trabajo de empapelador, y un número restringido de suscriptores en la emigración francesa de diversos países, produjo desde el 9 de junio de 1858 al 4 de febrero de 1861, 27 números del “Libertaire”, 4 páginas de impresión cerrada, con frecuencia de tipo menudo. La utopía apareció allí desde el 9 de junio de 1858 al 10 de agosto de 1859. Volvió a Londres en 1861 y de allí partió para París, donde su rastro se pierde completamente y las noticias sobre su fin, acelerado o directamente producido por una crisis de enfermedad, son raras, contradictorias e inciertas. Pero sus escritos -a excepción de uno solo, “Béranger au pilori” (contra el sentimiento nacionalista que emanaba de las poesías del cancionero), que permanece inencontrable para mí-, quedan; incluso del “Libertaire”, tan raro, se han conservado algunas colecciones.

Con Ernest Coeurderoy, Dejacque fue el rebelde social más pronunciado de los años 1848 a 1861 y el anarquista comunista más consciente de ese tiempo, expresando esa idea tal como la creaba él mismo entonces, sin depender de ningún predecesor, lo han hecho también Ernest Coeurderoy en sus escritos desde 1852 a 1855 y Elíseo Reclus en su manuscrito de Monrauban de 1851, recientemente encontrado. Oigámosle formular las ideas que le guiarían al redactar el “Libertaire”, que escribió casi enteramente solo:

“... Tiene por principio uno y superior: La libertad en todo y para todos. No reconoce otra autoridad que la autoridad del progreso. En todo y para todos quiere la abolición de todas las esclavitudes bajo todas las formas, la emancipación de todos los cuerpos y de todas las inteligencias”.

“*El Libertaire* no tiene más patria que la patria universal. Es enemigo de los límites: límites-fronteras de las naciones, propiedad de Estado; límites-fronteras de los campos, de las casas, de las fábricas, propiedad particular; límites-fronteras de la familia, propiedad marital y paternal. Para él, la humanidad es uno solo y mismo cuerpo en el cual todos los miembros tienen un

mismo e igual derecho a su libre y completo desarrollo, sean los hijos de este o del otro continente, pertenezcan a uno o a otro sexo, a tal o cual raza”.

“De religión, no tiene ninguna; es protestante contra todas. Profesa la negación de dios y del alma; es ateo y materialista, dado que afirma la unidad universal y el progreso infinito, y que la unidad no puede existir ni individualmente ni universalmente, con la materia esclava del espíritu y el espíritu opresor de la materia, como el progreso tampoco puede ser infinitamente perfectibles si está limitado por ese otro límite o barrera en donde los humanicidas han trazado con sangre y lodo el nombre de dios...”

Dejacque había escrito ya en 1852-53 en Jersey: “... ¡En pie, proletarios, en pie todos! ¡Y despleguemos la bandera de la guerra Social! – ¡En pie! Y, como los fanáticos del Corán -en el fuerte de la contienda insurreccional en donde el que muere no muera más que para renacer en la sociedad futura-, repitamos ese grito de anatema y de exterminio de la religión y la familia, del capital y del gobierno, ese grito de odio y de amor -de odio al privilegio, de amor a la igualdad-, ese grito vengador, en fin, ese grito de nuestra fe: La **revolución** es la **revolución** y la **libertad**- hoy vilipendiada, perseguida, pero mañana victoriosa y poderosa y siempre inmortal-, la **libertad** es su **profeta**”... (Ver “La Question Révolutionnaire”, por Joseph Dejacque, New York, Frank F. Barclay, impresor y editor, folleto de 64 páginas en 32º, publicado en el año 1854).

Estas pocas líneas harán comprender -y la lectura de **El Humanisferio** lo confirmará-, que este hombre, proletario aislado, arrojado a los cuatro vientos del destierro, arrastrándose de país en país-, estaba imbuido a la vez por el más violento amor a la humanidad, que quería libre y dichosa, bella e inteligente en este bello globo terrestre con todas sus riquezas, bellezas y posibilidades de progreso, -y por el odio absoluto, feroz, ferocísimo si se quiere y altamente proclamado a la faz de todos, a los usurpadores, a los monopolistas, a los engañadores de toda especie, del sacerdote al político, que se han insinuado en el pobre cuerpo martirizado de la humanidad como sanguijuelas y parásitos y microbios envenenadores.

Tengo ante mí una carta de ese hombre, del 20 de febrero de 1861, la única y el único documento de su mano que parece haberse conservado, del cual saco estas palabras -estaba entonces cansado de América y preparaba su vuelta a Europa-:

“... ¡Pobres primeros socialistas que somos!, ¡hombres **declassés** en la **civilización cristiana**, nos movemos como almas en pena, esperando siempre encontrar un rincón donde estaremos menos fuera de nuestra esfera natural, y ese rincón no podemos hallarlo, porque no es de este mundo, es decir de este siglo!”...

“Nosotros somos más numerosos hoy, pero ¡qué trabajo queda por hacer aún -en frente a enemigos absolutos-, a los indiferentes y a los extraviados!”

Joseph Dejacque no fue completamente olvidado después de su desaparición, pero sus escritos se volvieron pronto inaccesibles, y para aquellos que se ocuparon de él han sido una verdadera sorpresa por la claridad de las ideas anarquistas expresadas por ese aislado ya tan tempranamente. Fuimos un excelente camarada suizo, J. G., y yo los que hemos señalado **El Humanisferio** a Elíseo Reclus, entonces en Bruselas -a él y a su hermano Elías, del tiempo de su destierro en Londres en 1852, la personalidad de Dejacque no les era desconocida, pero en Francia, donde habitaban cuando apareció el “Libertaire”, 1858 a 1861, ese periódico no penetró o penetró apenas-, y E. Reclus y su grupo hicieron aparecer esa utopía desconocida en la “Bibliothèque des Temps Nouveaux”, núm. 14, Bruselas, 1899, IV-191, págs. en 12º. Las palabras de introducción son, sin duda debidas a la pluma de Reclus, a quien cedo la palabra.

Max Nettlau. Noviembre, 1926.

## ALGUNAS PALABRAS DE ADVERTENCIA\*\*

La Editorial “Temps Nouveaux” se ha propuesto publicar todas las obras que han tenido su parte de influencia en el desarrollo del ideal anárquico. En ese concepto, “El Humanisferio” de Dejacque es una de las obras más merecedoras de ser incluidas en nuestra biblioteca.

En efecto, Dejacque fue un anarquista de la primera hora, un anarquista antes que surgiera el vocablo; desde las jornadas de junio, en las que combatió en las filas de los insurrectos, y, sin duda, mucho antes, aunque sólo se le conozca a partir de esa época, no cesó de protestar, por la palabra y por los actos, contra la reacción burguesa; comprendía que una república, dirigida en esa forma, debía llegar fatalmente al golpe de Estado. Desterrado, entonces, no sin haber conocido los procesos políticos, la prisión, las persecuciones de toda clase, continuó, en los diarios ingleses, belgas, americanos, defendiendo las ideas libertarias, no vacilando en contradecir en ardientes polémicas, a sus hermanos proscritos, Ledru-Rollin, al mismo Proudhon, a quien no perdonaba que excluyera a la mujer de la sociedad anarquista.

Era poeta y sus poesías, de áspera elocuencia, no tenían, como su prosa, otro fin que el de la propaganda revolucionaria, a la que consagraba todo el producto de su trabajo. En el curso de los años 1858 y 1859 publicó “El Humanisferio”, “utopía anarquista”, en el “Libertaire”, “periódico del movimiento social”, que salía en New York, editado, redactado, administrado y expedido por Dejacque solamente. Se hallan en él numerosos y muy interesantes artículos de propaganda y de principios, así como notables poesías impregnadas de un ideal elevado de justicia y de libertad.

Nos parece que no ha llegado aún el tiempo de publicar íntegramente “El Humanisferio”. La presente edición adolecerá de algunas omisiones<sup>1</sup>, por la sencilla razón de que algunos pasajes serían, probablemente, falsamente interpretados; sin hablar de los que leen con el propósito deliberado de encontrar en las obras el defecto que buscan, no todos los lectores están animados de esa bella filosofía que permite comprender desde muy alto el pensamiento ajeno, guardando, al mismo tiempo, la serenidad del propio. Vendrá un día en que la obra de Dejacque será libremente publicada sin omitir una sola línea.

## EL HUMANISFERIO UTOPÍA ANÁRQUICA

Utopía: “*Sueño no realizado, pero no irrealizable*”.

ANARQUÍA: “*Ausencia se gobierno*”.

*Las revoluciones son conservaciones.* (P. J. Proudhon).

*No hay más revoluciones verdaderas que las revoluciones de ideas.* (Jouffroy).

---

\*\* Elíseo Reclus escribió, sin firmar, para la única reimpresión y la primera edición en libro, Bruselas, 1899, lo que sigue: Algunas palabras de advertencia.

<sup>1</sup> En la presente edición esas omisiones, entre las que se encuentra la extensa nota colocada al fin de este volumen, han sido completadas. (Editorial: *La Protesta*).

*Hagamos costumbres y no leyes.* (Emile de Girardin).

«Regulen sus palabras y sus acciones como si debieran ser juzgados por la ley de la libertad...»

“Manténganse, pues, firmes en la libertad con respecto a la cual Cristo les ha libertado y no se sometan más al yugo de la servidumbre”.

“Pues no tenemos que combatir contra la Sangre y la Carne, sino contra los “principados”, contra las “potencias”, contra los “señores del mundo”, gobernantes de las tinieblas de este siglo». (El apóstol San Pablo).

## ¿QUÉ ES ESTE LIBRO?

Este libro no es una obra literaria, es una obra **Infernal**, es el clamor de un esclavo rebelde.

Como el grumete de la **Salamandra**, no pudiendo, en mi debilidad, derribar todo lo que, sobre el navío del orden legal, me domina y me maltrata -cuando mi jornada ha concluido en el taller, cuando mi guardia sobre el puente ha terminado-, desciendo de noche al fondo de la cala, tomo posesión de mi rincón solitario, y allí, con dientes y uñas, como una rata en la sombra, araña y socavo las paredes apolilladas de la vieja sociedad. Durante el día, utilizando aún mis horas de ocio, me armo de una pluma como de un barreno, la sumerjo en hiel, a guisa de grasa y, poco a poco, voy abriendo un boquete, cada vez más grande, al torrente innovador, perforo sin descanso la carena de la Civilización. Yo, ínfimo proletario, a quien la tripulación, horda de explotadores, inflige cotidianamente el suplicio de la miseria, agravado con las brutalidades del destierro o de la prisión, entreabro el abismo bajo los pies de mis martirizadores y paso el bálsamo de la venganza sobre mis cicatrices siempre sangrantes. Observo, ojo alerta, a mis amos. Sé que cada día me acerca a la meta; que un grito formidable -el siniestro **¡Sálvese quien pueda!**- va a resonar muy pronto en lo mejor de su jubilosa ebriedad. **Rata de cala**, preparo su naufragio; sólo este naufragio puede poner fin a mis males, así como a los males de mis semejantes. ¡Venga la revolución!; los que sufren ¿no tienen, por bizcocho, ideas en reserva, y, por tabla de salvación, el socialismo?

Este libro no está escrito con tinta; sus páginas no son hojas de papel.

Este libro es acero forjado en 8º y cargado de fulminato de ideas. Es un proyectil autoricida que disparo en cantidad de mil ejemplares sobre el pavimento de los civilizados. ¡Ojalá vuelen lejos sus cascos y horaden mortalmente las filas apretadas de los prejuicios! ¡Ojalá la vieja sociedad se desmorone hasta en sus cimientos!

¡Privilegiados!, para los que han sembrado la esclavitud ha llegado la hora de cosechar la rebelión. No hay un solo trabajador que, en el seno de su cerebro, no conciba clandestinamente algún pensamiento de destrucción. Ustedes tienen la bayoneta y el código penal, el catecismo y la guillotina; nosotros tenemos la barricada y la utopía, el sarcasmo y la bomba. Ustedes son la compresión, nosotros somos la mina: ¡una chispa puede hacerlos saltar!

Es que hoy día, sépanlo, oprimidos por el collar de hierro de los esclavos, bajo su superficial torpeza, las multitudes están compuestas de granos de pólvora; las fibras de los pensadores son sus cápsulas. Por otra parte, no deja de ser peligroso aplastar la libertad sobre la frente de las sombrías multitudes. ¡Imprudentes reaccionarios! -dios es dios, dicen. ¡Sí, pero Satán es Satán!... Los elegidos del becerro de oro son poco numerosos y el infierno rebosa de

condenados. Aristócratas, no hay que jugar con el fuego, con el fuego del infierno, ¡entiéndanlo!...

Este libro no es un escrito, es un acto. No ha sido trazado por la mano enguantada de un fantaseador; está amasado con corazón y con lógica, con sangre y con fiebre. Es un grito de insurrección, un toque de clarín que hace resonar el martillo de la idea en el oído de las pasiones populares. Es, además, un canto de victoria, una salva triunfal, la proclamación de la soberanía individual, el advenimiento de la libertad universal; es la amnistía plena y completa de las penas autoritarias del pasado por decreto anárquico del humanitario Porvenir.

¡Este libro destila odio y destila amor!...

## PREFACIO

“Conócete a ti mismo”.

La ciencia social procede por inducciones y por deducciones, por analogía. Por medio de una serie de comparaciones llega a la combinación de la verdad.

Procederé, pues, por analogía.

Trataré de ser lacónico. No son, precisamente, los libros voluminosos disertaciones o de las enseñanzas clásicas, la frase llena de imágenes, ya que tiene la ventaja de decir mucho en pocas palabras.

Estoy lejos de la ciencia infusa. He leído poco, observado más, meditado mucho. Estoy, creo, a pesar de mi ignorancia, en uno de los medios más favorables para resumir las necesidades de la humanidad. Tengo todas las pasiones, aunque no pueda satisfacerlas: la del amor y la del odio, la pasión del lujo llevado al extremo y el de la extrema sencillez. Comprendo todos los apetitos, los del corazón y los del vientre, los de la carne y los del espíritu. Gusto del pan blanco y también del pan negro, de las discusiones borrascosas y también de las dulces conversaciones. Conozco todas las sedes físicas y morales, tengo la intuición de todas las embriagueces; todo lo que sobreexcita o calma tiene, para mí, seducciones: el café y la poesía, el champagne y el arte, el vino y el tabaco, la miel y la leche, los espectáculos, el tumulto y las luces, la sombra, la soledad y el agua pura. Amo el trabajo, las labores rudas; amo también el ocio, la blanda pereza. Podría vivir de poco y considerarme rico, consumir enormemente y considerarme pobre. He observado, por el agujero de la cerradura, la vida privada del opulento, conozco sus aparatos de calefacción y sus salones suntuosos; y conozco también, por experiencia, el frío y la miseria. He tenido indigestiones y sufrido hambre. Tengo mil caprichos y ningún goce. Soy susceptible de cometer algunas veces lo que la jerigonza de los civilizados deshonra con el nombre de virtud, y más a menudo aún lo que honra con el nombre de crimen. Soy el hombre más desprovisto de prejuicios y el más lleno de pasiones que conozca; bastante orgulloso para no ser vanidoso y demasiado soberbio para ser hipócritamente modesto. No tengo más que un rostro, pero ese rostro es móvil como el movimiento de la ola al soplo más leve, pasa de una expresión a la otra, de la calma a la tempestad, de la cólera a la ternura. De ahí que, apasionado múltiple, espero tratar con alguna probabilidad de éxito de la sociedad humana, visto que, para tratar bien de ella, se requiere tanto el conocimiento que se tiene de las pasiones de si mismo como el conocimiento que se tiene de las pasiones de los otros.

El mundo de la ANARQUÍA no ha sido, en verdad, inventado por mí, como tampoco lo ha sido por Proudhon, ni por Pedro, ni por Juan. Cada uno, en particular, no inventa nada. Las invenciones son el resultado de observaciones colectivas; es la explicación de un fenómeno, un arañazo hecho al coloso de lo desconocido, pero es la obra de todos los hombres y de todas las generaciones de hombres ligados, todos, si, por indisoluble solidaridad. Ahora bien, si hay invención, tengo derecho, por lo menos, a una patente de perfeccionamiento. Quedaría mediocrementemente halagado si algún amigo de bromas de mal gusto quisiera arrojarme al rostro el mote de jefe de escuela. Comprendo que se expongan ideas que se aproximen o alejen, más o menos, de las ideas conocidas. Pero lo que no comprendo es que haya hombres que las acepten servilmente, más aún, que se hagan los adeptos del primer pensador que surge, que se adapten a sus puntos de vista, que le imiten en sus menores detalles y se las endosen, como un soldado o un lacayo su uniforme o su librea. Ajústenlas, por lo menos, a su talla; cercéñenlas o amplíenlas, pero no las lleven tal cual son, con mangas demasiado cortas o faldones demasiado largos. Por otra parte, esto no es dar pruebas de inteligencia, es poco digno de un hombre que piensa, y es ridículo también.

La autoridad alinea a los hombres bajo sus banderas por la disciplina, los encadena a ellas por el código de la ortodoxia militar; la obediencia pasiva; su voz imperiosa impone el silencio y la inmovilidad en las filas, la autocrática rigidez.

La libertad une a los hombres bajo su lábaro por la voz del libre examen; no les petrifica sobre la misma línea. Cada uno se coloca donde le place y se mueve como le da la gana. La libertad no regimenta a los hombres bajo la pluma de un jefe de secta: les inicia en el movimiento de las ideas y les inculca el sentimiento de la independencia activa. ¡La autoridad es la unidad en la uniformidad! ¡La libertad es la unidad en la diversidad! El eje de la autoridad es la knut-arquía. La ANARQUÍA es el eje de la libertad.

Tengo para mí que de lo que se trata es de hacer hombres y no discípulos, y no se es hombre sino a condición de ser uno mismo. Incorporémos las ideas de los otros y encarnemos nuestras ideas en los otros; mezclemos nuestros pensamientos, no hay nada mejor; pero hagamos de esta mezcla una concepción en lo sucesivo nuestra. Seamos una obra original y no una copia. El esclavo se adapta al amo, le imita. El hombre libre sólo forja su tipo, crea.

Mi plan consiste en hacer un cuadro de la sociedad tal como la vislumbro en el porvenir: la libertad individual moviéndose anárquicamente en la comunidad social y produciendo la armonía.

No tengo, en modo alguno, la intención de imponer mi opinión a los otros. No desciendo del nebuloso Sinaí. No marchó escoltado por truenos y relámpagos. No soy un enviado por el autócrata de todos los universos para revelar su palabra a sus muy humildes vasallos y publicar el úkase imperial de sus mandamientos. Habito los abismos de la sociedad; de ahí extraje pensamientos revolucionarios y los proyecto hacia el exterior desgarrando las tinieblas. Soy un buscador de verdades, un incubador de progreso, un soñador de luces. Suspiro por la dicha y evoco su ideal. Si éste ideal les sonríe, hagan como yo, ámenlo. Si le encuentran imperfecciones, corríjanlo. Si les desagrada tal como se los presento, creen otro. No soy exclusivista, y dejaría de buena gana el mío por el suyo, si el suyo me pareciera más perfecto. Sólo que no veo sino dos grandes figuras posibles; se puede modificar su expresión, no se pueden cambiar los hechos; es la libertad absoluta o la autoridad absoluta. Se ha visto a la autoridad con las manos en la masa y sus obras la condenan. Es una vieja prostituta que ha enseñado siempre la depravación y ha engendrado siempre la muerte. La libertad no se ha dado a conocer hasta ahora sino por su tímida sonrisa. Es una virgen a la que el beso de la humanidad no ha fecundado aún pero, que se deje seducir el hombre por sus encantos, que le dé todo su amor, y engendrará bien pronto generaciones dignas del gran nombre que lleva.

Invaldar la autoridad y criticar sus actos no basta. Una negación, para ser absoluta, necesita completarse con una afirmación. De ahí que afirme la libertad, de ahí que saque las consecuencias.

Me dirijo, sobre todo, a los proletarios, y los proletarios son, en su mayor parte, aun más ignorantes que yo; por lo tanto, antes de esbozar el orden anárquico, pintura que será en este libro la última plumada del autor, es menester la historia de la Humanidad. Seguiré, pues, su marcha a través de las edades en el pasado y en el presente y la acompañaré hasta el porvenir.

En este esbozo he de reproducir un tema utilizado con mano maestra por un gran artista en poesía. No tengo su trabajo a mi alcance; y aunque le tuviera, raramente releo un libro, no tengo para ello ni el ánimo ni el ocio necesarios. Mi memoria es toda mi biblioteca, y mi biblioteca está a menudo en desorden. Si se me escaparan reminiscencias, si se me ocurriera extraer de mis recuerdos, creyendo extraer de mi propio ser, declaro, por lo menos, que sería sin saberlo y sin quererlo. Me horrorizan los plagarios. Sin embargo, soy también del parecer de Alfred Musset: puede pensar lo que otro ha pensado antes que yo. Sólo desearía una cosa: que los que no hayan leído el libro de Eugene Pelletan, *Le Mond Marche*, tuvieran a bien leerlo antes de comenzar la lectura del mío. La obra del brillante escritor es todo un museo del reino de la humanidad hasta nuestros días, magníficas páginas que es siempre bueno conocer, y que serán de gran utilidad a más de un civilizado inclinado sobre mi obra, no solamente para suplir lo que en ella falta, sino también como ayuda para comprender sus claro-oscuros.

Ya ahora, lector, si quieres iniciar la marcha conmigo, haz provisión de inteligencia, y ¡adelante!

## PRIMERA PARTE

### CUESTIÓN GEOLÓGICA

“Si se les dice (a los civilizados) que nuestro torbellino, de alrededor de doscientos planetas y cometas, es la imagen de una abeja que ocupa un alvéolo en la colmena; que las otras estrellas fijas, rodeadas cada una de un torbellino, son otros planetas, y que el conjunto de este vasto universo se considera a su vez como una abeja en una colmena formada por, más o menos, cien mil universos siderales, cuyo conjunto constituye un *Biniverso*, que en seguida vienen los *Triniversos* formados de muchos miles de biniversos, *et sic de coeteris*; en fin, que cada uno de estos universos, biniversos, triniversos es una criatura que tiene, como nosotros, su alma, sus fases de juventud y vejez, muerte y nacimiento...; no dejarán terminar el tema, hablarán de demencia, de ensueños gigantesco; ¡y, sin embargo, plantean, en principio, la analogía universal!” (Charles Fourier).

Se conoce la fisonomía de la tierra, su conformación externa. El lápiz, el pincel, la pluma han descrito sus rasgos. Las telas de los artistas y los libros de los poetas la han tomado en su cuna y nos la mostraron envuelto, primero, en las mantillas de la inundación, toda blanda aún y con las costras de los primeros días; luego, afirmándose y cubriéndose de una cabellera vegetal, animando sus perspectivas, embelleciéndose a medida que avanzaban en su camino.



Se conoce también su conformación interna, su fisiología; se ha estudiado la anatomía de sus entrañas. Las excavaciones han expuesto su almacén óseo, al que se le ha dado el nombre de mineral; sus arterias, por las que circula el agua, sus intestinos untados de una mucosidad de fuego.

Pero ¿quién se ha ocupado de su organismo psicológico? Nadie. ¿Dónde reside, en ella, el pensamiento? ¿Dónde se halla su cerebro? Se ignora. Y sin embargo, los astros, por ser de una naturaleza diferente a la nuestra, no dejan de ser seres móviles y pensantes. Lo que hasta ahora hemos tomado por la superficie de la tierra, ¿es, en realidad, la superficie? Y al despojarla, al arrancarla de las atmósferas que la envuelven, ¿no ponemos al vivo su carne y sus fibras, no le atacamos el cerebelo hasta la médula, no le arrancamos los huesos con la piel?

¿Quién sabe si el globo terrestre, cuyo estudio zoológico está tan lejos de hallarse terminado, no es también un ser animado, quién sabe si la humanidad no es la materia de su cerebro? ¿Si el átomo humano no es el animáculo del pensamiento, la molécula de la inteligencia planetaria funcionando sobre el vasto cráneo de sus círculos atmosféricos? ¿Se conoce algo de la naturaleza de sus sentidos íntimos? ¿Y qué habría de extraño en que todas nuestras acciones sociales, hormigueo de sociedades homunculares, fueran las ideas o los sueños que pueblan, de un polo a otro, la frente del globo?

No pretendo, de primera intención, resolver la cuestión, afirmarla o invalidarla absolutamente. No he meditado, en realidad, bastante sobre el tema. Sólo que planteo la cosa en forma interrogativa para provocar investigaciones y, por lo tanto, una respuesta. Esta respuesta tal vez la dé yo mismo. No me parece desprovisto de interés el ocuparse del organismo intelectual del ser en el seno del cual hemos nacido, así como tampoco me parece desprovisto de interés el ocuparse de su organismo corporal. Para el que quiere estudiar la zoología de los seres, animales o planetas, la psicología es inseparable de la fisiología.

Terminado este prólogo, dejemos a la tierra girar en torno de su eje y gravitar hacia el sol, y ocupémonos del movimiento de la humanidad y de su gravitación hacia el progreso.

## **¡MOVIMIENTO DE LA HUMANIDAD!**

¡Un cretino!, es decir, un pobre ser deprimido, temeroso y enano; una materia que se mueve o un hombre que vegeta, una criatura desgraciada que se harta de vegetales acuosos, de pan negro y de agua cruda; -naturaleza sin industria, sin ideas, sin pasado, sin porvenir, sin fuerzas;- infortunado no reconoce a sus semejantes, que permanece insensible al mundo exterior, que nace, crece y muere en el mismo lugar, miserable como el amargo liquen y las encinas nudosas.

¡Oh! es un espectáculo espantoso ver al hombre así acuchillado en el polvo, inclinada la cabeza hacia el suelo, los brazos caídos, la espalda encorvada, las piernas dobladas, los ojos claros o empañados, la mirada vaga o asustadora de fijeza, sabiendo apenas tender la mano al transeúnte; -con mejillas hundidas, largos dedos y largos pies, con cabellos ásperos como el pelaje de las fieras, frente escapada o estrecha, cabeza aplastada y cara de mono-. ¡Cuán imperceptible es nuestro cuerpo en medio del universo si no es agrandado por nuestro saber! ¡Cómo temblaban los primeros hombres ante las aguas desbordadas y las piedras rebeldes! ¡Cómo achican los grandes Alpes al montañés de Valais! ¡Cómo trepa lentamente, desde sus faldas hasta sus cumbres, por senderos apenas masticables! Se diría que tiene miedo de despertar cóleras subterráneas.

Gusano de tierra, ignorante, esclavo, cretino, el hombre sería todo eso hoy día si no se hubiera rebelado jamás contra la fuerza. ¡Y helo ahí, soberbio, gigante, dios, porque se ha atrevido a todo! ¡Y el hombre luchará todavía contra la Revolución! El hijo maldecirá a su madre; Moisés, salvado de las aguas, ¡renegará de la noble hija del Faraón! Esto no puede ser. Al dios del cielo, a la fatalidad, el trueno que ciega; al dios de la tierra, al hombre libre, la Revolución que ve claro. Fuego contra fuego, relámpagos contra relámpagos, diluvio contra diluvio, luz contra luz. El cielo no está tan alto que no lo podamos desde ya ver; ¡y el hombre, alcanza, tarde o temprano, todo lo que desea!

(Ernest Coeurderoy).

“El mundo marcha”. (Eugene Pelletan).

## CAPÍTULO I

El mundo marcha, como dice, Pelletan, hermosa pluma, pero pluma burguesa, pluma girondina, pluma de teócrata de la inteligencia. Sí, el mundo marcha, marcha y marcha aún. Primero comenzó por arrastrarse, la cara contra la tierra, sobre las rodillas y los codos, husmeando con su hocico la tierra mojada aún con el agua diluviana y se nutrió de turba. Al sonreírle la vegetación, se levantó sobre las manos y los pies y ramoneó con el morro la espesura de hierbas y la corteza de los árboles. En cuclillas, al pie del árbol cuya alta copa solicitaba sus miradas, osó alzar la cabeza; luego, llevó las manos a la altura de las espaldas, después, en fin, se enderezó sobre sus dos pies, y, desde lo alto de su estatura, dominó, con el peso de su mirada, todo lo que le dominaba un instante antes. Entonces experimentó algo así como un estremecimiento de orgullo, él, tan débil y tan desnudo. Es que se acababa de iniciar a la altura de su talla corporal. Es que la sangre que, en la posición horizontal del hombre<sup>2</sup>, le zumbaba en los oídos, y le ensordecía, le inyectaba los ojos y le cegaba, le inundaba el cerebro y le aturdía, esa sangre, volviendo a su nivel, como las aguas fluviales después del diluvio, las aguas oceánicas, esa sangre refluía en sus arterias naturales por la revolución de la horizontalidad a la verticalidad humana, desembarazando su frente, de una sien a otra, y descubriendo, para la fecundación, el limo de todas las siembras intelectuales. Hasta entonces el animal humano no había sido más que un bruto entre los brutos; acababa de revelarse hombre. El pensamiento había salido a la luz; estaba aún en estado de germen, pero el germen contenía las futuras cosechas... El árbol, a la sombra del cual el hombre se había enderezado, tenía frutos; tomo uno con la mano, la mano... esa mano que hasta entonces no había sido para él más que una pata y no le había servido más que para arrastrarse, para marchar, ahora va a convertirse en el signo de su real animalidad, en el cetro de su terrestre poderío. Habiendo comido las frutas a su alcance, advirtió que su brazo no podía alcanzar otras. Entonces desarraiga un tierno retoño, alarga por medio de este bastón su brazo a la altura del fruto y lo separa de su rama. Este bastón le servirá bien pronto de ayuda en la marcha y para defenderse contra las fieras o para atacarlas. Después de haber mordido la fruta, quiere morder la carne; y helos ahí que sale a cazar; y como ha cogido la manzana, helo ahí que mata la presa. Y se confecciona un abrigo con las pieles de las bestias, una madriguera con las ramas y las hojas de los árboles, esos árboles cuyo tronco, ayer no más ramoneaba y que hoy día escala hasta sus partes más altas

---

<sup>2</sup> Cuando digo “el hombre”, se supone que no entiendo por tal ese ser masculino solamente, sino a ambos sexos, el ser humano en el sentido más amplio. Es una observación que hago una vez por todas al lector. Para mí la humanidad es la humanidad; no establezco ninguna distinción jerárquica entre los sexos y las razas, entre los hombres y las mujeres, entre los negros y los blancos. La diferencia que existe, tanto en el organismo sexual como en el color de la epidermis, no podría ser un signo de superioridad o de inferioridad. Tanto monta decir que, porque hay hombres cuyos cabellos son rubios y otros cuyos cabellos son morenos, esa contingencia basta para la constitución de dos especies en la humanidad y que hay lugar para afirmar la superioridad de los morenos sobre los rubios. “La igualdad no es la uniformidad”.

para apoderarse de los huevos y de los pajarillos que todavía no pueden valerse. Sus ojos, que tenía pegados a la corteza del suelo, contemplan ahora con majestad el firmamento y todas las perlas de oro de su espléndida pantalla. Es su propia corona soberana, rey entre todo lo que respira, y a cada una de esas joyas celestes le da un nombre, un valor astronómico. Al instinto que daba vagidos en él ha sucedido la inteligencia que balbucea todavía, pero que mañana hablará. Su lengua se ha desatado, como su mano, y ambas funcionan a la vez. Puede conversar con sus semejantes y estrechar su mano con la de ellos, cambiar con ellos ideas y fuerzas, sensaciones y sentimientos. El hombre no está ya solo, aislado, débil, es una raza; piensa y obra, y participa, por el pensamiento y la acción, en todo lo que piensa y obra en los demás hombres. La solidaridad se ha revelado en él. Su vida se ha acrecentado con ello; no vive solamente en su individualidad, ni tampoco en la generación presente, sino en las generaciones que le han precedido y en las que le sucederán. Reptil en su origen, se ha vuelto cuadrúpedo, de cuadrúpedo bípedo, y, erguido sobre sus dos pies, marcha, llevando, como Mercurio, alas en la cabeza y en los talones. Por la mirada y el pensamiento se eleva, como el águila, por encima de las nubes y se sumerge en las profundidades del infinito; los corceles que ha domado le prestan la agilidad de sus patas para franquear los espacios terrestres; los troncos de árboles vacíos le mecen sobre las olas, las ramas talladas en forma de remos le sirven de aletas. De simple ramoneador se ha hecho cazador, luego pastor, agricultor, industrial. El destino le ha dicho: ¡Marcha! ¡marcha, marcha siempre! Y ha robado mil secretos a la naturaleza; y ha trabajado los bosques, amasado la tierra, forjado los metales; ha puesto su sello sobre todo lo que le rodea.

Así salió el hombre-individuo del caos. Ha vegetado primero como el mineral o la planta, luego se ha arrastrado; marcha y aspira a la vida alada, a una locomoción más rápida y más extendida. El hombre es aún un feto, pero el feto se desarrolla en el órgano generador, y después de sus fases sucesivas de crecimiento, nacerá, se desprenderá, al fin, del caos y, de gravitación en gravitación, alcanzará la plenitud de sus facultades sociales.

## CAPÍTULO II

Dios es el Mal.

La Propiedad es el Robo.

La esclavitud es el Asesinato.

(P. J. Proudhon).

La Familia, es el Mal, es el Robo, es el Asesinato.

Todo lo que fue debió ser; las recriminaciones no cambiarían nada de ello. El pasado es el pasado y no hay que retornar a él sino para sacar enseñanzas para el porvenir.

En los primeros días del ser humano, cuando los hombres, aun débiles en fuerza y en número, estaban dispersos sobre el haz de la tierra y vegetaban arraigados y ralos en los bosques, como los acianos en los trigos, los choques, los roces no podían casi producirse. Cada uno vivía de la tierra, madre común, y ésta producía abundantemente para todos. Por otra parte, al hombre le bastaba un poco: frutos para comer, hojas para vestirse o abrigarse, tal era la débil exigencia de sus necesidades. Sólo que, lo que compruebo, el punto en que insisto, es que el hombre, en sus comienzos en el mundo, al salir del vientre de la tierra, en la hora en que la ley instintiva guía los primeros movimientos de los recién nacidos, en esa hora en que la gran voz

de la naturaleza les habla al oído y les rebela su destino, esa voz que indica a los pájaros los espacios aéreos, a los peces los firmamentos submarinos, a los demás animales las llanuras y los bosques que recorrer; que dice al oso: vivirás solitario en tu antro, a la hormiga: vivirás en sociedad en el hormiguero; a la paloma: vivirás acoplada en el mismo nido, macho y hembra, en las épocas de celo; – el hombre oyó, entonces, que esa voz le decía: vivirás en comunidad sobre la tierra, libre y fraterno con tus semejantes; ser social, la sociabilidad engendrará tu ser; reposa donde quieras tu cabeza, coge los frutos, mata la presa, haz el amor, bebe o come, estás siempre en tu dominio; todo te pertenece a ti como a todos. Si quisieras emplear la violencia con tu prójimo, macho o hembra, tu prójimo te repelerá con la violencia, y, tú lo sabes, su fuerza es más o menos igual a la tuya; da rienda suelta a todos tus apetitos, a todas tus pasiones, pero no olvides que es menester que haya armonía entre tus fuerzas y tu inteligencia, entre lo que te place a ti y lo que place a los otros. Y ahora, ve, la tierra será para ti, con esa condición, el jardín de las Hespérides.

Antes de llegar a la combinación de las razas, la Tierra, muchachita ávida de jugar a la producción, talló y cortó en la arcilla, en los días de su fermentación, muchos monstruos informes que arrugó y desgarró en seguida con un temblor de cólera y un diluvio de lágrimas. Todo trabajo exige un aprendizaje. Y le fue menester realizar muchos ensayos defectuosos antes de llegar a la formación de seres completos, a la composición de las especies. Al llegarle el turno a la especie humana, su obra maestra, tuvo el error de comprimir demasiado el cerebro y de dar demasiada amplitud al vientre. El desarrollo del uno no corresponde al desarrollo del otro. Hubo un corte dado en falso, partiendo de la desarmonía. No pretendo hacerle un reproche. ¿Podía, acaso, hacerlo mejor? No. Estaba en el orden fatal que fuera así. Todo es grosero y salvaje en torno al hombre; el hombre debía, pues, comenzar por ser grosero y salvaje; una delicadeza demasiado grande de sentido le hubiera matado. La sensitiva se repliega sobre sí misma cuando el tiempo anuncia tempestad, se abre bajo la calma y esplendidez del firmamento.

Vino, pues, el día en que el desarrollo de la raza humana sobrepasó el desarrollo de su inteligencia. El hombre, en los límites del idiotismo aún, tenía pocas relaciones con el hombre. Su embrutecimiento le hacía feroz. Su cuerpo se había, es verdad, levantado de su abyección primitiva; había ejercitado bien la destreza de sus músculos, conquistado la fuerza y la agilidad corporal; pero su espíritu, un momento despejado, había vuelto a caer en su letargia embrionaria y amenazaba eternizarse en ella.

La fibra intelectual se encenagaba en sus mantillas. El aguijón del dolor se hacía necesario para arrancar el cerebro del hombre a su somnolencia y volverlo a su destino social. Los frutos se hicieron más raros, la caza más difícil; fue necesario disputarse su posesión. El hombre se acercó al hombre, pero para combatirlo, a menudo también para prestarle ayuda. No importa cómo, el contacto se realizó. De errantes que eran, el hombre y la mujer se unieron; luego se formaron grupos, tribus. Los grupos tuvieron sus rebaños, después sus campos, luego sus talleres. La inteligencia había salido, en lo sucesivo, de su torpeza. La voz de la necesidad les gritaba: ¡marcha!, y marchaban. No obstante, todos estos progresos no se realizaron sin desgarramientos. El desarrollo de las ideas estaba siempre en retardo con respecto al desarrollo de los apetitos. Roto una vez el equilibrio no había podido ser restablecido. El mundo marchaba, o más bien oscilaba, en la sangre y las lágrimas. El hierro y el fuego llevaban por todas partes la desolación y la muerte. El fuerte mataba al débil o se apoderaba de él. La esclavitud y la opresión se habían adherido como una lepra a los flancos de la humanidad. El orden natural peligraba.

Momento supremo, y que debía decidir por una larga serie de siglos del sino del hombre. ¿Qué va a hacer la inteligencia? ¿Vencerá a la ignorancia? ¿Va a librar al hombre del suplicio de destruirse mutuamente? ¿Le sacará de ese laberinto donde braman la pena y el hambre? ¿Le mostrará la ruta empedrada de instintos fraternales que conduce a la liberación, a la dicha

general? ¿Romperá las odiosas cadenas de la familia patriarcal? ¿Hará caer las barreras nacientes de la propiedad? ¿Destruirá las tablas de la ley, la potencia gubernamental, esa arma de dos filos que mata a los que debe proteger? ¿Hará triunfar la rebelión, siempre amenazante, contra la tiranía, siempre en pie? En fin, -columna luminosa, principio de vida-, ¿fundará el orden anárquico en la igualdad y la libertad o, -urna funeraria, esencia de muerte-, fundará el orden arbitrario en la jerarquía y la autoridad? ¿Quién vencerá, la comunión fraternal de intereses o su división fratricida? ¿La humanidad va, pues, a perecer a dos pasos de su cuna?

Poco faltó, ¡ay! En su inexperiencia la humanidad tomó el veneno por el elixir. Se retorció, entonces, en convulsiones atroces. No murió; pero los siglos han pasado sobre su cabeza sin poder extinguir los tormentos que la devoran; el veneno le quema siempre las entrañas.

Este veneno, mezcla de nicotina y de arsénico, tiene por etiqueta una sola palabra: *Dios...*

A partir del día en que el Hombre hubo tragado a Dios, el amo soberano; en que dejó penetrar en su cerebro la idea de un Elíseo y de un Tártaro, de un infierno y de un paraíso ultramundanos, a partir de ese día, repetimos, fue castigado por donde había pecado. La autoridad del cielo consagró, lógicamente, la autoridad sobre la tierra. El súbdito de dios se convirtió en el siervo del hombre. No se trató ya de humanidad libre, sino de amos y de esclavos. Y fue en vano que, desde hace miles de años, legiones de Cristos murieran martirizados para rescatarle de su pecado, por así decirlo, original, y librarlo de Dios y de su magnificencia, de la autoridad de la Iglesia y del Estado.

Así como el mundo físico tuvo el diluvio, así el mundo moral tuvo el suyo. La fe religiosa sumergió las conciencias, llevó la devastación a los espíritus y a los corazones. Todas las bribonerías de la fuerza fueron legitimadas por la astucia. La posesión del hombre por el hombre llegó a ser un hecho adquirido. En lo sucesivo la rebelión del esclavo contra el amo fue ahogada por la añagaza de las recompensas celestiales o de los castigos infernales. Se degradó a la mujer de sus títulos a la apelación humana, se le destronó de su alma, y relegó para siempre al grado de animal doméstico. La santa institución de la autoridad cubrió el suelo de templos y de fortalezas, de soldados y de sacerdotes, de espadas y de cadenas, de instrumentos de guerra y de instrumentos de suplicio. La propiedad, fruto de la conquista, se volvió sagrada para los vencedores y los vencidos, en la mano insolente del invasor, así como a los ojos pestañeantes del desposeído. La familia, construida en pirámide, con el jefe a la cabeza, hijos, mujer y servidores en la base, se cimentó y bendijo, y se dedicó a la perpetuación del mal. En medio de este desdoblamiento de creencias divinas, la libertad del hombre naufragó, y con ella el instinto de reivindicación del derecho contra el hecho. Todo lo que existía de fuerzas revolucionarias, todo lo que existía de energía vital en la lucha por el progreso humano, todo eso fue anegado, tragado; todo desapareció en la ola del cataclismo, en los abismos de la superstición.

¿Saldrá algún día el mundo moral, como el mundo físico, del caos? ¿Brillará la luz en el seno de las tinieblas? ¿Asistiremos a un nuevo génesis de la humanidad? Sí, pues la idea, esa otra paloma que erra en su superficie, la idea no ha encontrado aún una porción de tierra donde coger una palma; la idea ve el nivel de los prejuicios, de los errores, de la ignorancia disminuir, día a día, bajo el cielo -es decir, bajo el cráneo- de la inteligencia humana. Un nuevo mundo saldrá del arca de la utopía. Y tú, limo de las sociedades del pasado, turba de la Autoridad, servirás para fecundar la germinación y el nacimiento de las sociedades del Porvenir y para iluminar en el estado embrional el movimiento de la Libertad.

¿Se pudo evitar este cataclismo moral? ¿El hombre era libre de obrar y pensar en forma diferente de lo que lo hizo? Tanto valdría decir que la Tierra era libre de evitar el diluvio. Todo efecto tiene su causa. Y... he ahí que veo venir una objeción que no deja de plantear en tono de broma todo beato confesor de Dios:

– Ud. dice, señor Dejacque, que todo efecto tiene una causa. Muy bien. Pero entonces Ud. reconoce a Dios, pues, en fin, el universo no se ha creado solo; es un efecto, ¿no es verdad? ¿Y quién quiere Ud. que le haya creado si no es Dios?... ¿Dios es, pues, la causa del universo? ¡Ah! ¡Ah!, ya lo ve, le atrapé, mi pobre señor Dejacque; Ud. no puede escaparse. No hay medio de salir de allí.

– ¡Imbécil! ¿Y la causa... de Dios?

– La causa de Dios... la causa de Dios... ¡Diantre! Ud. sabe que Dios no puede tener causa, puesto que es la causa primera.

– Pero, pedazo de bruto, si admites que haya una causa primera, entonces no hay causa alguna, y no hay más Dios, visto que si Dios puede ser su primera causa, el universo también puede ser la propia causa del universo. Esto es tan sencillo como decir: *buenos días*. Si, por el contrario, afirmas conmigo que todo efecto tiene su causa, y que, por consiguiente, no hay causa sin causa, tu Dios también debe tener una. Pues para ser la causa cuyo efecto de una causa superior. Por lo demás, ¿quieres que te lo diga?, la causa de la que tu Dios es el efecto no es, en modo alguno, de orden superior; es, más bien, de un orden muy inferior; esta causa es sencillamente tu cretinismo. Vaya, no me molestes más. ¡Silencio! y aprende bien esto de hoy en adelante: tú no eres el *hijo*, sino el *padre* de Dios.

Decía, pues, que todo efecto tiene su causa. Sólo que esta causa es para nosotros visible o invisible, según que nuestra vista o nuestro pensamiento sea más o menos perfecto, y nuestra vista o nuestro pensamiento es un instrumento de óptica bastante grosero, bastante incompleto.

No hay un solo ser que no sea juguete de las circunstancias, y el hombre como los otros seres. Depende de su naturaleza y de la naturaleza de los objetos que le rodean o, por mejor decir, de los seres que le rodean, pues todos esos objetos tienen voces que le hablan y modifican constantemente su educación. Toda la libertad del hombre consiste en satisfacer su naturaleza, en ceder a sus atracciones. Todo lo que tiene el derecho de exigir de sus semejantes es que sus semejantes no atentan contra su libertad, es decir, contra el íntegro desenvolvimiento de su naturaleza. Todo lo que éstos tienen el derecho de exigir de él es que no atente a la suya. Habiendo crecido el hombre, desde los primeros días, prodigiosamente en fuerza y también un poco en inteligencia, bien que la proporción no fuera la misma, y comparando lo que ha llegado a ser con lo que había sido en su nacimiento, el hombre tuvo entonces un deslumbramiento, el vértigo. El orgullo es innato a él. Ese sentimiento le ha perdido; le salvará también. El cojinete de la creación pesaba sobre la cabeza del niño humano. Quiso desembarazarse de él. Y como tenía ya el conocimiento de muchas cosas, bien que le quedaran muchas que experimentar; como no podía explicar ciertos hechos, y asimismo quería explicarlos, no encontró nada mejor que expulsarlos del orden natural y relegarlos en las esferas sobrenaturales. En su vanidosa ignorancia, el niño terrible quiso jugar con lo desconocido, dio un paso en falso, y cayó, antes que todo la cabeza, en el ángulo de la absurdidad. ¡Terquedad de pequeñuelo, herida de la edad infantil de la que llevará durante mucho tiempo la cicatriz!...

El hombre -¡qué orgullo y qué puerilidad a la vez!- el hombre ha proclamado, pues, un Dios, creador de todas las cosas, un Dios imbecil y feroz, un Dios a su imagen. Ha puesto el huevo, lo ha incubado y se postró de hinojos, a modo de adoración, ante su polluelo -iba a decir su excremento- pues era menester que el hombre tuviera cólicos de cerebro bastante violentos el día en que hizo sus necesidades... de semejante necedad. El polluelo tuvo, naturalmente, por gallinero, los templos, las iglesias. Hoy en día ese polluelo es un viejo gallo casi en sus tres cuartas partes desplumado, sin cresta y sin espolón, un viejo armazón de tal manera esmirriado que apenas si merece que se le retuerza el cogote para ponerlo en la cacerola. La ciencia le ha quitado una por una todas sus atribuciones. Y los saltimbanquis pollerudos, que le pasean aún sobre los campos de feria del mundo, no tiene casi Dios todopoderoso más que la imagen

puesta a la vista en las telas de su barraca. Y sin embargo esa imagen es aún un duende para la masa de la humanidad. ¡Ah! si, en lugar de postrarse ante ella, los fieles de la divinidad osaran mirarla frente a frente, verían claramente que no es un personaje real, sino una mala pintura, un poco de afeitado y de lodo, una máscara toda grasienta de sangre y de sudores, máscara antigua con la que se cubren los intrigantes para imponerla a los necios y obtener su contribución.

Como la religión, -la familia, la propiedad y el gobierno han tenido su causa-. Reside igualmente en la ignorancia del hombre. Es una consecuencia de la naturaleza de su inteligencia, más perezosa para despertar que la naturaleza de sus facultades físicas.

En las bestias, según que los pequeñuelos tengan necesidad de más o menos tiempo para ser cuidados, el instinto de la maternidad está más o menos desarrollado y se ejercita de una manera más o menos diferente, según la condición que conviene a la especie. La naturaleza vela por la conservación de las razas. Entre los animales feroces, los hay que sólo viven en estado solitario: la loba cría a sus lobeznos y busca por sí misma su alimento; no se asocia con el macho; su fuerte individualidad basta para todo. El amor maternal redobla sus fuerzas. En el pájaro, débil y tierna criatura, el ruiseñor, la curruca, la madre incuba en el nido su progenitura, el macho se encarga de ir a buscar el alimento. Hay unión entre los dos sexos hasta el día en que los frutos vivientes de su amor tienen caliente plumón y fuertes plumas y que son bastante vigorosos para hendir el aire con sus aletazos e ir a los campos a recoger su alimento. Entre los insectos, la hormiga, la abeja, razas sociables, las larvas son criadas en común; allí el matrimonio individual no existe, siendo la nación una sola e indivisible familia.

Es menester mucho tiempo para educar al hijo del hombre. La hembra no podía bastar, sola, para ello, darle el seno, mecerlo y proveer todavía a sus necesidades personales. Era necesario que el hombre se acercara a ella como el pájaro a su nidada, que la ayudara en los cuidados domésticos y trajera a la choza la bebida y la comida.

El hombre fue a menudo menos constante y más brutal que el pájaro, y la maternidad fue siempre un fardo más pesado que la paternidad.

Fue esa la cuna de la familia.

En la época en que la tierra no era más que un inmenso bosque virgen, el horizonte del hombre era de los más limitados. Este vivía como la liebre en los límites de su madriguera. Su país no se extendía más allá de una o dos jornadas de marcha. La falta de comunicaciones hacía al hombre casi extraño al hombre. No estando cultivada por la sociedad de sus semejantes, su inteligencia quedaba sin cultivo. Allí donde pudo haber aglomeración de hombres los progresos de la inteligencia adquirieron más fuerza y más extensión. El hombre émulo del hombre se pareció a los animales serviles, formó con ellos un rebaño, los encerró. Horadó los campos, sembró el surco y vio madurar la cosecha. Pero bien pronto, del fondo de las selvas aparecieron los hombres fieros a quienes el hambre hacía salir del bosque. El aislamiento les había mantenido en estado de brutos; el ayuno, bajo cuya égida se habían reunido, les volvía feroces. Como una banda de lobos furiosos pasaron por medio de este campo, masacrando a los hombres, violando, degollando a las mujeres, destruyendo la cosecha y empujando ante sí el rebaño. Más tarde se apoderaron del campo, se establecieron en las viviendas y perdonaron la vida a la mitad de sus víctimas, de las que hicieron un rebaño de esclavos. El hombre fue uncido al arado; la mujer tuvo su lugar con las gallinas o en el establo, destinada a los cuidados de la marmita o al obscuro apetito del amo.

Este robo a mano armada por violadores y asesinos fue el núcleo de la propiedad.

Al rumor de esos bandidajes, los productores que no habían sido aún conquistados, se amurallaron en la ciudad, a fin de protegerse mejor contra los invasores. A ejemplo de los invasores cuya aproximación temían, nombraron un jefe o dos, encargados de organizar la fuerza pública y de velar por la seguridad de los ciudadanos. Así como las hordas devastadoras habían establecido convenciones que regulaban la parte del botín de cada uno; así también ellos establecieron un sistema legal para regular sus diferencias y garantizar a cada uno la posesión del instrumento de trabajo. Pero bien pronto los jefes abusaron de su poder. Los trabajadores de la ciudad no tuvieron ya sólo uno que defenderse contra los excesos del exterior, sino también, además, contra los excesos del interior. Sin lugar a duda alguna, se había introducido e instalado el enemigo en el corazón de la plaza. El pillaje y el asesinato habían hecho brecha y tronaban en medio del forum, apoyados en las unidades autoritarias. La república llevaba en sus entrañas su gusano roedor. El gobierno acababa de nacer.

Ciertamente, hubiera sido preferible que la familia, la propiedad, el gobierno no invadieran el dominio de los hechos. Pero en esa hora de ignorancia individual y de impresión colectiva ¿podía ser de otro modo? ¿Era dable a la infancia no ser la infancia? La ciencia social, como las otras ciencias, en el fruto de la experiencia. ¿Podía el hombre esperar que la naturaleza trastocara para él el orden de las estaciones, y que no acordara la vendimia antes de la floración de la vid, y el licor de la armonía antes de la elaboración de las ideas?

En esa época de fecundación, salvaje en que la Tierra llevaba aún sobre la piel los estigmas de un embarazo penoso; cuando, girando sobre sus trapos sucios de lodo, se estremecía aún al recuerdo de sus dolores y cuando en sus horas de fiebre se retorció los senos, se los desgarraba y hacía brotar del cráter de sus mamas olas de azufre y de fuego; cuando en sus terribles convulsiones, trituraba, riendo con risa feroz, sus miembros contra las rocas; en esa época toda llena de espantos y de deformidades, el hombre, asaltado por los elementos, era presa de todos los temores. Por todas partes le rodeaba el peligro, le acorralaba. Su espíritu, como su cuerpo, estaba en peligro; pero, ante todo, era menester ocuparse del cuerpo, salvar el globo carnal, la estrella, para conservar su resplandor, el espíritu. Ahora bien, lo repito, su inteligencia no estaba al nivel de sus facultades físicas; la fuerza muscular sobrepasaba a la fuerza intelectual. Esta, más lenta para emocionarse que la otra, se había dejado pasar por ella, y marchaba a su remolque. Vendrá un día en que esto será a la inversa, y en que la fuerza intelectual sobrepasará en velocidad a la fuerza física; será el carro que se vuelve locomotora el que remolcará al buey. Todo lo que está destinado a adquirir altas cimas, comienza, primero, por extender subterráneamente sus raíces, antes de crecer a la luz y desplegar su follaje. La encina crece menos rápida que la hierba; la bellota es más pequeña que la calabaza; y sin embargo la bellota encierra un coloso. Cosa notable, los niños prodigio, las pequeñas maravillas de temprana edad, a la edad de la madurez son raramente genios. En los campos de hombres, como en las sociedades de trigos, son las simientes que duermen más tiempo bajo la tierra las que a menudo producen los más hermosos tallos, las más ricas espigas. La savia antes de subir necesita recogerse.

Todo lo que acaeció a continuación, no fue sino la consecuencia de estos tres hechos: la familia, la propiedad, o gobierno, reunidos en uno solo, la religión, que los ha santificado y consagrado a los tres. Pasaré, pues, rápidamente sobre lo que queda que recorrer del pasado, como sobre lo que está en las zonas del presente, a fin de llegar más pronto al fin: la sociedad del porvenir, el mundo de la ANARQUÍA. En este esbozo retrospectivo de la humanidad, como en el esbozo de la sociedad futura, mi intención no es hacer la historia, aun abreviada, de la marcha del progreso humano. Indico más bien que narro. Corresponde al lector suplir, por la memoria o la intuición, lo que omito o dejo de mencionar.



### CAPÍTULO III

¡Libertad, igualdad, fraternidad! – ¡a la muerte! (Sentencia revolucionaria).

Ojo por ojo y diente por diente. (Moisés).

El mundo marchaba. De caminante se había hecho caballero, de vagabundo, navegante. El comercio, esa conquista, y la conquista, ese otro comercio, galopaban sobre el cascajo de los grandes caminos y bogaban sobre las olas de la llanura marina. El pecho de los camellos y la proa de los navíos se abrían su camino a través de los desiertos y los mediterráneos. Caballos y elefantes, bueyes y carretas, velas y galeras maniobran bajo la mano del hombre y trazaban su surco sobre la tierra y sobre la onda. La idea penetraba con la espada en la carne de las poblaciones, circulaba en sus venas con los comestibles de todos los climas, se miraba en su vista con la mercancía de todos los países. El horizonte se había ensanchado. El hombre había avanzado primero de la familia a la tribu, luego, de la tribu a la ciudad y, en fin, de la ciudad a la nación. Asia, África, Europa no formaban más que un continente; los ejércitos y las caravanas habían acercado las distancias. La India, Egipto, Grecia, Cartago y Roma habían desbordado unos sobre otros, rodando sobre su corriente la sangre y el oro, el hierro y el fuego, la vida y la muerte; y como las aguas del Nilo, trajeron, con la devastación, un limo de fertilización para las artes y las ciencias, la industria y la agricultura. Una vez extinguida o absorbida la ola de los devastadores por los pueblos conquistados, el progreso se apresuró a levantar la cabeza y a suministrar una cosecha más amplia y más bella. La India primero, luego Egipto, después Grecia, más tarde Roma brillaron, cada una a su turno, sobre las oscilaciones de los hombres y maduraron un poco su fruto. La arquitectura, la escultura, las letras formaban ya un magnífico acervo. En su empuje revolucionario, la filosofía, como un fluido eléctrico, bramaba sordamente y lanzaba, a veces, relámpagos, esperando desembarazarse de sus trabas y producir el rayo. Roma, todopoderosa, tenía un pie en Persia y otro en Armorica. Como el divino Febo, al conducir el carro del sol, tenía en las manos las riendas de las luces y brillaba sobre el mundo. Pero en su carrera triunfal había pasado su zenit y entraba en su fase de decadencia. Su dictadura proconsular tocaba a su fin. Había triunfado en sus primeros días de los galos y de los cartagineses; había aniquilado en sangre, y casi a sus puertas, una formidable insurrección de esclavos; cien mil espartacos habían muerto con las armas en la mano, mordidos en el corazón por la espada de las legiones cívicas; los eslabones rotos habían sido soldados otra vez y la cadena se había hecho más pesada para la idea. Pero la loba había tenido miedo. Y esta lucha en la que había sido menester gastar la mejor parte de sus fuerzas, esta lucha a muerte la había agotado. ¡Oh! recordando esas grandes jornadas de junio de los tiempos antiguos, esa inmensa barricada levantada por los gladiadores frente a los privilegiados de la república y a los ejércitos del Capitolio; ¡oh! no puedo dejar de soñar en estos tiempos modernos, en esta otra insurrección de esclavos, de los proletarios, y saludar, a través de los siglos, -yo, el vencido de las orillas del Sena-, ¡al vencido de las orillas del Tiber! ¡El ruido que hacen semejantes rebeliones no se pierde en la noche de los tiempos, repercute de fibra en fibra, de músculo en músculo, de generación en generación, y tendrá eco en la tierra mientras la sociedad sea una caverna de explotadores!...

Los dioses del Capitolio se hacían viejos, el Olimpo se desmoronaba, minado por una herejía nueva. El Evangelio pagano se había vuelto ilegible. El progreso del tiempo había corroído su letra y su espíritu. El progreso editó la fábula cristiana. El Imperio había sucedido a la República, los césares y los emperadores a los tribunos y a los cónsules. Roma era siempre Roma. Pero los pretorianos en libertinaje, los *encanteurs* del imperio habían reemplazado a los sonsacadores del pueblo, a los sangrientos *pioneers* de la unidad universal. Las águilas romanas no se desplegaban ya al soplo de las fuertes brisas, sus ojos fatigados no podían contemplar ya las grandes luces. Las tiernas llamas de las orgías convenían solamente a sus

pupilas envejecidas; los altos hechos del circo y del hipódromo bastaban a su belicosa caducidad. Como Júpiter, el águila envejecía. El tiempo de la descomposición moral había llegado. Roma no era más que la sombra de Roma. La alcantarilla era su Aqueronte, y ella bogaba, ebria de abyección y arrastrada por el nauta de la decadencia, hacia el recinto de los muertos.

En aquella época, como la vida se manifiesta en el seno de los cadáveres, como la vegetación surge de la putrefacción; en aquella época, el cristianismo bullía en las catacumbas, germinaba bajo la tierra y brotaba, como la hierba, a través de los poros de la sociedad. Cuando más se le segaba más fuerza adquiría.

El cristianismo, obra de los saint-simonianos de la época, y de un revolucionarismo más superficial que profundo. Los formalistas se siguen y... se asemejan. Es siempre la teocracia universal, Dios y el papa; la sempiterna autoridad celeste y terrestre, el padre engendrador y el padre Enfatin, como también el padre Cabet y el padre Todopoderoso, el Ser Supremo y el santo padre Robespierre; la jerarquía en todos los grados, el mandato y la sumisión en todos los instantes, el pastor y la oveja, la víctima y el sacrificador. Es siempre el pastor, los perros y el rebaño, Dios, los sacerdotes y la multitud. Mientras se haga cuestión de divinidad, la divinidad tendrá siempre como consecuencia en la humanidad -de hecho- el pontífice o el rey, el hombre-Dios; el ara, el trono o el sillón autoritario; la tiara, la corona o la toga presidencial: la personificación sobre la tierra del soberano amo de los cielos. En la base, la esclavitud o la servidumbre, el ilotismo o el proletariado; el ayuno del cuerpo y de la inteligencia; los harapos de la pocilga o los andrajos de la cárcel; el trabajo y el vellón de las bestias, el trabajo explotado, y el vellón esquilado y la carne misma devorada por los ricos. Y entre esos dos términos, entra la base y el hecho -el clero, el ejército, la burguesía; la iglesia, el cuartel, el comercio, el robo, el asesinato, la astucia; el hombre, lacayo ante sus superiores, y el lacayo arrogante con sus inferiores, arrastrándose, como se arrastra el reptil y, llegada la ocasión, irguiéndose y silbando como él-.

El cristianismo fue todo eso. Había en la utopía evangélica mucha más cizaña que trigo, y el trigo ha sido ahogado por la cizaña. El cristianismo, en realidad, ha sido una conservación más bien que una revolución. Pero, a su aparición, había en él la savia subversiva del viejo orden social. Es el que sacó a la mujer de su inferioridad y la proclamó igual al hombre; él, que rompió los hierros en el pensamiento del esclavo y le abrió las puertas de un mundo en donde los condenados de éste serían los elegidos de aquél. Es cierto que había habido en alguna parte revueltas de Amazonas, como había habido revueltas de ilotas. Pero no es el destino del hombre y de la mujer marchar divididos y excluyéndose el uno al otro. El Cristo, o más bien la multitud de Cristos que este hombre personifica, les puso la mano en la mano e hizo hermanos y hermanas, les dio por espada la palabra, por lugar a conquistar, la inmortalidad futura. Luego, desde lo alto de la cruz, les mostró el circo: y todos esos libres reclutas, esos voluntarios de la revolución religiosa se lanzaron -palpitando los corazones y el arrojo en la frente, a las fauces de los leones-, al fuego de las hogueras. El hombre y la mujer mezclaron su sangre en la arena y recibieron, uno junto al otro, el bautismo del martirio. La mujer no fue la menos heroica. Fue su heroísmo el que decidió la victoria. Esas jóvenes ligadas a un poste y entregadas a la mordedura de las llamas o devoradas vivas por las bestias feroces; esos gladiadores sin defensa, que morían de tan buena gana y con tanta gracia; esas mujeres, esos cristianos que llevaban en la frente la aureola del entusiasmo, todas esas hecatombes, que se convertían en apoteosis, terminaron por impresionar a los espectadores y por conmoverlos en favor de las víctimas. Aceptaron sus creencias. Los mártires renacían, por otra parte, de sus cenizas. El circo, que había inmolado a tantos, continuaba inmolando, y ejércitos de rebeldes iban a tenderle el cuello y a morir allí. Al fin, sin embargo, el circo se declaró vencido y las enseñanzas victoriosas de la cristiandad fueron plantadas sobre los muros del campo de carnicería. El cristianismo iba a convertirse en catolicismo. El buen grano agotado iba a entregar la liza entera al malo.

La grandeza de Roma no existía más que de nombre. El imperio se debatía como un naufrago en medio de un océano de bárbaros. Esta marea creciente invadía las posesiones romanas y batía en brecha los muros de la ciudad imperial. La civilización pagana había tenido su aurora, su apogeo, su declinación; ahora ahogaba el sangriento resplandor de sus rayos en las tenebrosas inmensidades. A continuación de esta tormenta todo lo que había de espuma en el corazón de la sociedad se agitó en su superficie y tronó sobre la cresta de esas inteligencias bárbaras.

Los sucesos de los apóstoles mancharon en los honores la virginidad del cristianismo. La immaculada concepción fraternal del abortó sobre el lecho del triunfo. Los doctores encargados del embarazo habían introducido en el órgano maternal un disolvente homicida y la droga había producido su efecto. El día del parto el feto no dio más signo de vida. Entonces en lugar del aborto fraternidad, pusieron el hijo de sus entrañas, monstruo mitad autoridad, mitad servilidad. Los bárbaros eran muy groseros para advertir la superchería, de modo que adoraron la usurpación de la Iglesia como cosa legítima. Propagar el nuevo culto, pasear la cruz y el lábaro fue la misión de la barbarie. Sólo que, habituadas sus manos a manejar la espada, se trastrocó la imagen del crucificado. Estrangularon el crucifijo por la cabeza, que ellos tomaron por empuñadura, y le pusieron la punta en el aire como una hoja fuera de la vaina.

Sin embargo, esos grandes desplazamientos de hombres no se habían operado sin desplazar a su paso algunas barreras. Propiedades y nacionalidades fueron modificadas. La esclavitud se convirtió en servidumbre. El patriarcado había tenido sus días de esplendor, le tocaba ahora el turno a la prelatura y a la baronía. El feudalismo militar y religioso cubrió el suelo de torres y de campanarios. El barón y el obispo eran los poderosos de entonces. La federación de estos semidioses formó el imperio del cual los reyes y los papas fueron los amos-dioses, los señores soberanos. La edad media, astro nocturno, subía en el horizonte. Las abejas de la ciencia no tenían ya donde depositar su miel si no era en alguna calda de monasterio; ¡y ni siquiera eso!; la muy santa inquisición católica penetraba allí con las tenazas y el hierro rojo en la mano, para destruir el precioso depósito y torturar al enjambre filosófico. Ya no eran las sombras del crepúsculo sino los fúnebres velos de la noche los que planeaban sobre los manuscritos de la antigüedad. Las tinieblas eran de tal manera espesas que parecía que la humanidad no debiera salir jamás de ellas. Dieciocho veces el toque de agonía de los siglos tañó en el reloj del tiempo antes que la Diana cazadora disparara como una flecha los primeros rayos de la aurora en el corazón de esta larga noche. Una sola vez, durante estos dieciocho siglos de barbarie o de civilización -como quiera llamárseles- una sola vez, el gigante Humanidad se removió bajo sus cadenas. Hubiera soportado aún el diezmo y la talla, el trabajo obligatorio y el hambre, el látigo y la hora, pero la violación de la carne, el odioso derecho señorial pesaba demasiado gravemente sobre su corazón. El titán cerró convulsivamente sus puños, rechinó los dientes, abrió la boca y una erupción de antorchas y de horquillas, de piedras y de hoces rodó sobre la tierra de los señores; y los castillos-fortalezas se desmoronaron y los castellanos revestidos de crímenes fueron triturados bajo sus escombros. El incendio que habían alumbrado ínfimas escudillas, y que iluminó un instante el sombrío período feudal, se extinguió en su propia sangre. La *jacquerie*, como el cristianismo, tuvo sus mártires. La guerra de los campesinos de Francia, como la de los ilotas en Roma, terminó en la derrota. Los *jacques*, esos hijos legítimos de los cristos y de los espartacos, sufrieron el sino de sus antepasados. Bien pronto no quedó de esta rebelión más que las cenizas. La liberación de las comunas fue todo lo que resultó de ello. Únicamente los notables de entre los villanos se aprovecharon de ello. Pero la chispa tenía vida debajo de las cenizas y debía producir más tarde un incendio general: el 89 y el 93 van a iluminar el mundo. Se conoce demasiado esta época para que sea necesario pasarla en revista. Diré solamente una cosa; lo que perdió a la revolución del 93 fue, primero, como siempre, la ignorancia de las masas y, luego, los de la “montaña”, gente más turbulenta que revolucionaria, más agitada que agitadora. Lo que perdió a la revolución fue la dictadura, fue el Comité de salud pública, realeza en doce personas superpuestas sobre un vasto cuerpo de ciudadanos-vasallos, que desde entonces se habituaron a no ser más que los miembros esclavos del

cerebro, a no tener otra voluntad que la voluntad de la cabeza que les dominaba; hasta tal punto que, el día en que esta cabeza fue decapitada, no hubo más republicanos. Muerta la cabeza, muerto el cuerpo. La multitud vocinglera aplaudió a la representación termidoriana, como había aplaudido ante el tablado de saltimbanquis de los decenviros y como aplaudía el espectáculo del 18 brumario. Se había querido ejercer la dictadura sobre las masas, se había trabajado en su embrutecimiento apartando de ellas toda iniciativa, haciéndoles abdicar de toda soberanía individual. Se les había esclavizado en nombre de la república al yugo de los conductores de la cosa pública; el Imperio no tuvo sino que enganchar este ganado a su carro para hacerse aclamar. Mientras que si, por el contrario, se hubiera dejado a cada uno el cuidado de representarse a sí mismo, de ser su propio mandatario; si este comité de salud pública se hubiera compuesto de los treinta millones de habitantes que poblaban el territorio de la república, es decir, de todos los que en ese número, hombres o mujeres, estaban en edad de pensar y de obrar; si la necesidad hubiera forzado a cada uno a buscar, en su iniciativa o la iniciativa de los próximos, las medidas propias para salvaguardar su independencia; si se hubiera reflexionado maduramente y se hubiera visto que el cuerpo social, como el cuerpo humano, no es el esclavo inerte del pensamiento, sino más bien una especie de alambique animado, la libre función de cuyos órganos produce el pensamiento; que el pensamiento no es más que la quintaesencia de esta ANARQUÍA de evolución cuya unidad es causada por las únicas fuerzas atractivas; en fin, si la burguesía “montañesa” hubiera tenido instintos menos monárquicos; si hubiera querido considerarse sólo como una gota circulando, con millones de gotas similares, en la arterias del torrente revolucionario, en lugar de depositarse como una perla cristalizada sobre su ola, como una joya autoritaria engastada en su espuma; si hubiera querido revolucionar el seno de las masas en lugar de tronar sobre ellas y de pretender gobernarlas: sin duda los ejércitos franceses no hubieran destripado las naciones a cañonazos, ni plantado el pabellón tricolor de todas las capitales europeas, no abofeteado con el título infamante, y pretendido honorífico, de ciudadano francés a todos los pueblos conquistados; no, sin duda. Pero el genio de la libertad hubiera hecho por todas partes hombres, tanto fuera como dentro; cada hombre se hubiera convertido en ciudadela inexpugnable, cada inteligencia en inagotable arsenal, cada brazo en ejército invencible para combatir el despotismo y destruirlo bajo sus formas; ¡la Revolución, esta amazona de pupila fascinadora, esa conquistadora del hombre para la humanidad, hubiera entonado alguna gran marsellesa social y desplegado sobre el mundo su echarpe escarlata, el arco iris de la armonía, la resplandeciente púrpura de la unidad!...

El imperio, restauración de los Césares, condujo a la restauración de la vieja monarquía, que fue un progreso sobre el imperio: y la restauración de la vieja monarquía condujo a 1830, que fue un progreso sobre 1815. Pero ¡qué progreso! un progreso en las ideas más bien que en los hechos.

Desde las edades antiguas las ciencias habían hecho constantemente su camino. La tierra no es ya una superficie plana e inmóvil, como se creía antaño, en el tiempo de un Dios creador, monstruo ante o ultradiluviano. No: la tierra es un globo siempre en movimiento. El cielo no es un cielo raso, la plataforma de un paraíso o de un Olimpo, una especie de bóveda pintada de azul y adornada con viñetas de oro; es un océano de fluido del que ni el ojo ni el pensamiento pueden sondear la profundidad. Las estrellas como los soles giran en esta onda de firmamento, y son mundos que gravitan, como el nuestro, en sus vastas órbitas y con una pupila animada bajo sus pestañas luminosas. Esta definición del Círculo: “La vida es un círculo en el que no se puede encontrar ni comienzo ni fin, pues, en un círculo, todos los puntos de la circunferencia son comienzo o fin”; esta definición, tomando proporciones más universales, va a recibir una aplicación más próxima a la verdad, y hacerse así más comprensible para el vulgo. Todos estos globos que circulan libremente en el éter atraídos tiernamente por éstos, rechazados dulcemente por aquéllos, no obedeciendo, todo, sino a su pasión y encontrando en su pasión la ley de su móvil y perpetua armonía; todos esos globos que giran, primero, sobre sí mismos y luego se agrupan con otros globos forman lo que se llama, creo, un sistema planetario, es decir

una colosal circunferencia de globos que viajan de concierto con otros más gigantescos sistemas planetarios y de circunferencia en circunferencia, agrandándose siempre, y encontrando siempre mundos nuevos para agrandar su volumen y espacios siempre limitados para ejecutar en ellos sus progresivas evoluciones; en fin, todos estos globos de globos y su movimiento continuo no pueden dar sino una idea esférica del infinito y demostrar por una argumentación sin réplica -argumentación que se puede comprobar con el ojo y con el pensamiento- que el orden anárquico es el orden universal. Pues una esfera que gira siempre, y en todos los sentidos, una esfera que no tiene ni comienzo ni fin, no puede tener ni alto ni bajo, ni Dios en el pináculo ni diablo en la base. El círculo en la universalidad destrona la autoridad divina y prueba su negación probando el movimiento, como el círculo en la humanidad destrona la autoridad gubernamental del hombre sobre el hombre y prueba su absurdo al probar el movimiento. Así como los globos circulan anárquicamente en la universalidad, así los hombres deben circular anárquicamente en la humanidad bajo el solo impulso de la simpatía o de las antipatías, de las atracciones o de las repulsiones recíprocas. La armonía no puede existir sino por la ANARQUÍA. Ahí está toda la solución del problema social. Querer resolverlo de otra manera es querer dar a Galileo un eterno mentís, es decir, que la tierra no es una esfera y que esta esfera no gira. Y sin embargo gira, repetiría yo con el pobre viejo a quien a quien se condenó a desdecirse y que aceptó la humillación de la vida con el propósito, sin duda, de salvar su idea. Le perdono a este gran autoricida su aparente cobardía en favor de su ciencia: no hay más que los jesuitas a cuyo juicio el fin justifica los medios. La idea del Círculo en la humanidad es, a mis ojos, de un alcance demasiado grande para no consagrarle sino estas líneas; volveré sobre el tema. Esperando desarrollos más completos, llamo la atención de los revolucionarios para que mediten sobre él.

Luego, pues, de descubrimiento en descubrimiento, las ciencias marchaban. Nuevos continentes, las dos Américas, Australia se habían agrupado en torno a los antiguos. Uno de los proclamadores de la independencia americana, Franklin, arranca el rayo de las manos de Jehová, y la ciencia hace de él una fuerza doméstica que viaja sobre un hilo de hierro con la rapidez del relámpago o les trae la respuesta a la palabra que se le arroja, con la docilidad de un perro. Fulton amansa el vapor, esa locomotora anfibio, que Salomón de Caus había asido por el cuello. Le pone bozal y le da por caparazón la carena de un navío, y se sirve de sus aletas musculares para reemplazar la caprichosa envergadura de las velas. Y la fuerza de la hidra es tan grande que se ríe de los vientos y de las olas, y está tan bien domada que obedece con increíble flexibilidad a la menor presión del timonel. En la tierra, sobre los caminos bordeados de raíles, el monstruo del cuerpo de hierro, de ronca voz, de pulmones de llama, deja bien lejos detrás de sí la diligencia, la antigua galera y la carreta.

A la señal del que maneja, obedeciendo a su ligera presión, parta, arrastrando tras de sí una avenida de casas rodantes, la población de todo un barrio de la ciudad, y eso con velocidad que aventaja a la del pájaro. En las usinas, esclavo de mil ruedas, trabaja con maravillosa destreza, tanto en las tareas más delicadas como en las más rudas. La tipografía, esa magnífica invención por medio de la cual se esculpe la palabra y se la reproduce en millares de ejemplares, le debe una parte de su progreso. Él es el que teje las telas, el que las tiñe, el que les da el brillo ondulante del muaré, las recama, él es el que serrucha la madera, lima el hierro, pulimenta el acero; él, en fin, el que confecciona una multitud de instrumentos de trabajo y de objetos de consumo. En los campos, rotura, ara, siembra, rastrilla y cosecha; tritura la espiga en la muela; molido el trigo, lo lleva a la ciudad, lo amasa y hace de él pan; es un trabajador enciclopédico.

Sin duda, en la sociedad tal como está organizada, la máquina a vapor desplaza muchas existencias y hace concurrencia a muchos brazos. Pero ¿qué es un mal parcial y pasajero en comparación con los resultados generosos y definitivos? Es ella la que desbroza las rutas del provenir. En la Barbarie como en la Civilización, lo que en nuestros días es sinónimo, el progreso no puede abrirse camino más que pasando sobre cadáveres. La era del progreso

pacífico no se abrirá sino sobre las osamentas del mundo civilizado, cuando el monopolio haya exhalado su último suspiro y cuando los productos del trabajo pertenezcan al dominio público.

La astronomía, la física, la química, todas las ciencias, por mejor decir, habían progresado. Únicamente la ciencia social había quedado estacionaria. Desde Sócrates, que bebió la cicuta, y Jesús, que fue crucificado, ninguna luz había resplandecido. Cuando, en las regiones más inmundas de la sociedad, en algo mucho más abyecto que un establo, en una tienda, nació un gran reformador. Fourier acababa de descubrir un nuevo mundo en el que todas las individualidades tienen un valor necesario para la armonía colectiva. Las pasiones son los instrumentos de este vivo concierto que tiene por arco la fibra de las atracciones. No era casi posible que Fourier colgara enteramente el hábito; conservó, a pesar suyo, de su educación comercial, la tradición burguesa, los prejuicios de autoridad y de servidumbre que le hicieron desviarse de la libertad y de la igualdad absoluta, de la ANARQUÍA. No obstante, ante este burgués, yo me descubro y saludo en él a un innovador, a un revolucionario. Cuando más enanos son los otros burgueses, tanto más gigante es Fourier. Su nombre quedará inscrito en los fastos de la humanidad.

Llegó 1848 y, en la Europa revolucionaria, ardió el fuego como un reguero de pólvora. Junio, esa *jacquerie* del siglo XIX, protesta contra los modernos abusos del nuevo amo. La violación del derecho al trabajo y del derecho al amor, la explotación del hombre y la de la mujer por el oro soliviantó al proletariado y le puso las armas en la mano. El feudalismo del capital tembló hasta en sus cimientos. Los altos barones de la usura y los baroncitos del comercio menudo se apeñuscaron en sus oficinas y, desde lo alto de su plataforma, lanzaron sobre la insurrección aludes de ejércitos, flotas bullentes de guardas móviles. A fuerza de táctica jesuítica lograron aplastar la revuelta. Más de treinta mil rebeldes, hombres, mujeres y niños, fueron arrojados a los calabozos subterráneos de los pontones y de las casamatas. Innumerables prisioneros fueron fusilados, a despecho de un afiche mural colocado en todas las esquinas, afiche que invitaba a los insurrectos a deponer las armas y les declaraba que no habría ni *vencedores ni vencidos*, sino *hermanos*, -¡*hermanos enemigos*, quería significar!- Las calles fueron cubiertas con trozos de cerebros. Los proletarios desarmados fueron amontonados en los sótanos de las Tullerías, del Hotel-de-Ville, de la Escuela Militar, en las caballerizas de los cuarteles, en las canteras de Ivry, en los fosos de Champ-de-Mars, en todas las alcantarillas de la capital del mundo civilizado, y, allí, ¡masacrados con todos los refinamientos de la crueldad! Los tiros llovían por todos los respiraderos, el plomo caía a manera de pan en esas cloacas en que -entre los estertores de los moribundos, las carcajadas de la locura- se chapoteaba en la orina y en la sangre hasta media pierna, asfixiados por la falta de aire y torturados por la sed y el hambre. Los suburbios fueron tratados a semejanza de la edad media, como una plaza tomada por asalto. Los arqueros de la civilización subieron a las casas, descendieron a los sótanos, husmearon en todos los rincones y recovecos, traspasando con la bayoneta todo lo que les parecía sospechoso. Entre las barricadas dismanteladas y en el lugar de cada adoquín se hubiera podido poner una cabeza de cadáver... Jamás, desde que el mundo es mundo, se había visto tal carnicería. Y no solamente los guardias nacionales de la ciudad y de la provincia, los industriales y los tenderos cometieron, después del combate, mil y una atrocidades; sino que las mismas mujeres, las mujeres de tienda y de salón, se mostraron aun más encarnizadas que sus maridos en la sangrienta matanza. Fueron ellas las que, desde lo alto de los balcones, agitaban echarpes; ellas, las que arrojaban flores, cintas, besos a las tropas que conducían los convoyes de prisioneros; ellas las que insultaban a los vencidos; ellas las que pedían a voz en cuello y con palabras espantosas que se fusilara ante sus puertas y que se colgara en sus postigos a esos leones encadenados cuyo rugido les había hecho palidecer en medio de su agio o de su orgía; ellas las que, al paso de estos gigantescos suplicidos, les escupían al rostro estas palabras, que para muchos eran una sentencia: ¡Mueran! ¡al muladar!... ¡Ah! ¡esas mujeres no eran mujeres, sino hembras de burgueses!

Se creía haber aniquilado en sangre al socialismo. ¡Se acababa, por el contrario, de darle el bautismo de la vida! Aplastado en la plaza pública, se refugió en los clubs, en los talleres, como el cristianismo en las catacumbas, reclutando, por todas partes, prosélitos. Lejos de destruir su simiente, la persecución la había hecho germinar. Hoy día, como el grano de trigo en la nieve, el germen está oculto bajo el dinero, vencedor del trabajo. Pero que el tiempo marche, que el deshielo llegue, que la liquidación haga derretir, por un sol de primavera, esta fría exhibición de lucro, esa napa metálica amontonada por capas espesas sobre el pecho del proletariado; que la estación revolucionaria se desprenda de los estremecimientos de febrero y entre en el signo de Bélíer, y se verá al socialismo alzar la cabeza y proseguir su vuelo zodiacal hasta que alcance la figura de León, -hasta que el grano haya producido la espiga-.

Como el 89 había tenido su ángel rebelde: Mirabeau, lanzando del seno de Jeu de Paume este sangriento apóstrofe a la frente de la aristocracia: “¡Vayan a decir a su amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos de aquí más que por la fuerza de las bayonetas!” -el 48 tuvo también su Proudhon-, otro espíritu rebelde que, en un libro, había escupido esta inmortal conclusión a la faz de la burguesía: “¡La propiedad es un robo!” ¡Sin el 48 esta verdad hubiera dormido mucho tiempo ignorada en el fondo de alguna biblioteca de privilegiado! El 48 la sacó a la luz y le dio por cuadro la publicidad de la prensa cotidiana, la multiplicidad de los clubs en pleno auge: se grabó en el pensamiento de cada trabajador. El mérito de Proudhon no está en haber sido siempre lógico, al contrario, sino en haber provocado a los otros a buscar la lógica. Pues el hombre que también ha dicho: “Dios es el mal, la esclavitud es el asesinato, la caridad es la mixtificación”, y así por el estilo; el hombre que ha reivindicado con tanta energía la libertad del hombre; ese mismo hombre ¡ay! ha atacado también la libertad de la mujer; la ha desterrado de la sociedad, la ha decretado fuera de la humanidad. Proudhon no es aún más que una fracción de genio revolucionario; la mitad de su ser está paralizada y es desdichadamente el lado de su corazón. Proudhon tiene tendencias anárquicas, pero no es un anarquista; no es humanidad, es masculinidad. Pero -si como reformador tiene manchas este diamante- como agitador tiene chispas deslumbradoras. Es verdad, ya es algo. Y el Mirabeau de la burguesía; le sobrepasa con toda la altura de su inteligencia innovadora. El uno no tuvo más que un gesto de rebelión, fue un relámpago, un resplandor que se extinguió rápidamente en las tinieblas de la corrupción. El otro hizo resonar fragorosamente truenos tras truenos. No solamente amenazó, sino que fulminó el viejo orden social. Jamás un hombre pulverizó a su paso tantos abusos seculares, tantas supersticiones pretendidamente legítimas.

El 89 fue el 48 de la burguesía rebelada contra la nobleza; el 48 fue el 89 del proletariado rebelado contra la burguesía. ¡Adiós el 93!

Y ahora pasan autoridades provisorias: república blanca, como la llamó antaño en sus confesiones un ilustre poeta que temía entonces que fundieran la columna de Vendome para hacer de ella monedas de diez céntimos. Pasan, república azul y república rosa, república llamada honesta y moderada, como hay hombres llamados de abnegación, sin duda porque esos hombres y esta república no son ni lo uno ni lo otro. Pasan, también, pachaismo de Cavaignac, el africano, odioso Otello, celoso de la forma, y que apuñaló a la República en el corazón porque ésta tenía veleidades sociales. Pasan, presidencia napoleónica, emperador e imperio, pontificado del robo y del asesinato, catolicismo de los intereses mercantiles, jesuíticos y soldadescos. Pasan, pasan, postreros resplandores de la lámpara Civilización y, antes de extinguirse, hacen mover sobre los vidrios del templo de Plutón las sombras burguesas de este gran serafín. Pasan, pasan, claridades mortecinas e iluminan, al huir, la ronda nocturna de los cortesanos del régimen actual, fantasmas agrupados en torno del espectro de Santa Elena, toda esa fantasmagoría de espectros con títulos, mitrados, galoneados, argentados, revestidos de cobre, verdigrises, esa bohemia de corte, de sacristía, de tienda y de trastienda, sofística brujería del Sabbat imperial. ¡Pasan! ¡pasan! ¡Los muertos van ligero!...

Entremos, César, en esta mansión de perdición que se llama las Tullerías, satisfagan sus obscenos caprichos: acaricien estas damas, y estas botellas, apuren la copa de las voluptuosidades principescas; adormézcanse, amos, sobre cojines de piel se satín o sobre almohadas de terciopelo. Este lupanar elíseo vale bien su antigua madriguera de Hay-Market. Vamos, ex contable de Londres, tomo en tu mano el cetro y aporréalos a todos, a esos grandes señores-lacayos, y a todo ese pueblo, lacayo de tus lacayos; haz que se encorven aún más bajo al peso de tu despotismo y de tu abyección. Vamos, *hombre providencia*, rómpele los huesos a esta sociedad esquelética; redúcelos a polvo, a fin de que un día la República no tenga más que soplar debajo para hacerlos desaparecer.

Sacerdotes, entonen el *Tedeum* sobre el tablado de sus iglesias. Bauticen, catequicen, confiesen, casen y entierren a los vivos y a los muertos; rocíen al mundo de sermones y de agua bendita para exorcizarlo del demonio del libre pensamiento.

Soldados, canten la hez y la espuma de las rojas embriagueces. Maten en Sebastopol y maten en París. Levanten sus vivaques entre la sangre y el vino y los escupitajos; vacíen sus cantimploras y descarguen sus fusiles; hundan cráneos humanos y hagan saltar de ellos el cerebro; aflojen toneles de vino espirituoso y hagan chorrear de ellos un arroyo púrpura, caigan de bruces y refocílense en ese arroyo para beber en él a pleno gaznate... ¡Victoria! soldados: han, en número de trescientos mil, y después de dos años de vacilación, destruido los baluartes de Sebastopol, defendidos por los rubios hijos de Rusia; y, en número de quinientos mil, y después de una o dos noches de emboscada, han conquistado, con una bravura muy militar, las avenidas de París, esas avenidas por las que desfilaba, enlazados los brazos, una multitud de paseantes de todas las edades y de todos los sexos. ¡Soldados! ¡son unos bravos y, desde el fondo de su tumba, Papavoine les contempla!...

Jueces, espías, legisladores y verdugos, espíen, deporten, guillotinen, inflingan las penas del código a los buenos y a los malos, a esa población de descontentos que, al encontrarse, roedores y devoradores de presupuestos, no piensa más que todo está bien y en el mejor de los mundos posibles. Manipuladores de la balanza de la justicia, pesen al peso de oro la culpabilidad de las reivindicaciones sociales. Banqueros, tenderos, industriales, sanguijuelas de la producción, para quienes el productor es una presa tan dulce, alarguen sus trompas, tomen al proletariado por la garganta y extráiganle todo el oro de sus venas. Activen el agio, comercien, exploten; hagan agujeros en la bolsa del obrero y hagan agujeros en la luna. Ricos, engorden su panza y enflaquezcan la carne del pobre. Abogados, pleiteen el pro y el contra, el blanco y el negro; despojen a la viuda y al huérfano en provecho del poderoso prevaricador, y al modesto trabajador en beneficio del gran industrial. Susciten procesos entre los propietarios, esperando que la sociedad haga su proceso y el de la propiedad. Presten a los tribunales criminales el apoyo de sus parodias de defensa, y cubran con un velo de inocencia a la condenación, so pretexto de obtener la inocencia del acusado. Ujieres, procuradores y notarios, redacten sobre papel sellado actas de propiedad o de piratería; desposean a éstos e invistan a aquéllos; retocen como orugas sobre las ricas y copiosas cumbres, a fin de agotar más rápidamente la savia que, de las capas inferiores, sube incesantemente para alimentarlos. Doctores de la instrucción pública, que tienen la facultad de mercurializar a los hijos de la sociedad en nombre del cretinismo universitario o clerical, hagan y rehagan hembras y varones. Diplomados de la Facultad de Medicina para la medicamentación mercurial y arsenical, receten a sus enfermos, experimenten sobre los proletarios y atenacéenlos sobre el potro de tormento de sus hospitales. Anden, empíricos, no solamente su patente de incapacidad científica y su rapacidad tenderil se lo autoriza, sino que tienen, a más, la garantía del gobierno. Hagan, y por poco que estén en posesión de una clientela aristocrática y de un carácter calculador, el jefe de Estado desprenderá de su corona una estrella de oro para suspenderla del ojal de su solapa.

En fin, todos ustedes, los que son opulentos en oprobio, malhechores a quines la fortuna sonrío, como sonrío las prostitutas en el umbral de las casas miserables; libertinos de la decadencia



cristiana, corruptores y corrompidos, ¡pisoteen, pisoteen a la “vil multitud”, ensúciénla con sus talones, atenten a su pudor, a su inteligencia, a su vida; hagan, y hagan aún!...

Y ¿después?

¿Impedirán al sol que dé luz y al progreso que siga su curso? ¡No, pues no podrán hacer que la usura no sea la usura, que la miseria no sea la miseria, que la bancarrota no sea la bancarrota, y que la Revolución no sea la Revolución!...

Oh, burgués, tú que no has producido jamás sino exacciones y que sueñas satisfacciones eternas dirigiendo las satisfacciones momentáneas, di, burgués, cuando pasas, a la hora que sea, por las calles, ¿no sientes algo así como una sombra que te sigue, algo que marcha y que no se desprende de tu rastro? Mientras estés erguido y revestido tanto con la libra imperial como con una coraza, mientras tengas por muletas las bayonetas regimentadas y la cuchilla de la guillotina sobrepase este inmenso haz de armas, con el catecismo penal de un lado y el código religioso del otro; mientras el capital resplandezca sobre todo eso como un sol de Austerlitz, burgués, no tendrás nada que temer del lobo, de la hiena o del espectro cuyo olfato te espanta; pero el día en que un velo oculte este sol; el día en que tu librea esté gastada hasta la trama, el día en que, tembloroso en tu desnudez, titubees, dando pasos en falso tras pasos en falso y ruedes por tierra, enloquecido, aterrorizado; el día en que caigas de Moscú en Berezina, ¡oh! ese día, te lo digo, ¡guay de ti! El lobo, la hiena o el espectro te saltará al vientre y a la garganta, y te devorará las entrañas, y convertirá en harapos tus miembros y tu librea, tus haces de bayonetas y tus catecismos y tus códigos. Adiós la utopía del capital. Como la cometa cuyo hilo se ha roto, tu sol de oro se hundirá en el abismo. París se habrá convertido en tu Waterloo, y Waterloo, lo sabes, conduce a Santa Elena... En verdad, en verdad te lo digo, ese día no habrá para ti ni piedad ni merced. ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¡Burgués, burgués, eres demasiado judío para no conocer la ley de Moisés!...

¡Ah! ¡siempre el hierro y el plomo y el fuego! ¡siempre el fratricidio entre los hombres! ¡siempre vencedores y vencidos! ¡Cuándo, pues, cesará el tiempo de las sangrientas pruebas! A fuerza de comer cadáveres, la civilización ¿no morirá al fin de indigestión?

¿Cuándo, pues, comprenderán los hombres que la autoridad es el mal?

¿Que la Propiedad, que es también la Autoridad, es el mal?

¿Que la Familia, que es aún autoridad, es el mal?

¿Que la Religión, que es siempre Autoridad, es el mal?

¿Que la Legalidad, la Constitucionalidad, la Reglamentación, la Contractualidad, todas son Autoridad, son el mal, aún el mal, siempre el mal?

¡¡Genio de la ANARQUÍA, espíritu de los siglos futuros, líbranos del mal!!

## SEGUNDA PARTE

### PRELUDIO: SUEÑO, IDEA, UTOPIA

Filles du droit, sylphides de mes songes,  
Egalité! Liberté! mes amours!  
Ne serez-vous toujours que des mensonges?  
Fraternité nous fuiras-tu toujours?  
Non, n'est-ce pas? mes déesses chéries;  
Le jour approche nù l'idéalité  
Au vieux cadran de la réalité  
Aura marqué l'heure des utopies!...

-----  
Blonde utopie, idéal de mon coeur,  
Ah! brave encore l'ignorance et l'erreur.

(Les Lazaréennes).

### CAPITULO I

¿Qué es una utopía? Un sueño no realizado, pero no irrealizable. La utopía de Galileo es ahora una verdad, ha triunfado a despecho de la sentencia de sus jueces: la tierra gira. La utopía de Cristóbal Colón se ha realizado a pesar de los clamores de sus detractores: un nuevo mundo, la América, ha surgido, a su conjuro, de las profundidades del Océano. ¿Qué fue Salomón del Caus? Un utopista, un loco, pero un loco que descubrió el vapor. ¿Y Fulton? También un utopista. Pregunten más bien a los académicos del Instituto y a su emperador y amo, Napoleón, llamado el Grande... grande como los monstruos fósiles, de necedad y de ferocidad. Todas las ideas innovadoras fueron utopías en su nacimiento; sólo el tiempo, desarrollándolas, las hizo entrar en el mundo de lo real. Los buscadores de la dicha ideal, como los buscadores de la piedra filosofal, no realizarán, tal vez jamás, su utopía de una manera absoluta, pero su utopía será la causa de progresos humanitarios. La alquimia no ha logrado hacer el oro, pero ha extraído de su crisol algo mucho más precioso que un vil metal, ha producido una ciencia, la química. La ciencia social será la obra de los soñadores de la armonía perfecta.

La humanidad, esa conquistadora inmortal, es un cuerpo de ejército que tiene su vanguardia en el porvenir y su retaguardia en el pasado. Para desplazar el presente y desbrozar el camino, necesita avanzadas, centinelas perdidos que disparan la idea hacia los límites de lo Desconocido. Todas las grandes etapas de la humanidad, sus marchas forzadas sobre el terreno de la conquista social no han sido realizadas sino siguiendo los pasos de los guías del pensamiento. ¡Adelante! le gritaban estos explotadores del Porvenir, erguidos sobre las cimas alpinas de la utopía. ¡Alto! tartajeaban en el estertor de la agonía los rezagados del Pasado, acucillados en los carriles de fangosas reacciones. ¡Adelante! respondían el genio de la Humanidad. Y las pesadas masas revolucionarias se inflamaban a su voz. ¡Humanidad! vislumbro sobre la ruta de los siglos futuros el lábaro de la utopía anárquica, y te grito: ¡Adelante! Deja a los rezagados del Pasado adormecerse en su cobarde inmovilidad y encontrar en ella la muerte. Responde a su estertor de agonía, a sus gemidos cadavéricos por un sonoro llamado al movimiento, a la vida. Aboca el clarín del Progreso, empuña tus baquetas insurreccionales y suena y bate la generala. ¡Adelante! ¡¡Adelante!! ¡¡¡Adelante!!!

Hoy día en que el vapor está en el apogeo de su virilidad, y en que la electricidad existe en el estado de infancia; hoy día que la locomoción y la navegación se hacen a gran velocidad; que

no hay más Pirineos, ni Alpes, ni desiertos, ni océanos; hoy día que la imprenta edita la palabra a razón de doscientos mil ejemplares y el comercio los reparte hasta en los rincones más ignorados del globo; hoy que, de cambio en cambio, se ha logrado entreabrir las vías de la unidad; hoy que los trabajos de las generaciones han formado, de piso en piso y de arcada en arcada, este gigantesco acueducto que vierte si el mundo actual olas de ciencia y de luz; hoy que la fuerza motriz y la fuerza de expansión sobrepasa todo lo que los sueños más utópicos de los tiempos antiguos podían imaginar de grandioso para los tiempos modernos; hoy día que la palabra “imposible” está desterrada del diccionario humano; hoy día en que el hombre, cual nuevo Febo, dirige la marcha del vapor, calienta la vegetación y produce donde le place invernaderos en los que germinan, brotan y florecen las plantas y los árboles de todos los climas, oasis que el viajero encuentra en medio de las nieves y de los hielos del Norte; hoy día en que el genio humano, en nombre de su soberanía, se ha apoderado del sol, ese hogar de artistas deslumbradores, que se ha posesionado de sus rayos, los ha encadenado a su taller, y los constriñe, como a serviles vasallos, a grabar y a pintar su imagen sobre placas de zinc u hojas de papel, hoy en día, en fin, cuando todo marcha a paso de gigante, ¿es posible que el Progreso, ese gigante de gigantes, continúe marchando *piano-piano* sobre los raíles de la ciencia social? No, no. Yo se los digo, va a cambiar de paso; va a ponerse al paso con el vapor y la electricidad, va a igualarlas en fuerza y en agilidad. Malhaya, entonces, el que trate de detenerlo en su carrera: será arrojado, hecho añicos, a los lados del camino por los lanzapiedras del colosal vehículo, ese cíclope con ojo de fuego que remolca con todo el calor del infierno el cortejo satánico de la humanidad, y que, irguiéndose sobre sus ejes, avanza, la frente alta y la cabeza baja, sobre la línea recta de la ANARQUÍA, sacudiendo en los aires su cabellera morena constelada de chispas de llama. ¡Malhaya a quien quiera enfrentarse con este cráter rodante! Todos los dioses del mundo antiguo y moderno no son de talla para medirse con el nuevo Titán. ¡Dejen paso, dejen paso!, pónganse a un lado, groseros coronados, mercaderes del ganado humano que regresan de Poissy con su carreta Civilización. ¡Apártense, matamoros liliputienses, y dejen paso a la utopía! ¡Paso! ¡paso al soplo enérgico de la Revolución! ¡Paso, fabricantes de escudos, forjadores de hierros, paso a los forjadores de las ideas, al forjador del rayo!

Apenas había terminado de trazar estas líneas cuando me vi forzado a detenerme, como me sucedió con frecuencia ser constreñido a ello en el curso de este trabajo. La enorme tensión de todas mis facultades para soliviantar y arrojar el fardo de ignorancia que pesa sobre mi cabeza, esta sobreexcitación entusiasta del pensamiento, obrando sobre mi temperamento débil, había hecho brotar el llanto de mis ojos. Los sollozos me sofocaban. La sangre me latía en las sienes y levantaba en mi cerebro olas torrenciales, olas ardientes que las arterias no cesaban de precipitar en él por todas sus esclusas. Y mientras que con la mano derecha trataba de contener y amortiguar el bullir de mi frente, con la mano izquierda trataba en vano de comprimir las pulsaciones aceleradas de mi corazón. Me bamboleaba como un hombre ebrio, yendo a abrir las ventanas de mi cuarto. Me acerqué a mi cama y me eché en ella. — ¿Voy, pues, a perder la vida o la razón? -me decía-. Y me volví a levantar, no pudiendo permanecer acostado, y me volví a acostar, no pudiendo permanecer de pie. Me parecía que mi cabeza iba a estallar, y que me retorcían las sienes con tenazas. Me ahogaba: músculos de hierro me apretaban la garganta... ¡Ah! la Idea es una amante que en sus fogosos abrazos nos muerde hasta hacernos gritar, y no nos deja un momento, jadeando y agotado, sino para prepararnos a nuevas y más ardientes caricias. Para cortejarla, es necesario, si no se es fuerte en ciencia, ser bravo en intuición. ¡Atrás! les dice a los ganapanes y a los cobardes, ¡son profanos! Y les deja, aburriéndose, fuera del santuario. A esta lánguida, soberbia y apasionada querida, le son necesarios hombres de salitre y de bronce por amantes. ¡Quién sabe cuántos días cuesta cada uno de sus besos! Una vez apaciguado este espasmo me senté ante mi mesa. La Idea vino a sentarse a mi vera. Y, la cabeza reclinada en su hombro, una mano en su mano y la otra en los bucles de sus cabellos, cambiamos una larga mirada de plácida embriaguez. Volví a escribir, y a su vez ella se inclinó sobre mí. Y yo sentía su dulce contacto volver a alumbrar el verbo en mi cerebro y en mi corazón, y su soplo abrazar de nuevo mi soplo. Después de haber releído lo

que había escrito, y pensando en esa masa inerte de prejuicios y de ignorancia que era necesario transformar en individualidades activas, en inteligencias libres y estudiosas, sentí que las sospechas de la duda se deslizaban en mi espíritu; pero la idea, hablándome al oído, las disipó bien pronto. Una sociedad, me dijo, que en sus capas más oscuras, bajo la blusa del obrero, siente brumar semejantes lavas revolucionarias, tempestades de azufre y fuego como las que circulan en tus venas; una sociedad en la cual se encuentran desheredados para osar escribir lo que tú escribes, y exhortar así a todas las revueltas del brazo y de la inteligencia; una sociedad en donde semejantes escritos encuentran imprentas para imprimirlos y hombres para estrechar la mano a sus autores; en donde estos autores, que son proletarios, encuentran aún patrones para emplearlos -salvo excepciones, por supuesto-, y en donde estos heréticos del orden legal pueden caminar por las calles sin ser marcados en la frente por un hierro rojo, y sin que se les arrastre a la hoguera, a ellos y a sus libros; ¡oh! anda, una tal sociedad, aunque sea oficialmente enemiga de las ideas nuevas, está bien cerca de pasarse al enemigo... Si no tiene aún el sentimiento de la moralidad del Porvenir, por lo menos no tiene ya el sentimiento de la moralidad del pasado. La sociedad actual es como una fortaleza sitiada por todas partes y que ha perdido toda comunicación con el cuerpo del ejército que la protegía y que ha sido destruido. Ella sabe que no puede proveerse de vituallas. Por lo tanto no se defiende más que por forma. Se puede calcular por anticipado el día de su rendición. Sin duda alguna habrá todavía tandas de cañonazos cambiados; pero cuando haya agotado sus últimos cartuchos, vaciado sus arsenales y sus graneros de abundancia, será necesario que arríe el pabellón. La vieja sociedad no osa ya protegerse, o, si se protege, es con un furor que testimonia su debilidad. Los jóvenes entusiastas de lo bello pueden ser audaces y ver el éxito coronar su audacia. Los viejos envidiosos y crueles fracasarán siempre en sus caducas temeridades. Hay aún en nuestros días, y más que nunca, sacerdotes para inculcar la religión en las almas, como hay jueces para martirizar el cuerpo; soldados para ser pábulo de la autoridad, como patrones para vivir a expensas del obrero. Pero sacerdotes y jueces, soldados y patrones no tienen ya fe en su sacerdocio. Hay en su glorificación pública, realizada por ellos y para ellos mismos, como un pensamiento secreto de vergüenza de hacer lo que hacen. Todos esos arrivistas, todos esos portadores de casullas y de cigarras, de cinturones guarnecidos de piezas de oro o de láminas de acero, no se sienten a sus anchas en el mundo que viene y el mundo que se va; vacilan sus piernas, parece que marchan sobre carbones ardientes. Es verdad que continúan en su afán de oficiar, de condenar, de fusilar, de explotar, pero “¡en su fuero interno no están bien seguros de no ser ladrones y asesinos!”... es decir, que no osan enteramente confesarlo, por miedo a tener demasiado miedo. Comprenden que caminan a ciegas, que la sociedad civilizada es una sociedad mal conceptuada, y que un día u otro la Revolución puede operar en esa madriguera un descendimiento de justicia. El paso del Porvenir resuena sordamente sobre el pavimento de la calle. ¡Tres golpes dados en la puerta, tres toques de clarín en París, y están perdidos los jugadores y su apuesta!

La Civilización, esa hija de la barbarie que tiene el salvajismo por abuela, la Civilización, agotada por dieciocho siglos de libertinaje, está atacada de una enfermedad incurable. Está condenada por la ciencia. Es necesario que muera. ¿Cuándo? Más pronto de lo que se cree, su enfermedad es una tisis pulmonar, y, se sabe, los tísicos conservan la apariencia de la vida hasta la última hora. Una noche de orgía se acostará para no levantarse más.

Cuando la idea hubo terminado de hablar, la atraje dulcemente sobre mis rodillas y allí, entre dos besos, le pedí el secreto de los tiempos futuros. Es tan tierna y tan buena para quien la ama ardientemente que no supo rehusarse. Y quedé suspenso de sus labios, recogiendo cada una de sus palabras, y como fascinado por el fluido atractivo, por los efluvios de luz con que me inundaba su pupila. ¡Qué bella estaba así, la graciosa seductora! Quisiera poder repetir con todo el encanto que ella puso en relatármelo, esas magnificencias de la utopía anárquica, todos esos cuentos de hadas del mundo armónico. Mi pluma es demasiado poco sabia para dar de ella otra cosa que un pálido compendio. Que el que quiera conocer sus encantos inefables

haga, como yo, un llamado a la idea y que, guiado por ella, evoque a su vez las sublimes visiones del ideal, la luminosa apoteosis de las edades futuras.

## CAPÍTULO II

Diez siglos han pasado sobre la frente de la Humanidad. Estamos en el año 2858. Imagínense un salvaje de las edades primitivas, arrancado del seno del bosque primitivo y arrojado, sin transición, en medio de la Europa actual, en Francia, en París. Supongan que una potencia mágica haya desatado su inteligencia y la pasea a través de las maravillas de la industria, de la agricultura, de la arquitectura, de todas las artes y de todas las ciencias, y que, como un cicerone, le muestra y le explica todas esas bellezas. Y ahora juzguen el asombro de ese salvaje. Caerá en admiración ante todas esas cosas; no podrá creer a sus ojos ni a sus oídos; ¡exclamará que es milagro, que es civilización, que es utopía!

Imaginen ahora una civilización trasplantada de repente del París del siglo XIX a la época originaria de la humanidad. Y juzguen de su estupefacción frente a esos hombres que no tienen aún otros instintos que los del bruto, de los hombres que pacen y que balan, que gruñen y que rumian, que cocean y que rebuznan, que muerden, que arañan y que rugen, hombres para quienes los dedos, la lengua, la inteligencia son instrumentos cuyo manejo no conocen, un mecanismo cuyos rodajes no están en condiciones de comprender. Figúrense a este civilizado, expuesto así a la merced de hombres feroces, al furor de bestias salvajes y de elementos no domeñados. No podrá vivir entre todas esas monstruosidades. ¡Será para él el asco, el horror, el caos!

¡Y bien! La utopía anárquica es a la civilización lo que la civilización es al salvajismo. Para el que ha franqueado, por el pensamiento, los diez siglos que separan el presente del porvenir; que ha entrado en ese mundo futuro y ha explorado sus maravillas; que ha visto, oído y palpado todos los armónicos detalles; que se ha iniciado en todas las alegrías de esta sociedad humanitaria; para ese el mundo actual es aún una tierra inculta y pantanosa, una cloaca poblada de hombres y de instituciones fósiles, un monstruoso esbozo de sociedad, algo infame y repugnante que la esponja de la revolución debe borrar de la superficie del globo. La civilización, con sus monumentos, sus leyes, sus costumbres, con sus fronteras de propiedades y su berenjenal de naciones, esas zarzas autoritarias y sus raigambres familiares, su prostituta vegetación; la civilización con sus jeringonzas: inglés, alemán, francés, cosaco; con sus dioses de metal, sus fetiches groseros, sus animalidades de pagoda, sus caimanes mitrados y coronados, sus rebaños de rinocerontes y de gamos, de burgueses y de proletarios, sus impenetrables bosques de bayonetas y sus rugientes artillerías, torrentes de bronce alargados sobre sus cureñas y vomitando con fragor cascadas de metralla; la civilización con sus grutas de miseria, sus cárceles y talleres, sus casas de tolerancia y de St. Lazare, con sus montañas cadenas de palacios y de iglesias, de fortalezas y de tiendas, sus refugios de príncipes, de obispos, de generales, de burgueses, obscenos macacos, asquerosos buitres, osos mal lamidos, metalívoros y carnívoros, que mancillan con su libertinaje y hacen sangrar bajo su guerra la carne y la inteligencia humanas; la civilización con su evangelio penal y código religioso, sus emperadores y sus papas, sus horcas-constrictor que les estrangulan un hombre en sus anillos de cáñamo y luego lo balancean en lo alto de un árbol, después de haberles roto la nuca; sus guillotinas-aligátor que se los destrozan como un perro en sus terribles mandíbulas y le separan la cabeza del tronco de un golpe de su rastrillo triangular; la civilización, en fin, con sus usos y costumbres, sus cartas y sus constituciones pestilenciales, su cólera-moral, todas sus religiones y sus gubernamentalismos epidémicos; la civilización, en una palabra, en toda su savia y su exuberancia; la civilización en toda su gloria es, para el que ha fijado en la mirada el deslumbrador porvenir, lo que sería para el civilizado el salvajismo en el origen del globo: el hombre recién nacido al salir de su molde terrestre y zambullendo todavía en los monstruos del caos; como también la utopía anárquica es, para el civilizado, lo que sería para el salvaje la

revelación del mundo civilizado; es decir: algo de hiperbólicamente bueno, de hiperbólicamente hermoso, algo de ultra y de extra natural: el paraíso del hombre sobre la tierra.

### CAPÍTULO III

El hombre es un ser esencialmente revolucionario. No podría inmovilizarse sobre el lugar. No vive la vida de los límites, sino la vida de los astros. La naturaleza le ha dado el movimiento y la luz, esto es: para gravitar y resplandecer. El límite mismo, bien que lento de moverse, ¿no se transforma cada día imperceptiblemente hasta que está enteramente transformado, y no continúa en la vía eterna sus eternas transformaciones?

Civilizados, ¿quieren, pues, ser más límites que los límites?

“Las revoluciones son conservaciones”.

Revoluciónense, pues, a fin de conservarse.

En el árido desierto donde está acampada nuestra generación, el oasis de la ANARQUÍA es aún, para la caravana fatigada de marchas y contramarchas, un miraje flotante a la ventura. Depende de la inteligencia humana el solidificar este vapor, fijar el fantasma en las alas del firmamento, sobre el suelo, darle un cuerpo. ¿Ven allá lejos, en los fondos más profundos de la inmensa miseria, ven una nube sombría y rojiza elevarse en el horizonte? Es el simún revolucionario. ¡Alerta! civilizados. Ya es tiempo de plegar las carpas si no quieren ser engullidos bajo este alud de arenas ardientes. ¡Alerta! y huyan rectamente ante ustedes. Encontrarán la fuente fresca, el verde césped, las flores perfumadas, los frutos sabrosos, un abrigo protector, bajo amplios y altos lugares umbríos. ¿Oyen el simún que les amenaza? ¿Ven el espejismo que les solicita? ¡Alerta! detrás de ustedes está la muerte; a derecha e izquierda está la muerte; donde se estacionen está la muerte... ¡Marchen! ante ustedes; es la vida. Civilización, civilizados, se los digo: el espejismo no es un espejismo, la utopía no es una utopía; ¡lo que tomas por un fantasma es la realidad!...

### CAPÍTULO IV

Y habiéndome dado tres besos, la Idea apartó la cortina de los siglos y descubrió ante mis ojos la gran escena del mundo futuro, donde iba a darme por espectáculo la utopía anárquica.

### EL MUNDO FUTURO

“La libertad es la ley común”.

Emile de Girardin.

Y la tierra, que estaba seca, reverdeció, y todos pudieron comer de sus frutos e ir y venir sin que nadie les dijese: ¿A dónde van? ¡Por aquí no se pasa! Y los pequeñuelos cogían flores y las llevaban a su madre, que dulcemente les sonreía.

Y no había ni pobres ni ricos, pero todos tenían en abundancia las cosas necesarias a sus necesidades, porque todos se amaban y se ayudaban como hermanos.

(Palabras de un Creyente).

Y, ante todo, la Tierra ha cambiado de fisonomía. En lugar de sus úlceras pantanosas que le devoraban las mejillas, brilla un bozo agrícola, cosecha dorada de la fertilidad. Las montañas parecen aspirar con frenesí el aire puro de la libertad, y balancean sobre sus almas su hermoso penacho de follaje. Los desiertos de arena han dejado lugar a bosques poblados de encinas, de cedros, de palmeras, que tienen a sus pies un espeso tapiz de musgo, blanda verdura esmaltada con todas las flores, amantes de frescos lugares umbríos y de claros arroyos. Los cráteres han sido abozalados, se ha hecho callar su erupción devastadora y se ha dado un curso útil a sus reservas de lava. El aire, el fuego, el agua, todos los elementos de instintos destructores han sido domeñados y, cautivos bajo la mirada del hombre, obedecen a sus menores voliciones. El cielo ha sido escalado. La electricidad lleva al hombre sobre sus alas y lo pasea por las nubes a él y a sus naves aéreas. Ella le hace recorrer, en algunos segundos, espacios que hoy día se tardarían meses enteros en franquear sobre las espaldas de pesadas construcciones marinas. Una inmensa red de irrigaciones cubre las vastas praderas, de las que se arrojó al fuego las barreras y en donde pacen innumerables rebaños destinados a la alimentación del hombre. El hombre domina sobre sus máquinas de labor, no fecunda más el campo con el sudor de su cuerpo, sino con el vapor de la locomotora. No solamente se han cubierto los cotos de los campos, sino que también se ha pasado el rastrillo sobre las fronteras de las naciones. Los ferrocarriles, los puentes construidos en los estrechos y los túneles submarinos, las embarcaciones que se sumergen y los aeróstatos movidos por la electricidad, han hecho de todo el globo una ciudad única, a la que se puede dar la vuelta en menos de una jornada. Monumentales habitaciones, diseminadas por grupos en medio de tierras cultivadas, forman como plazas. El globo es como un parque, del que los océanos son los estanques; un niño puede, jugando al balón, pasarlos tan fácilmente como un arroyo. El hombre, teniendo en la mano el cetro de la ciencia, tiene en lo sucesivo la potencia que se atribuía antaño a los dioses en el buen tiempo viejo de las alucinaciones de la ignorancia, y provoca a su placer la lluvia y el buen tiempo; domina las estaciones, y las estaciones se inclinan ante su amo. Las plantas tropicales se desarrollan a cielo descubierto en las regiones polares; canales de lava en ebullición serpentean a sus pies; el trabajo natural del globo y el trabajo artificial del hombre han transformado la temperatura de los polos y han desencadenado la primavera donde reina el invierno perpetuo. Todas las ciudades y todos los caseríos del mundo civilizado, sus templos, sus ciudadelas, sus palacios, sus chozas, todo su lujo y todas sus miserias han sido barridas del suelo como las inmundicias de la vía pública; no queda de la civilización más que el cadáver histórico, relegado al Mont-Faucon del recuerdo. Una arquitectura grandiosa y elegante, como nada de lo que hoy existe podría dar el croquis, ha reemplazado las mezquinas proporciones y las pobrezas del estilo de los edificios de los civilizados. Sobre el emplazamiento de París, una construcción colosal elevada sobre cimientos de granito y de mármol, sus pilares de fundición son de un espesor y de una altura prodigiosos. Bajo su cúpula de hierro, recortada aquí y allá, como un encaje, sobre un fondo de cristal, un millón de paseantes pueden reunirse sin estar molestos. Galerías circulares, colocadas las unas sobre las otras y plantadas con árboles, como los bulevares, forman, alrededor de este circo inmenso, un vasto cinturón, que no tiene menos de veinte leguas de circunferencia. En medio de estas galerías una vía férrea transporta, en ligeros y graciosos vagones, a los paseantes de un punto a otro, los toma y los deposita donde les place. De cada lado de la vía férrea hay una avenida de musgo, una “pelouse”; luego, una avenida enarenada para los jinetes; luego, una avenida de mosaicos o “parquets”; luego, en fin, una avenida recubierta de un espeso y blando tapiz. A lo largo de estas avenidas se han escalonado divanes y mecedoras con colchón de muelles y tejidos de seda y de terciopelo, de lanas y de telas persas; y también bancos y sillones de madera barnizada, en mármol y en bronce, lisos o guarnecidos de asientos trenzados o en cuero, en paño sencillo o en pieles manchadas o atigradas. Sobre los bordes de esas avenidas, flores de todos los países, abriéndose sobre sus tallos, tienen por “parterres” largas consolas de mármol blanco. De distancia en distancia se destacan ligeras fontanas, las unas en mármol blanco, en estuco, en

ágata y bronce, plomo y plata maciza; las otras en mármol negro, en mármol brecha violeta, en amarillo de sienne, en malaquita, en granito, en piedra, en conchas, y cobre, y oro, y hierro. El todo mezclado, junto o en parte, con una entente perfecta de la armonía. Su forma, variada al infinito, es sabiamente movida. Esculturas, obras de hábiles artistas, animan, por ideales fantasías, estas urnas, de donde, por la noche, brotan por torrentes y chorros de agua límpida, chorros y torrentes de luz, cascadas de diamantes y de lava que chorrean a través de las plantas y las flores acuáticas. Los pilares y los cielos rasos de las galerías son de una ornamentación atrevida y fuertemente acentuada. No es ni griego, ni romano, ni moro, ni gótico, ni renacimiento: es algo de temerariamente hermoso, de audazmente gracioso; es la pureza del perfil con la lascivia del contorno; es flexible y es nervioso; esta ornamentación es la ornamentación de nuestros días lo que la majestad del león, ese soberbio portacrines, es a la tosquedad y a la desnudez de la rata. La piedra, la madera y el metal concurren a la decoración de estas galerías, y se combinan armoniosamente. Sobre fondos de plata y de oro se recortan esculturas en madera de encina, en maderas de arce, en madera de ébano. Sobre campos de colores tiernos o severamente en relieve, follajes de hierro y de plomo galvanizados. Músculos de bronce y de mármol dividen toda esta rica decoración en mil compartimientos, y la ligan en la unidad. Opulentos paños penden a lo largo de las arcadas que, del lado interno, están abiertas sobre el circo, y del externo, cerradas a la intemperie de las estaciones por una muralla de cristal. En el interior, columnas, formando balcón corrido, soportan en su parte superior un entablamiento almenado en plataforma o terraza, como una fortaleza o palomar, y dejan paso, por estas aberturas arquitecturales, a los visitantes que descienden o suben a ella por medio de un balcón móvil, que se eleva o baja a la menor presión. Estas galerías circulares, regulares en cuanto al conjunto, pero diferentes en cuanto a los detalles, están cortadas, de distancia en distancia, por cuerpos de edificio en saliente, de un carácter más imponente aun. En estos pabellones, que son como los eslabones de esa cadena de avenidas, hay salones de retiro y de colaciones, los salones de conversación y de lectura, de juego y de reposo, de diversiones y de recreos, para la edad viril como para la edad infantil. En esta especie de lugares para descansar, abiertos a la multitud abigarrada de los peregrinos, todos los refinamientos del lujo, que se podría llamar en nuestros días aristocrático, parecen haber sido agotados allí; todo es de una riqueza y de una elegancia fantásticas. Esos pabellones en su piso inferior son otros tantos peristilos por donde se entra en la inmensa arena. Este nuevo coliseo, del que acabamos de explotar los peldaños, tiene su arena como los antiguos coliseos: es un parque sembrado de macizos de árboles, de praderas y de platabandas de flores, de grutas rústicas y de quioscos suntuosos. El Sena y una infinidad de canales y de bahías de todas las formas, aguas vivas y aguas durmientes permanecen quietas o corren, reposan o serpentean en medio de todo eso. Largas avenidas de castaños y estrechos senderos bordeados de setos y cubiertos de madreSelva y de escaramujo lo surcan en todos los sentidos. Grupos de bronce y de mármol, obras maestras de la estatuaria, amojonan estas avenidas y dominan en ellas a intervalos, o se miran, en el recodo de algún sendero oculto, en el cristal de una fuente solitaria. Por la noche, pequeños globos de luz eléctrica proyectan, como estrellas, sus tímidos rayos sobre los umbríos lugares de verdura, y más lejos, por encima de la parte más descubierta, una enorme esfera de luz eléctrica vierte de su orbe torrentes de claridad solar. Caloríferos, braseros infernales y ventiladores, pulmones eolios combinan sus esfuerzos para producir en este recinto un clima siempre templado, una floración perpetua. Es algo mil y una veces más mágico que los palacios y los jardines de las Mil y Una Noche. Canoas aéreas, remeros aéreos atraviesan a vuelo de pájaro esta libre pajarera humana; van, vienen, entran y salen; se persiguen o se cruzan en sus caprichosas evoluciones. Aquí son las mariposas multicolores las que revolotean de flor en flor, allá pájaros de zonas ecuatoriales, que retozan en toda libertad. Los niños se divierten sobre las praderas con los cabritos y los leones, vueltos animales domésticos o *civilizados*, y se sirven de ellos como de caballitos para montarlos o enjaezarlos a sus carretillas. Las panteras, domesticadas como gatos, saltan desde las columnas o los árboles, saltan sobre la espalda de las rocas de las grutas y, en sus saltos soberbios o en sus caprichosas zalamerías, dibujan alrededor del hombre las más graciosas curvas y, arrastrándose a sus pies, solicitan de él una mirada o una caricia. Órganos subterráneos,



rugidos de vapor o de electricidad, hacen oír por momentos su voz de bajos y, como de un común concierto, mezclan sus sordas notas a la voz aguda de los pájaros cantores, estos ligeros tenores. En el centro, cerca de este valle de la armonía, se eleva un laberinto, en cuya techumbre hay un ramo de palmeras. Al pie de esas palmeras hay una tribuna de mármol y de madera de encina, de hermoso perfil. Encima de esta tribuna, y adosada a los tallos de las palmeras, está suspendida una amplia corona de acero pulido, rodeando un birrete de satín azul, proporcionado a la corona. Una colgadura en terciopelo y en seda granate, de franjas de plata y soportada por franjas de cadenas en oro, recae en bucles por detrás. Sobre la parte anterior de las anchas cintas hay una gran estrella de diamante sobremontada de una media luna y de un penacho de llama viva. De cada lado hay dos manos de bronce, igualmente adheridas a la franja, una a la derecha y la otra a la izquierda, sirviendo de broche a dos alas igualmente de llama viva. Es a esta tribuna a donde, en los días de solemnidad, suben los que quieren hablar a la multitud. Se comprende que, para osar abordar semejante tribuna, sea necesario ser otra cosa que nuestros tribunos y parlamentarios. Estos serían literalmente aplastados bajo el peso moral de esa corona; sentirían bajo sus pies estremecerse el piso de vergüenza y apartarse para engullirlos. Así los hombres que van a ocupar el puesto bajo esa diadema y sobre esos peldaños alegóricos no son otros que los que tienen que desparramar, desde lo alto de esta urna de la inteligencia, algún grande y fecundo pensamiento, perla engastada en una brillante palabra, y que, salida de la multitud, recae sobre la multitud como el rocío sobre las flores. La tribuna es libre. Allí sube quien quiere, pero sólo lo quiere el que puede subir a ella. En ese mundo, que es muy diferente del nuestro, se tiene el sublime orgullo de no elevar la voz en público sino para decir algo. Icaro no hubiera osado ensayar allí sus alas; hubiera estado demasiado seguro de fracasar. Es que es necesario algo mejor que una inteligencia de cera para tentar la ascensión de la palabra ante un auditorio semejante. Un ingenioso mecanismo acústico permite a este millón de oyentes entender distintamente todas las palabras del orador, por más alejado que esté cada uno de él. Instrumentos de óptica admirablemente perfeccionados permiten seguir sus movimientos, los del gesto y los de la fisonomía, a una gran distancia.

Visto por los ojos del pasado, este colosal coso, con todas sus olas humanas, tenía para mí el aspecto grandioso del océano. Visto por los ojos del porvenir, nuestras academias de legisladores y nuestros consejos democráticos, el palacio Bourbon y la sala Martel, no me aparecían más que bajo la forma de un vaso de agua. Así es el hombre y ve diferentemente las cosas, según que el panorama de los siglos proyecte o retrograde sus perspectivas. Lo que para mí era la utopía para ellos era enteramente ordinario. Ellos tenían sueños excesivamente gigantescos y que no podía abarcar mi pequeña imaginación. Oí hablar de proyectos de tal modo por encima de lo vulgar, que apenas si podía comprender su sentido. Qué figura, decía yo para mi coleteo haría en medio de esas gentes un civilizado de la calle de Lombards; por más que pusiera la cabeza en un mortero, que la moliera como un carozo de durazno, que triturara el cerebro, no llegaría jamás a extraer un rayo de inteligencia capaz solamente de comprender la más pequeña palabra.

Este monumento, del que traté de dar el esbozo, es ele palacio o, por mejor decir, el templo de las artes y de las ciencias, algo, en la sociedad ulterior, como el capitolio y el foro en la sociedad anterior. Es el punto central a donde van a terminar todos los rayos de un círculo y de donde se expanden en seguida a todos los puntos de la circunferencia. Se llama el *Ciclydeon*, es decir: “lugar consagrado al círculo de las ideas” y, por consiguiente, a todo lo que es el producto de estas ideas; es el altar del culto social, la iglesia anárquica de la humanidad utopista.

Entre los hijos de este nuevo mundo no hay divinidad ni papismo, ni realeza ni dioses, ni reyes ni sacerdotes. No quieren ser esclavos ni amos. Siendo libres, no tienen otro culto que el de la libertad; de modo que la practican desde la infancia y la confiesan en todos los momentos y hasta los últimos instantes de su vida. Su comunismo anárquico no tiene necesidad ni de biblias ni de códigos; cada uno de ellos lleva en sí su ley y su profeta, su corazón y su inteligencia. No

hacen a otro lo que no quisieran que otro les hiciera. Queriendo el bien para ellos, hacen el bien para otros. No queriendo que se atente a su libre voluntad, no atentan a la libre voluntad de los otros. Amantes, amados, quieren crecer en el amor y multiplicarse por el amor. Hombres, devuelven al céntuplo a la humanidad lo que de niños han costado de cuidados a la humanidad, y a su prójimo las simpatías que son debidas a su prójimo: mirada por mirada, sonrisa por sonrisa, beso por beso y, si es necesario, mordedura por mordedura. Saben que sólo tienen una madre común: la humanidad, que son todos hermanos, y que la fraternidad obliga. Tienen conciencia de que la armonía no puede existir sino por el concurso de voluntades individuales, que la ley natural de las atracciones es la ley de los infinitamente pequeños y de los infinitamente grandes, que nada de lo que es sociable puede moverse, sino por ella, que es el pensamiento universal, la unidad de las unidades, la esfera de las esferas, que es inmanente y permanente en el eterno movimiento; y bien: fuera de la ANARQUÍA no hay salvación, y agregan: la felicidad es de nuestro mundo. Y todos son felices, y todos encuentran en su camino las satisfacciones que buscan. Golpean, y todas las puertas se abren: la simpatía, el amor, los placeres y las alegrías responden a los latidos de su corazón, a las pulsaciones de su cerebro, a los golpes de martillo de su brazo; y parados en los umbrales saludan al hermano, al amante, al trabajador; y la ciencia, como una humilde sirvienta, les introduce más adelante bajo el vestíbulo de lo desconocido.

Y ustedes ¿quisieran una religión, leyes, en semejante pueblo? ¡Vamos! O sería un peligro o un fenómeno extemporáneo. Las leyes y las religiones son hechas para los esclavos por los amos que son también esclavos. Los hombres libres no llevan ni lazo espiritual ni cadenas temporales. El hombre es su rey y su dios.

“Yo y mi derecho”, tal es su divisa.

Sobre el aplazamiento de las principales grandes ciudades de hoy día, se habían contraído *cyclideons*, no semejantes, sino análogas a aquel del que ya he dado la descripción. Ese día había en éste exhibición universal de productos del genio humano. Algunas veces no eran más que exposiciones parciales, exposiciones de distrito o de continente. Fue en ocasión de esa solemnidad que tres o cuatro oradores habían pronunciado discursos. En este ciclo de las poéticas labores del brazo y de la inteligencia estaba expuesto todo un museo de maravillas. La agricultura había aportado allí sus hierbas, la horticultura sus flores y sus frutos, la industria sus tejidos, sus muebles, sus adornos, la ciencia todos sus engranajes, sus mecanismos, sus estadísticas, sus teorías. La arquitectura había aportado a él sus planos, la pintura sus cuadros, la escultura y la estatuaría, la música y la poesía los más puros de sus cantos. Las artes, como las ciencias habían exhibido allí sus más ricas joyas.

No era un concurso como nuestros concursos. No había allí ni jurado de admisión ni jurado de recompensas escogidos por la voz de la suerte o del escrutinio, ni gran premio otorgado por los jueces oficiales, ni coronas, ni patentes, ni laureados, ni medallas. La libre y gran voz pública es único juez soberano. Es para complacer a esta potencia de la opinión que cada uno viene a someterle sus trabajos, y es ella quien, al pasar ante las obras de los unos y de los otros, les discierne, según sus aptitudes especiales, no medallas de distinción, sino admiraciones más o menos vivas, exámenes más o menos atentos, más o menos desdeñosos. Así sus juicios son siempre equitativos, condenando a los más apocados, elogiando a los más valientes, alentando siempre la emulación, tanto en los débiles como en los fuertes. Es la gran enderezadora de los entuertos, la que testimonia a todos individualmente que han seguido más o menos el sendero de su vocación o que se han apartado más o menos de él, y el porvenir se encarga de ratificar sus maternales observaciones. Y todos sus hijos crecen a porfía, gracias a esa instrucción mutua, pues todos tienen la orgullosa ambición de distinguirse igualmente en sus diversos trabajos.

Al salir de esa fiesta subí a un aeróstato con mi guía, navegamos un minuto en los aires y desembarcamos bien pronto en la escalinata de una de las plazas de la ciudad universal. Es algo así como un falansterio, pero sin ninguna jerarquía, sin ninguna autoridad, donde todo, por el contrario, testimonia la igualdad y la libertad, la ANARQUÍA más completa. La forma de ésta es más o menos la de una estrella, pero sus fases rectangulares no tienen nada de simétrico, cada una tiene su tipo particular. La arquitectura parece haber modelado en los pliegues de su vestido estructural todas las ondulaciones de la gracia, todas las curvas de la belleza. Las decoraciones de los interiores son de una suntuosidad elegante. Es una feliz mezcla de lujo y de sencillez, una hermosa elección de contrastes. La población es allí de cinco a seis mil personas. Cada hombre y cada mujer tienen su departamento separado, que está compuesto de dos cuartos de dormir, de un cuarto de baño o de un toilette, de un gabinete de trabajo o biblioteca, de un saloncito, de una terraza o invernadero caliente, lleno de flores y de verdura. El todo es aireado por ventiladores y calentado por caloríferos, lo que no impide que haya también chimeneas para el placer de la vista; en el invierno, a falta de sol, se complace uno en ver brillar la llama en el hogar. Cada departamento tiene también sus canillas de agua y sus llaves de luz. El moblaje es de un esplendor artístico que daría vergüenza a los harapos principescos de nuestras aristocracias contemporáneas. Y aun cada uno puede añadirle o sacarle a su gusto, simplificar o enriquecer los detalles; no hay más que expresar tal deseo. Si quiere ocupar el mismo departamento mucho tiempo lo ocupa, si quiere cambiar todos los días cambia. Nada más fácil. Hay siempre vacantes a su disposición. Estos departamentos, por su situación, permiten entrar o salir de ellos sin ser vistos. De un lado, en el interior, hay una vasta galería, dando sobre el parque, que sirve de gran arteria para la circulación de sus habitantes. Del otro lado, en el exterior, hay un laberinto de pequeñas galerías íntimas, por donde el pudor y el amor se deslizan a hurtadillas. Allí, en esa sociedad anárquica, la familia y la propiedad legales son instituciones muertas, jeroglíficos de los que se ha perdido el sentido; una e indivisible es la familia, una e indivisible es la propiedad. En esta comunión fraternal, libre es el trabajo y libre es el amor. Todo lo que es obra del brazo y de la inteligencia, todo lo que es objeto de producción y de consumo, capital común, propiedad colectiva, *pertenece a todos y a cada uno*. Todo lo que es obra del corazón, todo lo que es de esencia íntima, sensación y sentimiento individuales, capital particular, propiedad corporal, todo lo que es hombre, en fin, en su acepción propia, sea cual sea su edad o sexo, *pertenece a uno mismo*. Productores y consumidores producen y consumen como les place, cuando les place y donde les place: “*La libertad es libre*”. Nadie les interroga: ¿Por qué ésto? ¿por qué aquello? Como los hijos son ricos, a la hora de la diversión sacan de la cesta sus juguetes y toman de ella uno un aro, el otro una raqueta, éste una pelota, aquél un arco, se divierten juntos o separadamente, y cambian de camaradas o de juguetes a gusto de su fantasía, pero siempre solicitados al movimiento por la vista de los otros y por la necesidad de su naturaleza turbulenta; tales también los hijos de la ANARQUÍA, hombres o mujeres, eligen en la comunidad el instrumento y la labor que les conviene, trabajan aisladamente o por grupos, y cambian de grupos o de instrumentos, según sus caprichos, pero siempre estimulados a la producción por el ejemplo de los otros y por el encanto que experimentan al jugar juntos a la creación. Así todavía en una comida de amigos, los convidados comen y beben en la misma mesa, se apoderan a su gusto de un trozo de tal o cual manjar, de un vaso de tal o cual vino, sin que jamás ninguno de ellos abuse con glotonería de una exquisitez o de un vino raro y tales también los hombres futuros, en ese banquete de la comunión anárquica, consumen según su gusto de todo lo que les parece agradable, sin abusar jamás de un primor sabroso o de un producto raro. Es al contrario: rivalizan a quien tomará la parte más pequeña. En la mesa de hotel, en el país civilizado, el viajante de comercio, el comerciante, el grosero es grosero y brutal: es desconocido y paga. Es una de las costumbres legales. En una comida de personas escogidas, el hombre de mundo, el aristócrata, es decente y cortés: lleva su nombre blasonado sobre su rostro, y el instinto de la reciprocidad le impone la civilidad. Quien obliga a los otros se obliga. Son costumbres libres. Como ese rechoncho

comerciante, la libertad legal es grosera y brutal; la libertad anárquica tiene todas las delicadezas de la buena compañía.<sup>3</sup>

Hombres y mujeres hacen el amor cuando les place, como les place y con quien les place. Libertad plena y entera de una y otra parte. Ninguna convención o contrato legal les liga. La atracción es su única cadena, el placer su única regla. También el amor es más durable y se rodea de más pudor que entre civilizados. El misterio en que se complacen en rodear sus libres alianzas le añade un encanto siempre renaciente. Considerarían como una ofensa a la castidad de las costumbres y como una provocación a las deformidades celosas el revelar a la claridad pública la intimidad de sus amores sexuales. Todos, en público, tienen tiernas miradas los unos para los otros, miradas de hermanos y hermanas, el bermejo resplandor de la viva amistad; la chispa de la pasión no brilla más que en el secreto, como las estrellas, esos castos resplandores, en la sombra azul de las noches. Los amores felices buscan la sombra y la soledad. Es de esas fuentes ocultas de donde extraen las límpidas felicidades. Hay, para los corazones enamorados el uno del otro, sacramentos que deben permanecer ignorados de los profanos. En el mundo civilizado, hombres y mujeres hacen alarde, en el registro civil y en la iglesia, de la publicidad de su unión, exhiben la desnudez de su matrimonio a las luces de un baile adornado, en medio de una cuadrilla y con acompañamiento de orquesta: toda la ostentación, toda la bacanal querida. Y, costumbre escandalosa del lupanar nupcial, a la hora determinada se arranca por la mano de las matronas la hoja de parra de los labios de la casada; se le prepara innoblemente a innobles bestialidades. En el mundo anárquico se apartará la vista con rubor y disgusto de esa prostitución y de esas obscenidades. Todos estos hombres y estas mujeres vendidos, este comercio de cachemiras y de estudios, de cotillones y de ollas, esta profanación de la carne y del pensamiento humano, esta crapularización del amor, si los hombres del porvenir pudieran darse de ello una idea se estremecerían de horror, como nos estremeceríamos, en un sueño, al pensamiento de un espantoso reptil que nos estrechara con sus fríos y mortales repliegues y nos inundara el rostro con su tibia y venosa baba.

En el mundo anárquico un hombre puede tener muchas amantes, y una mujer muchos amantes, sin duda alguna. Los temperamentos no son todos los mismos, y las atracciones son proporcionales a nuestras necesidades. Un hombre puede amar a una mujer por una cosa, y amar a otra por otra cosa, y recíprocamente de la mujer al hombre. ¿Dónde está el mal si obedecen a su instinto? El mal sería violentarlo y no satisfacerlo. El amor libre es como el fuego: lo purifica todo. Lo que puedo decir es que, en el mundo anárquico, los amores voladeros forman un pequeño número, y los amores constantes, los amores exclusivos, los amores de a dos, forman el mayor número. El amor vagabundo es la búsqueda del amor, es el viaje, las emociones y las fatigas, no es el fin. El amor único, el amor perpetuo de dos corazones confundidos en una atracción recíproca, tal es la suprema felicidad de los amantes, el apogeo de la evolución sexual; es el radiante hogar hacia el cual tienden todos los peregrinajes, la apoteosis de la de la pareja humana, la dicha en su cenit.

A la hora en que se ama, dudar de la perpetuidad del amor ¿no es invalidarlo? O se duda, y entonces no se ama, o se ama, y entonces no se duda. En la vieja sociedad el amor no es casi posible; no es nunca sino una ilusión de un momento, demasiados prejuicios e intereses contra natura están allí para disiparlo; es un fuego tan pronto extinguido como alumbrado, y que se va en humo. En la sociedad nueva el amor es una llama demasiado viva y las brisas que lo rodean son demasiado puras, armonizando en demasía con la dulce, suave y humana poesía, para que no se fortifique en su ardor y no se exalte al contacto de todos esos soplos. Lejos de empobrecerlo, todo lo que encuentra le sirve de alimento. Aquí el joven como la joven tienen todo el tiempo de conocerse. Iguales por la educación, así como por la posición social,

---

<sup>3</sup> La extensa nota *Los Extremos*, que se encuentra en este lugar, se insertará al fin del volumen. Falta en la edición de Bruselas y se reproduce aquí, por primera vez, del número 8 del *Libertaire* (20 de noviembre de 1858).

hermanos y hermanas en artes y ciencias, en estudios y en trabajos profesionales, libres en su pensamiento como en sus acciones, no tienen más que buscarse para encontrarse. Nada se ha opuesto a su encuentro, nada se pone al pudor de sus primeras confesiones, a la voluptuosidad de sus primeros besos. Ellos se aman, no porque tal es la voluntad de los padres y de las madres, por interés de tienda o por libertinaje genital o cerebral, sino porque la naturaleza los ha dispuesto el uno para el otro, porque ha hecho dos corazones gemelos, unidos por una misma corriente de pensamientos, fluido simpático que repercute en todas sus pulsaciones y pone en comunicación sus dos seres.

¿Es acaso amor el amor de los civilizados, el amor de formas desnudas, el amor público, el amor legal? Este es el salvajismo, algo así como una grosera y brutal intuición. El amor entre los armonizados, el amor artísticamente velado, el amor casto y digno, bien que sensitivo y pasional, el amor anárquico, he aquí lo que es humana y naturalmente el amor: es el ideal realizado, la cientificación. El primero es el amor animal, y éste es el amor hominal. El uno es obscenidad y venalidad, sensación del bruto sentimiento de cretino; el otro es pudor y libertad, sensación y sentimiento de ser humano.

El principio del amor es uno, tanto para el salvaje como para el hominal, tanto para el hombre de los tiempos civilizados como para el tiempo de los hombres armónicos: es la belleza. Sólo que la belleza, para los hombres anteriores o inferiores, para los fósiles de la humanidad, es la encarnación sanguínea y repleta, la mezcolanza informe y abigarrada, un lujo de carne o de crinolina, de plumas de pájaro de mar o de cintas austriacas, es la Venus hotentote o la muñeca del salón. Para los hombres ulteriores y superiores, la belleza no está sólo en el tejido carnal, está también en la pureza de las formas, en la gracia y la majestad de las maneras, en la elegancia y elección de los adornos y sobre todo en el lujo, en las magnificencias del corazón y el cerebro.

Entre los perfectos, la belleza no es un privilegio de nacimiento, como tampoco el reflejo de una corona de oro, como en las ciudades salvajes y burguesas, es la hija de sus obras, el fruto de su propia labor, una adquisición personal. Lo que ilumina su rostro no es el reflejo exterior de un metal inerte, por así decirlo, cosa vil, es el resplandor de todo lo que hay en el hombre de ideas en ebullición, de pasiones vaporizadas, de calor en movimiento, gravitación continua que, llegada a la cumbre del cuerpo humano, el cráneo filtra a través de sus poros, de él mana, de él fluye con perlas impalpables y, esencia luminosa, de él inunda todas las formas y todos los movimientos externos, con él santifica al individuo.

¿Qué es, en definitiva, la belleza física? El tallo del que la belleza mental es la flor. Toda belleza viene del trabajo; es por el trabajo que ella crece y florece en la frente de cada uno, corona intelectual y moral.

El amor esencialmente carnívoro, el amor que no es sino instinto, no es para la raza humana sino el índice, la raíz del amor. Vegeta opaco y sin perfume, hundido en las inmundicias del suelo y entregado a los brazos de ese fango. El amor hominalizado, el amor que es, sobre todo, inteligencia, es la corona en las carnes transparentes, esmalte corporal de donde se escapan emanaciones perfumadas, libre incienso, invisibles átomos que cubren los campos y suben a las nubes.

– A la humanidad en germen, amor inmundo...

– ¡A la humanidad en flor, flor de amor!

A esta plaza o falansterio le llamaré en lo sucesivo humanisferio, y esto a causa de la analogía de esta constelación humana con la agrupación y movimiento de los astros, organización atractiva, ANARQUÍA pasional y armónica. Hay el humanisferio simple y el humanisferio

compuesto; es decir: el humanisferio considerado en su individualidad, o monumento y grupo embrionarios, y el humanisferio considerado en su colectividad, o monumento y grupo armónicos. Cien humanisferios simples, agrupados alrededor de un *cyclideon* forman el primer anillo de la cadena serial y toman el nombre de “humanisferio comunal”. Todos los humanisferios comunales de un mismo continente forman el primer eslabón de esta cadena y toman el nombre de “humanisferio continental”. La reunión de todos los humanisferios continentales forman el complemento de la cadena serial y toman el nombre de “humanisferio universal”.

El humanisferio simple es una edificación compuesta de doce alas soldadas las unas a las otras y simulando la estrella (al menos de la que yo emprendo aquí la descripción, pues las hay de todas las formas, siendo la diversidad una condición de la armonía). Una parte es reservada a los departamentos de los hombres y de las mujeres. Estos departamentos están todos separados por paredes que no pueden atravesar ni la voz ni la mirada, tabiques que absorben la luz y el ruido, a fin de que cada uno esté bien en su casa y pueda allí reír, bailar, cantar, hasta tocar instrumentos musicales (lo que no siempre es divertido para el auditorio forzado), sin incomodar a sus vecinos y sin ser incomodado por ello. Otra parte está dispuesta para el departamento de los niños. Luego vienen las cocinas: la panadería, la pescadería, la lechería, la verdulería; el lavadero: las máquinas de lavar, de secar, de planchar la ropa blanca; luego los talleres para todo lo que se relaciona con las diversas industrias: las fábricas de todas clases; de almacenes de víveres y los almacenes de materias y de objetos confeccionados. Por otra parte, están las caballerizas y los establos para algunos animales que durante el día andan en libertad por el parque ulterior, y con los cuales jueguen al jinete o al cochero los niños y los adultos; cerca están las cocheras y los vehículos de fantasía y a continuación viene la guarnicionería, los hangares de instrumentos y de locomóviles, de los instrumentos para arar. Aquí está el desembarcadero de pequeñas y grandes embarcaciones aéreas. Una monumental plataforma les sirve de bahía. Echan allí el ancla a su llegada y la vuelven a levantar al partir. Más lejos están las salas de estudio para todos los gustos y para todas las edades - matemáticas, mecánica, física, anatomía, astronomía-: el observatorio, los laboratorios de química, los invernaderos calientes, la botánica, el museo de historia natural, las galerías de pintura, de escultura, y la gran biblioteca. Aquí están los salones de lectura, de conversación, de dibujo, de música, de danza, de gimnasia. Allá el teatro, las salas de espectáculos, de conciertos, de picadero, las plazas de equitación, las salas de tiro, de juego de billar y de todos los juegos de destreza, las salas de diversiones para los niños, el hogar de las jóvenes madres; luego, los grandes salones de reunión, los comedores, etc., etc. Luego, en fin, viene el hogar donde la gente se reúne para tratar las cuestiones de organización social. Es el pequeño *cyclideon*, club o foro particular en el humanisferio. En este departamento de la ANARQUÍA, cada uno es el representante de sí mismo y el igual de los otros. ¡Oh! es muy diferente del de los civilizados; allí no se perora, no se disputa, no se vota, no se legisla, sino que todos, jóvenes o viejos, hombres o mujeres, conversan en común sobre las necesidades del humanisferio. La iniciativa individual se acuerda o se rehúsa a sí mismo la palabra, según crea útil o no hablar. En este recinto hay una oficina. Sólo que en esta oficina no hay por toda autoridad más que el libro de estadísticas. Los habitantes del humanisferio encuentran que es un presidente eminentemente imparcial y de un laconismo muy elocuente. De modo que no quieren otros.

Los departamentos de los niños son grandes salones en hilera, iluminados por arriba, con una fila de cámaras de cada lado. Esto recuerda, pero en proporciones mucho más grandiosas, los salones y gabinetes de los magníficos steam-boats americanos. Cada niño ocupa dos gabinetes contiguos, el uno para dormir y el otro de estudio, y donde están colocados, según su edad y sus gustos, sus libros, sus instrumentos o sus juguetes predilectos. De día y de noche, hombres y mujeres ocupan gabinetes de vigilancia, donde hay lechos de reposo. Estos cuidadores contemplan con solicitud los movimientos y el sueño de todas estas jóvenes larvas humanas, y proveen a todos sus deseos, a todas sus necesidades. Esta guardia, por otra parte, es una guardia enteramente voluntaria, en la que prestan servicio libremente los que tienen más

desarrollado el sentimiento de la paternidad o de la maternidad. No es un trabajo mandado por la disciplina o por el reglamento, no hay en el humanisferio otra regla y otra disciplina que la voluntad de cada uno; es un impulso enteramente espontáneo, como la mirada de una madre a la cabecera de su hijo. Quien demuestre más amor a estos pequeños seres es quien gozará más de sus infantiles caricias. Además, esos niños son todos encantadores. La mutualidad es su educación humana. Es ésta la que les enseña el camino de los dulces procedimientos, la que los hace émulos de limpieza, de bondad, de gentileza, la que ejercita sus aptitudes físicas y morales, la que desarrolla en ellos los apetitos del corazón, los apetitos del cerebro; ella la que les guía en el juego y en el estudio; ella, en fin, la que les enseña a recoger las rosas de la instrucción y de la educación sin arañarse en las espinas.

Las caricias, he aquí lo que cada uno busca, tanto el niño como el hombre, el adulto como el anciano. Las caricias de la ciencia no se obtienen sin trabajo cerebral, sin gastos de inteligencia y las caricias del amor, sin trabajo del corazón, sin gastos del sentimiento.

El hombre-niño es un diamante en bruto. Su roce con sus semejantes le pule, le talla y le transforma en joya social. Es, en todas edades, un granero del que la sociedad es la muela y del que el egoísmo individual es el triturador. Cuanto más está en contacto con los otros, tanto más recibe de ellos impresiones que multiplican en su frente, así como en su corazón, las facetas pasionales, de donde brotan las chispas del sentimiento y de la inteligencia, el diamante está esmaltado de una costra opaca y tosca. No llega a ser realmente piedra preciosa, no se muestra diáfano, no brilla sino a la luz que desembaraza esta áspera costra. El hombre es como la piedra preciosa: no pasa al estado de brillante sino después de haber gastado, sobre todos los sentidos y por todos sus sentidos, su costra de ignorancia, su áspera e inmundicia virginidad.

En el humanisferio todos los pequeños aprenden a sonreír a quienes les sonrío, a abrazar a quien les abraza, a amar a quien les ama. Si son huraños para quien es amable con ellos bien pronto la privación de los besos les enseñará que no se es huraño impunemente y volverán a atraer la amabilidad a sus labios. El sentimiento de la reciprocidad se graba así en sus pequeños cerebros. Los adultos aprenden entre ellos a ser humana y socialmente hombres. Si uno de los niños quiere abusar de su fuerza contra otro, tiene en seguida a todos los jugadores contra él, es declarado indigno de la opinión juvenil y el abandono de sus camaradas es un castigo mucho más terrible y mucho más eficaz del que lo serían la reprimenda oficial del pedagogo. En los estudios científicos y profesionales si hay uno cuya ignorancia relativa haga sombra en medio de los escolares de su edad es para él un bonete de asno, más pesado de llevar del que lo sería una peluca de papel infligida por un jesuita de la Universidad o un universitario del Sacré-College. De este modo se apresura a rehabilitarse, y se esfuerza en volver a su puesto al nivel de los demás. En la enseñanza autoritaria las disciplinas y las penitencias pueden muy bien martirizar el cuerpo y el cerebro de los alumnos, degradar la obra de la naturaleza, hacer acto de vandalismo humano; no podría modelar hombres, tipos de gracia y de fuerza, de inteligencia y de amor. Es necesario para eso la inspiración de ese gran artista que se llama la Libertad.

Los niños ocupan casi siempre sus alojamientos durante la noche. Sin embargo, sucede, pero raramente, que si uno de ellos, por ejemplo, pasa la velada en casa de su madre y se retarda, se queda allí hasta la mañana siguiente. Estando compuestos los departamentos de las personas adultas como se sabe, de los dormitorios, es fácil compartir la casa sin molestias para nadie. Esta es la excepción. La costumbre general es la de separarse a la hora del sueño. La madre en posesión de su departamento, el hijo regresa a dormir a su dormitorio. Por lo demás, los hijos no están obligados, como en el mismo caso de las personas adultas, a conservar el mismo departamento; cambian a voluntad. Tampoco hay lugares especiales para los muchachos o para las muchachas; cada uno hace su nido donde quiere; sólo las atracciones deciden. Los pequeños se establecen generalmente mezclados. Los de más edad, los que se acercan a la pubertad, se agrupan generalmente por sexos; un admirable instinto de pudor les

aleja durante la noche el uno del otro. Ninguna inquisición, por otra parte, inspecciona su sueño. Los cuidadores no tienen nada qué hacer allá, siendo ya los niños bastante grandes para servirse ellos mismos. Estos encuentran sin salir de su lugar el agua, el fuego, la luz, los jarabes y las esencias de que pueden tener necesidad. Durante el día los muchachos y las muchachas se encuentran en el campo, en las salas de estudio o en talleres; reunidos y estimulados al trabajo por estos ejercicios en común y tomando parte en ellos sin distinción de sexos y sin fijeza regular en sus lugares, obrando siempre según sus caprichos.

En cuanto a estos alojamientos, no tengo necesidad de agregar que no falta nada allí, ni lo confortable, ni lo elegante. Están decorados y amueblados con opulencia, aunque con simplicidad. La madera de nogal, la de encina, el mármol, el encerado, la estera de junco, las telas persas, las telas cruzadas rayadas, color sobre color, o el terliz de matices dulces, las pinturas al óleo y las tinturas de papel barnizado forman el moblaje y la decoración. Todos los accesorios están trabajados en porcelana, en tierra cocida, en asperón, en estaño y algunos en plata.

Para los niños la gran sala está enarenada como un picadero y sirve de liza a sus vacilantes evoluciones. Alrededor hay un grande y amplio rodete en marroquín relleno y encuadrado en molduras de madera barnizada. Esto es lo que ocupa el lugar del artesonado. Por encima del artesonado, en “panneaux” divididos por compartimientos, hay frescos representando las escenas juzgadas más capaces de despertar la imaginación de los niños. El cielo raso es de cristal y hierro. La luz viene de lo alto. Hay, además, aberturas hechas a los lados. Durante la noche, candelabros y arañas desparraman allí la luz. Entre los de menos edad el suelo está recubierto de encerado, de estereras o de tapices. La decoración de las paredes es apropiada a su inteligencia. Mesas, colocadas en medio de diversas salas, están cargadas de álbums y de libros para todas las edades y para todos los gustos, de cestas de juego y “necesaires” de instrumentos; en fin, que multitud de juguetes que sirven de estudio y estudios que sirven de juguetes.

En nuestros días aún, muchísimas personas -aun de esas que son partidarias de amplias reformas- se inclinan a pensar que nada puede obtenerse sino por medio de la autoridad, mientras que lo contrario únicamente es la verdad. Es la autoridad la que obstaculiza todo. El progreso en las ideas no se impone por decretos: resulta de la enseñanza libre y espontánea de los hombres y de las cosas. La instrucción obligatoria es un contrasentido. Quien dice instrucción dice libertad. Quien dice obligación dice servidumbre. Los políticos o los jesuitas pueden imponer la instrucción; es asunto de ellos; pues la instrucción autoritaria es el embrutecimiento obligatorio. Pero los socialistas no pueden querer sino el estudio y la enseñanza anarquistas, la libertad de la instrucción, a fin de tener la instrucción de la libertad. La ignorancia es lo que hay de más antipático en la naturaleza humana. El hombre, en todos los momentos de la vida, y sobre todo el niño, no pide otra cosa que aprender; es solicitado hacia ello por todas sus aspiraciones. Pero la sociedad civilizada, como la sociedad bárbara, como la sociedad salvaje, lejos de facilitarle el desarrollo de sus aptitudes, no sabe sino ingeniarse en comprimirlas. La manifestación de sus facultades le es imputada como un crimen: niño, por la autoridad paternal; hombre, por la autoridad gubernamental. Privados de cuidados esclarecidos, del beso vivificante de la libertad (que hubiera hecho de ellos una raza de hermosas y fuertes inteligencias), el niño, como el hombre, vegetan en su ignorancia original, se revuelcan en el estiércol de los prejuicios, y, enanos por el brazo, el corazón y el cerebro, producen y perpetúan, de generación en generación, esta uniformidad de cretinos disformes que no tienen del ser humano sino la forma.

El niño es el mono del hombre, pero el mono perfectible. Reproduce todo lo que debe hacer, pero más o menos servilmente. Los ángulos más salientes de la máscara viril, he aquí lo que sorprende, ante todo, su entendimiento. Que el niño nazca en un pueblo de guerreros, y jugará al soldado, amará los cascos de papel, los cañones de madera, los petardos y los tambores.



Que sea en un pueblo de navegantes, y jugará al marino; hará botes con conchas de nuez y las hará ir sobre el agua. En un pueblo de agricultores, jugará al pequeño jardín, se divertirá con las azadas, con los rastrillos, las carretillas. Si tiene bajo sus ojos un ferrocarril, querrá una pequeña locomotora; instrumentos de carpintero si está cerca de un taller de carpintería. En fin, imitará, con igual ardor, todos los vicios, así como todas las virtudes de que la sociedad le da el espectáculo. Tomará el hábito de la brutalidad si está con brutos, de la urbanidad si está con gente cortés. Será boxeador con John Bull, exhalará aullidos salvajes con Jonathan. Será músico en Italia, bailarín en España. Hará muecas y contorsiones al son de los demás, marcado en la frente y en sus movimientos con el sello de la vida industrial, artística o científica, si vive con trabajadores de la industria, del arte o de la ciencia, o bien impregnado de un sello de desvergüenza y de descorazonamiento si sólo está en contacto con ociosos y parásitos.

La sociedad obra sobre el niño y el niño reacciona en seguida sobre la sociedad. Se mueven solidariamente y no excluyéndose el uno al otro. Es, pues, un error que para reformar la sociedad es necesario primero comenzar por reformar la infancia. Todas las reformas deben marchar a la par.

El niño es un espejo que refleja la imagen de la virilidad. Es la placa de zinc donde, bajo el resplandor de las sensaciones físicas y morales, se estereotipan los rasgos del hombre social. Y estos rasgos se reproducen en el uno tanto más acentuados cuanto más en relieve están en el otro. Por más que el hombre, como el cura a sus feligreses, diga al niño: “Haz lo que digo y no lo que hago”, el niño no prestará atención al discurso si los discursos no están de acuerdo con las acciones. En su lógica primitiva se atenderá sobre todo a seguir su ejemplo; y si hacen lo contrario de lo que le dicen, será lo contrario de lo que le han predicado. Podrán entonces llegar a hacer de él un hipócrita; no harán de él jamás un hombre de bien.

En el humanisferio, el niño no tiene sino buenos y hermosos ejemplos ante los ojos. También crece en la bondad y en la belleza. El progreso le es enseñado por todo lo que cae bajo sus sentidos, por la voz y el gesto, por la vida y el tacto. Todo se mueve, todo gravita alrededor de él, en un perpetuo efluvio de conocimientos, los perfumes más exquisitos del corazón y del cerebro. Todo contacto es allí una sensación de placer, un beso fecundo de prolíficas voluptuosidades. El goce más grande del hombre: el trabajo, se ha convertido allí en una serie de atracciones por la libertad y la diversidad de los trabajos, y se repercute del uno al otro en una inmensa e incesante armonía. ¿Cómo, en semejante lugar, podría el niño no ser laborioso, estudioso; cómo podría disgustarle el jugar a la ciencia, a las artes, a la industria; no ensayarse, desde la edad más tierna, en el manejo de sus fuerzas productivas? ¿Cómo podría resistir a la necesidad innata de saber todo, el encanto siempre renovado de instruirse? Responder de otra manera que por la afirmativa sería querer desconocer la naturaleza humana.

Ven incluso al niño de los civilizados, al hijo del gorrero o del almacenero; véanlo a la salida del alojamiento, en el paseo, donde advierte algo cuya existencia no conoce o cuyo mecanismo no comprende, un molino, un arado, un balón, una locomotora: en seguida interroga a su conductor, quiere conocer el nombre y el empleo de todos los objetos. Pero ¡ay! muy a menudo en la civilización, su conductor, ignorante de todas las ciencias o preocupado de los intereses mercantiles, no puede o no quiere darle las explicaciones que solicita. Si el niño insiste, se le riñe, se le amenaza con no dejarle salir otra vez. Se le cierra así la boca, se detiene así violentamente la expansión de su inteligencia, se abozala. Y cuando el niño ha sido muy dócil a lo largo del camino, cuando no ha dicho esta boca es mía y no ha enfadado a papá o a mamá con sus inoportunas preguntas; cuando se ha dejado conducir astuta o idiotamente por la mano, como un perro, entonces se le dice que ha estado muy juicioso, muy bueno y, para recompensarle, se le compra un soldado de plomo o una caja de bombones. En las sociedades burguesas esto se llama formar el espíritu de los niños. ¡Oh, la autoridad! ¡oh, la pequeña familia!... Y nadie que vigile los pasos de este padre o de esta madre para gritar: ¡al asesino! ¡al violador! ¡al infanticida!

Bajo el ala de la libertad, en el seno de la gran familia, el niño, no encontrando entre sus mayores, hombres o mujeres, sino educadores dispuestos a escucharle y a responderle, aprende rápido a conocer el por qué y el cómo de las cosas. La noción de lo justo y de lo útil se arraiga así en su juvenil entendimiento y le prepara equitativos y muy inteligentes juicios para el porvenir.

Entre los civilizados, el hombre es un esclavo, un niño grande, un tronco que carece de savia, una estaca sin raíz y sin hojas, una inteligencia abortada. Entre los humanisferianos, el hombre es un hombre libre en pequeño, una inteligencia que brota y de la cual la joven savia está llena de exuberancia.

Los niños de poca edad tienen, naturalmente, su cuna en cada de su madre; y toda madre amamanta a su hijo. Ninguna mujer en el humanisferio querría privarse de las dulces atribuciones de la maternidad. Si el inefable amor de la madre por el pequeño ser a quien ha dado la luz no bastara para determinarla a ser nodriza de él, el cuidado de su belleza, el instinto de su propia conservación se lo diría aun. En nuestros días, por haber agotado la fuente de su leche, hay mujeres que mueren, todas pierden en ello algo de su salud, algo de su adorno.

La mujer que hace abortar sus pechos comete una tentativa de infanticidio que la naturaleza reprueba al igual de aquella que hace abortar el órgano de la generación. El castigo sigue de cerca de la falta. La naturaleza es inexorable. Bien pronto el seno de esta mujer languidece, se deteriora y testimonia, por una acelerada decrepitud, contra ese atentado cometido sobre tales funciones orgánicas, atentado de lesa maternidad.

¿Qué de más gracioso que una joven madre dando el seno a su hijo, prodigándole las caricias y los besos? Aunque sólo fuera por coquetería, cada mujer debería amamantar a su hijo. Y luego, ¿no significa nada seguir, día por día, las fases de desarrollo de esa joven existencia, alimentar con el pecho la savia de esa brizna de hombre, seguir los progresos continuos, ver ese botón humano crecer, embellecerse bajo los rayos de la ternura maternal, como el botón de la flor al calor del sol, y entreabrirse, en fin, cada vez más, hasta que florece su tallo en toda la gracia de su sonrisa y la pureza de su mirada, en toda la encantadora ingenuidad de sus primeros pasos? La mujer que no comprende semejantes goces no es mujer. Su corazón es una lira cuyas fibras están rotas. Puede haber conservado la apariencia humana, pero no tiene ya su poesía. Una mitad de madre no será jamás sino una mitad de amante.

En el humanisferio, toda mujer tiene las vibraciones del amor. La madre como la amante se estremecen con voluptuosidad a todas las brisas de las pasiones humanas. Su corazón es un instrumento completo, un laúd donde ninguna cuerda falta; y la sonrisa del niño como la sonrisa del hombre amado despierta en ella siempre suaves emociones. Allí la maternidad es realmente la maternidad, y los amores sexuales verdaderos amores.

Por otra parte, este trabajo de amamantamiento, como todos los otros trabajos maternos, es mucho más un juego que un esfuerzo. La ciencia ha destruido lo que es más repugnante en la procreación, y son las máquinas a vapor o a electricidad las que se encargan de todos los menesteres groseros. Son ellas las que lavan las sábanas, limpian la cuna y preparan los baños. Y esas negras de hierro obran siempre con docilidad y prontitud. Su servicio responde a todas las necesidades. Es gracias a sus cuidados que desaparecen todas las inmundicias, todos los excrementos; es un rodaje infatigable el que se apodera de ellos y los entrega como pasto a los conductos de cloacas, boas subterráneas que los trituran y los digieren en sus tenebrosos circuitos, y los arrojan en seguida sobre las tierras laborables como un precioso abono. Es esta sirvienta que sirve para todo, la que se encarga de todo lo que concierne a los quehaceres domésticos; ella la que arregla las camas, barre los pisos, saca el polvo de los departamentos. En las cocinas es ella la que lava la vajilla, limpia las cacerolas, expurga o raspa las legumbres, corta la carne, despluma y vacía las aves, abre las ostras y lava el

pescado, da vuelta el asador, sierra y rompe la madera, acarrea el carbón y mantiene el fuego. Es ella la que transporta la comida a domicilio o al refectorio común; ella la que sirve el postre a la mesa. Y todo se hace por este engranaje doméstico, por este esclavo de mil brazos, de soplo de fuego, de músculos de acero, como por encantamiento. Mandarás, dice al hombre, y serás obedecido. Y todas las órdenes que recibe son puntualmente ejecutadas. Un humanisferiano quiere hacerse servir la cena en su morada particular, un signo basta, y la máquina de servicio se pone en movimiento; ha comprendido. Prefiere dirigirse a los salones del refectorio, un vagón baja su estribo, un sillón le tiende los brazos, el coche rueda y le transporta a destino. Llegado al refectorio, toma asiento donde mejor le parezca, en una mesa grande o pequeña, y come allí a su paladar. Hay de todo en abundancia.

Los salones del refectorio son de una arquitectura elegante, y no tienen nada de uniforme en sus decoraciones. Uno de esos salones estaba tapizado de cuero repujado, encuadrado por una ornamentación en bronce y en oro. Las puertas y las ventanas tenían tapices orientales, fondo negro con arabescos de oro, albardado a través de anchas bandas de colores vivos. Los muebles eran de madera de nogal esculpido y guarnecidos de tejido de tapicería. En medio de la sala estaba suspendido, entre dos arcadas, un gran reloj. Era a la vez una Bacante y una Ceres en mármol blanco, reclinada sobre una hamaca en mallas de acero pulido. Con una mano irritaba, con una paja de trigo, a un niño que pataleaba sobre ella; con la otra sostenía una copa que elevaba a lo largo de su brazo como para disputárselo al niño testarudo que trataba de apoderarse al mismo tiempo de la copa y de la hierba. La cabeza de la mujer, coronada de pámpanos y de espigas, estaba reclinada sobre un barril de púrpura que le servía de almohada; pajas de trigo doradas yacían sobre sus caderas y le formaban litera. El barril era el cuadrante donde dos espigas de oro marcaban las horas. Por la noche una llama se derramaba de la copa como un licor de fuego. Pámpanos de bronce que saltaban a la bóveda y corrían por el ciclo raso, flechaban las llamas en forma de hojas de viña, formaban una cuna de luz por encima de ese grupo e iluminaban todos sus contornos. Racimos de uva de granos de cristal pendían a través del follaje y centelleaban en medio de esas ondulantes claridades.

Sobre la mesa, la porcelana y el estuco, el púrpura y el cristal, el oro y la plata descubrían la multitud de manjares y de vinos, y chispeaban al reflejo de las luces. Cestas de frutas y de flores ofrecían a cada uno su sabor y su aroma. Hombres y mujeres cambiaban palabras y sonrisas, y condimentaban sus comidas con espirituales conversaciones.

Terminada la comida, se pasa a otros salones de una decoración no menos espléndida, pero más coqueta, donde se toma café, los licores, los cigarrillos o los cigarros; salones-pebeteros donde se queman o zahuman los aromas de Oriente, todas las esencias que placen al gusto, todos los perfumes que encantan al olfato, todo lo que acaricia y activa las funciones digestivas, todo lo que lubrica el engranaje físico y, por consiguiente, acelera el desarrollo de las funciones mentales. Tal saborea, en público o aparte, las vaporosas humaredas del tabaco, los caprichos ensueños; tal otro degusta, en compañía de dos o tres amigos, los olorosos tragos del café o del coñac; fraterniza, chocando el vaso, con el champagne de dulce chispeo; toma sin abusar de estos excitantes para la lucidez; éste habla de ciencia o escucha, vierte o extrae en un grupo las destilaciones nutritivas del saber, ofrece o acepta los frutos espiritualizados del pensamiento; aquél recoge como artista en un reducido círculo las finas flores de la conversación, critica una cosa, elogia otra, y da libre curso a todas las emanaciones de su melancólico o riente humor.

Si es después del desayuno, cada uno se va bien pronto aisladamente o por grupos a su trabajo; los unos a la cocina, los otros a los campos o a los diversos talleres. Ninguna coacción reglamentaria pesa sobre ellos, de modo que se va al trabajo como a una partida de placer. El cazador, acostado en una cama bien caliente, ¿no se levanta por sí mismo para ir a corretear los bosques llenos de nieve? Es la atracción también la que les hace levantarse del sofá y les conduce, a través de las fatigas, pero en sociedad de valientes compañeros y de encantadoras

compañeras, a la cita de la producción. Los mejores trabajadores se estiman los más felices. Se juega a quien se distinguirá los más hermosos golpes de la herramienta.

Después de comer se pasa de los salones de café, sea a los grandes salones de conversación, sea las pequeñas reuniones íntimas o sea aún a los diferentes cursos científicos, o bien a los salones de lectura, de dibujo, de música, de baile, etc., etc. Y libremente, voluntariamente, caprichosamente, para el iniciador como para el adepto, para el estudio como para la enseñanza, se encuentran siempre y con toda naturalidad profesores para los alumnos y alumnos para los profesores. Un llamado provoca siempre una respuesta; una satisfacción replica siempre a una necesidad. El hombre propone y el hombre dispone. De la diversidad de los deseos resulta la armonía.

Las salas de los cursos de estudios científicos y los salones de estudios artísticos, como los espaciosos salones de reunión, están magníficamente adornados. Las salas de los cursos están edificadas en anfiteatro y los peldaños, construidos en mármol, están guarnecidos de asientos mullidos de terciopelo. A cada lado hay una sala de descanso. La decoración de estos anfiteatros es de un estilo nuevo y rico. En los salones de ocio, el lujo chispea con profusión. Estos salones comunican los unos con los otros, y podrían fácilmente contener diez mil personas. Uno de ellos estaba decorado así: artesonado, cornisas y pilastras en mármol blanco, con ornamentación en cobre dorado. Los tapices en los “panneaux” eran de damasco, de seda de color solitario, y tenían por bordado interior una concha de plata, sobre la cual estaban posados, a guisa de clavos dorados, una multitud de falsos diamantes. Un campo de satín rosa separaba el bordado de la pilastra. El cielo-raso estaba dividido en compartimientos, y del seno de los ornamentos se escapaban chorros de llama que figuraban dibujos y completaban la decoración, sirviendo al mismo tiempo para la iluminación; del medio de las pilastras brotaban también arabescos de luces. En medio del salón había una linda fuente de bronce, oro y mármol blanco; esa fuente era también un reloj. Una cúpula de bronce y oro servía de soporte a un grupo en mármol blanco representando una Eva muellemente recostada sobre un lecho de hojas y de flores, apoyada la cabeza sobre una roca y elevando entre sus manos a su hijo que acababa de nacer; dos palomas, colocadas sobre la roca, se picoteaban; la roca servía de cuadrante, y dos agujas de oro, figurando serpientes, marcaban las horas. Detrás de la roca se veía un bananero de oro cuyas ramas, cargadas de frutos, se inclinaban por encima del grupo. Las bananas estaban formadas por chorros de luz.

Una artística chimenea en mármol blanco y oro servía de zócalo a un inmenso espejo; espejos o cuadrados seleccionados estaban también suspendidos de todos los *panneaux* en medio de los tapices de seda morena. Las puertas y las ventanas, en este salón como en todas partes del humanisferio, no se abren por medio de bisagras, ni de abajo a arriba, sino por medio de correderas o resorte; entran de derecha a izquierda y de izquierda a derecha en las paredes dispuestas a este efecto. De esa manera los batientes no molestan a nadie y se puede abrir puertas y ventanas tan ampliamente como se quiera, y viceversa.

Muchas veces por semana hay funciones teatrales. Se representan piezas líricas, dramas, comedias, pero todo esto muy diferente de las pobreza que se exhiben en los escenarios de nuestros días. Es, en un magnífico lenguaje, la crítica de las tendencias a la inmovilización, una aspiración hacia el ideal porvenir.

Hay también el gimnasio, donde la fuerza corre pareja con la agilidad; el picadero, donde jinetes y amazonas rivalizan en gracia y en vigor y se emulan en conducir, erguidos sobre sus grupas, los caballos y los leones galopando o saltando en la arena; las salas de tiro a pistola y a carabina y las salas de billares u otros juegos donde los aficionados ejercitan su destreza.

Si hace buen tiempo, hay, además, los paseos en el parque espléndidamente iluminado, las diversiones campestres, las excursiones a lo lejos, en el campo, a través de los bosques

solitarios, las llanuras y las montañas agrestes donde se encuentran, a ciertas distancias, grutas y chalets<sup>4</sup> en los que la gente puede refrescarse y comer algo. Naves aéreas o vagones de ferrocarril llevan, sometiéndose a su voluntad, este enjambre de paseantes.

Al fin de la jornada cada uno vuelve a su casa, el uno para resumir allí sus impresiones del día antes de entregarse al reposo; el otro para esperar o para encontrar allí a la persona amada. Por la mañana, los amantes se separan misteriosamente cambiando un beso y vuelven, cada uno a su gusto, al camino de sus ocupaciones múltiples. La variedad de los goces excluye la saciedad. La felicidad es para ellos de todos los instantes.

Alrededor de una vez por semana, más o menos, según sea necesario, se reúnen en la sala de conferencias, dicho de otra manera, el pequeño *cyclidéon* interno. Se habla allí de los grandes trabajos a ejecutar. Los que son más versados en los conocimientos especialmente en cuestión, hacen uso de la palabra. Las estadísticas, por otra parte, los proyectos, los planes han aparecido ya en las hojas impresas, en los diarios; han sido ya comentados en pequeños grupos; su urgencia ha sido ya generalmente reconocida o rechazada por cada uno individualmente. A menudo no hay sino una voz, la voz unánime, por la aclamación o el rechazo. No se vota; la mayoría o la minoría no hacen jamás ley. Que tal o cual proposición reúna un número suficiente de trabajadores para ejecutarla, que esos trabajadores sean la mayoría o la minoría, la proposición se ejecuta, si tal es la voluntad de los que a ella se adhieren. Y lo más a menudo sucede que la mayoría se alía otra vez a la minoría, o la minoría a la mayoría. Como en una partida de campo, los unos proponen ir a Saint-Germain, los otros a Meudon, éstos a Sceaux y aquéllos a Fontenay, los pareceres se dividen; luego, en fin de cuentas, cada uno cede a la atracción de encontrarse reunido a los otros. Y todos juntos toman, de común acuerdo, el mismo camino, sin que ninguna autoridad sino la del placer les haya gobernado. La atracción es toda la ley de su armonía. Pero, en el punto de partida como en el camino, cada uno es siempre libre de abandonar a su capricho, de hacer bando aparte si esto le conviene, de quedar en el camino si está fatigado, o de tomar el camino de vuelta si está aburrido. La coacción es la madre de todos los vicios. Así que es desterrada por la razón del territorio del Humanisferio. El egoísmo bien entendido, el egoísmo inteligente está allí demasiado desarrollado para que nadie piense en violentar al prójimo. Y es por egoísmo que se hace intercambio de buenos procedimientos.

El egoísmo, es el hombre; sin el egoísmo, el hombre no existiría. El egoísmo es el móvil de todas sus acciones, el motor de todos sus pensamientos. Es él el que le hace pensar en su conservación y en su desarrollo, que es aún su conservación. Es el egoísmo el que le enseña a producir para consumir, a agradar a los otros para ser por ellos agradado, a amar a los otros para ser amado por ellos, a trabajar por los otros a fin de que los otros trabajen para él. Es el egoísmo el que estimula su ambición y le excita a distinguirse en todas las carreras en donde el hombre hace acto de fuerza, de destreza, de inteligencia. Es el egoísmo el que le eleva a la altura del genio; es para engrandecerse, es para ensanchar el círculo de su influencia que el hombre lleva alta su frente y lejos su mirada; es en vista de satisfacciones colectivas. Es para sí, individuo, que quiere participar en la viva efervescencia de la dicha general; es para sí que teme la imagen de los sufrimientos ajenos. Es para sí aún que se emociona cuando otro está en peligro, es para sí que acude en socorro, al acudir en ayuda de los otros. Su egoísmo, sin cesar aguijoneado por el instinto de su progresiva conservación y por el sentimiento de solidaridad que le liga a sus semejantes, -la solicita a perpetuas emanaciones de la existencia en la existencia de los otros-. Es lo que la vieja sociedad llama impropriamente abnegación y que no es otra cosa que especulación, tanto más humanitaria cuanto más inteligente, tanto más humanicida cuanto más imbécil. El hombre en sociedad no recoge sino lo que siembra: la

---

<sup>4</sup> Es un tipo de vivienda de montaña hecho de madera, aunque con bases de piedra, característico en la región alpina y en la cordillera del Jura. Se trata de una vivienda múltiple, de usos muy diversos, ya que además de vivienda sirve también de establo, granero, talleres, almacén, o como casa o finca de recreo.

enfermedad si siembra la enfermedad, la salud si siembra la salud. El hombre es la causa social de todos los efectos que socialmente sufre. Si es fraternal, efectuará la fraternidad en los otros; si es fraticida, efectuará en los otros el fraticidio. Humanamente no puede hacer un movimiento, obrar con el brazo, con el corazón o el cerebro, sin que la sensación no repercuta del uno al otro como en una conmoción eléctrica. Y esto tiene lugar en el estado de comunidad anárquica, en el estado de libre e inteligente naturaleza, como en el estado de civilización, en el estado de hombre domesticado, de naturaleza encadenada. Sólo que, estando en la civilización el hombre institucionalmente en guerra con el hombre, no puede sino estar celoso de la dicha de su prójimo y aullar y morder en su detrimento. Es un dogo al ataque, recogido en su nicho y royendo su hueso, gruñendo al mismo tiempo una feroz y continua amenaza. En la ANARQUÍA, estando armónicamente el hombre en paz con sus semejantes, no podrá sino rivalizar en pasiones con los demás para llegar a la posesión de la dicha universal. En el Humanisferio, colmena en donde la libertad es reina, el hombre, no recogiendo del hombre sino perfumes, sólo puede producir miel. No maldigamos, pues, el egoísmo, porque maldecir el egoísmo es maldecir al hombre. La comprensión de nuestras pasiones es la única causa de sus efectos desastrosos. El hombre como la sociedad son perfectibles. La ignorancia general, tal ha sido la causa fatal de todos nuestros males, la ciencia universal tal será el remedio. Instruyámonos, pues, y esparzamos la instrucción en torno nuestro. Analicemos, comparemos, meditemos y, de inducciones en inducciones, y de deducciones en deducciones, lleguemos al conocimiento científico de nuestro mecanismo natural.

En el Humanisferio, nada de gobierno. Una organización atractiva ocupa el lugar de la legislación. La libertad soberanamente individual preside a todas las decisiones colectivas. La autoridad de la ANARQUÍA, la ausencia de toda dictadura del número o de la fuerza, reemplaza lo arbitrario de la autoridad, el despotismo de la espada y de la ley. La fe en ellos mismos es toda la religión de los humanisferianos. Los dioses y los sacerdotes, las supersticiones levantarían entre ellos una reprobación universal. No reconocen ni teocracia, ni aristocracia de ninguna clase, sino la autonomía individual. Es por sus propias leyes que cada uno se gobierna, y es sobre este gobierno de cada uno por sí mismo que está formado el orden social.

Pregunten a la historia y vean si la autoridad ha sido jamás otra cosa que el suicidio individual. ¿Llamarán orden al aniquilamiento del hombre por el hombre? ¿Es orden el que reina en París, en Varsovia, en Petersburgo, en Viena, en Roma, en Nápoles, en Madrid, en la aristocrática Inglaterra y en la democrática América? Les digo yo que es la muerte. El orden con el puñal o el cañón, la horca o la guillotina; el orden con la Siberia o Cayena, con el knut<sup>5</sup> o la bayoneta, con el palo del *watchman* o el machete del sargento de ciudad; el orden personificado en esta trinidad homicida: el hierro, el oro, el agua bendita; el orden a tiros de fusil, a golpes de biblia, y a billetezos de banco; el orden que reina sobre cadáveres y de ellos se nutre, ese orden puede ser el de las civilizaciones moribundas, pero no será nunca sino el desorden, la gangrena en las sociedades que tengan el sentimiento de la existencia.

Las autoridades son vampiros y los vampiros son monstruos que no habitan sino los cementerios y no se pasean sino en las tinieblas.

Consulten sus recuerdos y verán que la más grande ausencia de autoridad ha producido siempre la suma más grande de armonía. Vean el pueblo desde lo alto de sus barricadas y digan si en estos momentos de pasajera ANARQUÍA no testimonia, por su conducta, en favor del orden natural. Entre los hombres que están allí, desnudos los brazos y negros de pólvora, con toda seguridad que no faltan naturalezas ignorantes, hombres apenas desbarnizados del barniz de la educación social, y capaces, en la vida privada y como jefes de familia, de muchas brutalidades hacia sus mujeres y sus hijos. Véanlos, pues, en medio de la insurrección pública y en su calidad de hombres momentáneamente libres. Su brutalidad ha sido transformada como

---

<sup>5</sup> Látigo de cuero trenzado que se empleaba en la Rusia imperial como pena para los criminales.

por encantamiento en suave cortesía. Que una mujer quiera pasar y no tendrán para ella sino palabras decentes y corteses. Con su apresuramiento enteramente fraternal la ayudarán a franquear ese baluarte de la calle. Ellos que, los domingos, en el paseo, se hubieran ruborizado de llevar a sus hijos y que hubieran dejado todo el fardo a la madre, con la sonrisa de la satisfacción en los labios, tomarán en sus brazos un niño desconocido para hacerle atravesar la barricada. Es una metamorfosis instantánea. En el hombre de ese día no reconocerán al hombre de la víspera. Dejen reedificar la autoridad y el hombre al día siguiente se habrá convertido muy pronto en el hombre de la víspera.

Recuerden aún el día de la distribución de las banderas, después de febrero del 48; no había en la multitud, más grande de lo que lo fue en ninguna otra fiesta, ni gendarmes ni agentes de la fuerza pública; ninguna autoridad *protegía* la circulación; cada uno, por así decirlo, se vigilaba a sí mismo. ¡Y bien! ¿hubo jamás más orden que en ese desorden? ¿A quién se le hizo daño? A nadie. Ninguna congestión tuvo lugar. Se trataba más bien de ver quién protegería mejor al otro. La multitud se deslizaba compacta por las avenidas y por las calles tan naturalmente como la sangre de un hombre de excelente salud circula en sus arterias. En el hombre es la enfermedad la que produce la obstrucción de un conducto; en las multitudes es la policía y la fuerza armada; la enfermedad lleva entonces el hombre de autoridad. La ANARQUÍA es el estado de salud de las multitudes.

Otro ejemplo:

Era en 1841, creo, a bordo de una fragata de guerra. Los oficiales y el mismo comandante, cada vez que presidían la maniobra, juraban y denostaban, tanto más mal se ejecutaba la maniobra. Había a bordo un oficial que era una excepción a la regla. Cuando estaba de guardia no decía cuatro palabras, y siempre que hablaba lo hacía con una dulzura enteramente femenina. Nunca una maniobra fue mejor ejecutada y con más rapidez que bajo sus *órdenes*. Se trataba de coger los rizos de las velas de las gavias, eso era hecho en un abrir y cerrar de ojos; y tan pronto recogidos los rizos, izadas las gavias, las poleas echaban vapor. Una hada hubiera obrado con más prontitud con un golpe de su vara mágica. Mucho antes de dar las órdenes cada uno estaba en su puesto, listo para subir a los obenques o para largar las drizas. No se esperaba que diera las órdenes, sino que permitiera ejecutar la maniobra. Y ni la menor confusión, ni un nudo olvidado, nada que no fuera rigurosamente acabado. Todo era entusiasmo y armonía. Quieren saber el secreto mágico de este oficial y de qué manera se comportaba para operar este milagro: dejaba hacer. Y era a quien hacía mejor. Así son los hombres: bajo el rigor de la autoridad el marinero no obra sino como un bruto; va, necia y pesadamente, hacia donde le empujan. Abandonado a su iniciativa anárquica, obra como hombre, maniobra con las manos y con la inteligencia. El hecho que cito tuvo lugar a bordo de la fragata *Calypso* en los mares del Oriente. El oficial en cuestión no permaneció sino dos meses a bordo, ya que el comandante y los oficiales estaban celosos de él.

Luego, pues, la ausencia de órdenes, he aquí el orden verdadero. La ley y la espada, este no es sino el orden de los bandidos, el código del robo y del asesinato que preside al reparto del botín, a la masacre de las víctimas. Es sobre este sangriento pivote que gira el mundo civilizado. La ANARQUÍA es su antípoda, y este antípoda es el eje del mundo humanisferiano.

La libertad es todo su gobierno.

La libertad es toda su constitución.

La libertad es toda su legislación.

La libertad es todo su contrato.

Todo lo que no es libertad está fuera de las costumbres.

La libertad, toda la libertad, nada más que la libertad, tal es la forma burilada en su conciencia, el criterium de todas las relaciones entre ellos.

¿Faltan en un rincón de Europa productos de otro continente? Los diarios del humanisferio lo mencionan, es insertado en el *Boletín de Publicidad*, ese monitor de la anárquica universalidad; y los humanisferios del Asia, de América o de Oceanía expiden el producto solicitado. Es, por el contrario, un producto europeo el que hace falta en Asia, en África, en América o en Oceanía; los humanisferios de Europa lo expiden. El cambio se verifica naturalmente y no arbitrariamente. Así, tal humanisferio da un día más y recibe menos, ¿qué importa? mañana es él, sin duda, el que recibirá más y dará menos. Perteneciendo todo a todos y pudiendo cada uno cambiar de humanisferio como cambia de departamento, que en la circulación universal una cosa esté aquí o esté allá, ¿qué daño puede ocasionar? Cada uno ¿no es libre de hacerla transportar donde mejor le parezca o de transportarse a sí mismo donde mejor le agrade?

En ANARQUÍA, el consumo se alimenta por sí mismo por la producción. Un humanisferiano no comprendería que se le forzara a comer. El hombre no es todo vientre: tiene brazos, un cerebro y, aparentemente, es para hacerlos funcionar. El trabajo manual e intelectual es el alimento que le hace vivir. Si el hombre no tuviera por toda necesidad sino las de la boca y del estómago, no sería ya un hombre, sino una ostra, y entonces en lugar de sus manos, atributos de su inteligencia, la naturaleza le hubiera dado, como al molusco, dos escamas. ¡Y la pereza! ¡la pereza! me gritan, ¡oh, civilizados! La pereza no es la hija de la libertad y del genio humano, sino de la civilización y de la esclavitud; es algo de inmundo y de contra natura, que sólo se puede encontrar en las antiguas y modernas Sodomas. La pereza es el desarraigo del brazo, un adormecimiento del espíritu. La pereza no es un goce: es una gangrena y una parálisis. Únicamente las sociedades caducas, los mundos viejos, las civilizaciones corrompidas pueden producir y propagar semejantes plagas. Los humanisferianos satisfacen naturalmente la necesidad de ejercicio del brazo como la necesidad de ejercicio de vientre. No es posible ni racionar el apetito de la producción ni el apetito del consumo. Corresponde a cada uno consumir y producir según sus fuerzas, según sus necesidades. Sometiendo a todos los hombres a una ración uniforme se provocaría el hambre en unos y se haría morir de indigestión a otros. Sólo el individuo es capaz de saber la dosis de labor que su estómago, su cerebro o su mano pueden digerir. Se raciona un caballo en la caballería, el amo otorga al animal doméstico tal o cual alimento. Pero el animal se raciona por sí mismo, y su instinto le indica mejor que el amo lo que conviene a su temperamento. Los animales no domeñados no conocen casi las enfermedades. Teniendo todo a profusión, tampoco se pelean entre sí para arrancarse una brizna de hierba. Saben que la salvaje pradera produce más pasto del que ellos necesitan y lo comen uno al lado del otro. ¿Por qué cuando la producción, por las fuerzas mecánicas, suministraría más allá de sus necesidades?

La autoridad es la pereza.

La libertad es el trabajo.

Sólo la esclavitud es perezosa, rica o pobre: el rico, esclavo de los prejuicios de falsa ciencia; el pobre, esclavo de la ignorancia de los prejuicios; ambos, a dos, esclavos de la ley: el uno para soportarla y el otro para imponerla. No podría ser lo mismo para el hombre libre. ¿No sería suicidarse el entregar a la inercia sus facultades productivas? El hombre inerte no es un hombre: es menos que un bruto, pues el bruto obra en la medida de sus medios, obedece a su instinto. Cualquiera que posea un ápice de inteligencia no puede hacer menos que obedecerle; y la inteligencia no es la ociosidad: es el movimiento fecundador, es el progreso. La inteligencia del hombre es su instinto; y este instinto le dice sin cesar: trabaja; por la mano, igual que la



frente, en la obra; produce y descubre; las producciones y los descubrimientos son la libertad. El que no trabaja no goza. El trabajo es la vida. La pereza es la muerte. ¡Muere o trabaja!

En el humanisferio, no estando dividida en modo alguno la propiedad, cada uno tiene interés en hacerla productiva. Las aspiraciones de la ciencia, desembarazada también del reblandecimiento del pensamiento, inventan y perfeccionan en común máquinas apropiadas para todos los usos. En todas partes la actividad y la rapidez del trabajo hacen florecer en torno al hombre una exhuberancia de productos. Como en las primeras edades del mundo, no hay más que alargar la mano para coger el fruto, que extenderse al pie del árbol para tener allí un abrigo. Sólo que el árbol es ahora un magnífico monumento, donde se encuentran todas las satisfacciones del lujo; el fruto es todo lo que las artes y las ciencias pueden ofrecer de sabroso. Es la ANARQUÍA, no ya en el bosque pantanoso, con el fangoso idiotismo y la sombría bestialidad, sino la ANARQUÍA en un parque encantado, con la límpida inteligencia y la sonriente humanidad. Es la ANARQUÍA, no ya en la debilidad y la ignorancia, núcleo del salvajismo, de la barbarie y de la civilización, sino la ANARQUÍA en la fuerza y el saber, árbol frondoso de la armonía, el glorioso florecimiento del hombre, del hombre libre, no en las regiones del azul y bajo el resplandor de la universal solidaridad.

Entre los humanisferianos, un hombre que no pudiera manejar sino un solo instrumento, aunque este instrumento fuera una pluma o una lima, se ruborizaría de vergüenza ante ese solo pensamiento. El hombre quiere ser completo, y no es completo sino a condición de conocer mucho. El que es solamente un hombre de pluma o un hombre de lima es un castrado que los civilizados pueden muy bien admitir o admirar en sus iglesias o en sus fábricas, en sus talleres o en sus academias, pero no es un hombre natural: es una monstruosidad, que no provocaría sino el alejamiento y el disgusto entre los hombres perfeccionados del humanisferio. El hombre debe ser a la vez hombre de pensamiento y hombre de acción, y producir con el brazo como con el cerebro. De otro modo atenta contra su virilidad, deshace la obra de la creación; y para alcanzar una voz de falsete pierde todas las largas y emocionantes notas de su libre y vivo instrumento. El hombre ya no es un hombre entonces: es un organillo.

Un humanisferiano no sólo piensa y obra a la vez, sino que ejerce en la misma jornada oficios diferentes. Cincelaré una pieza de orfebrería y trabajará sobre una parcela de tierra; pasará del buril al azadón y del horno de la cocina al pupitre de la orquesta. Está familiarizado con una multitud de trabajos. Obrero inferior en esto, es obrero superior en aquello. Tiene su especialidad en la que sobresale. Y es justamente esa inferioridad y esa superioridad de los unos respecto de los otros lo que produce la armonía. Allí no cuesta en modo alguno someterse a una superioridad, no diré oficialmente, sino oficiosamente reconocida, cuando al instante después, y en otra fase de la producción, esta superioridad llegará a ser su inferioridad. Esto crea una emulación saludable, una reciprocidad benevolente y destructora de rivalidades celosas. Luego, por esos trabajos diversos, el hombre adquiere la posesión de más elementos de comparación, su inteligencia se multiplica como su brazo, es un estudio perpetuo y variado que desarrolla en él todas las facultades físicas e intelectuales y de las que se beneficia para perfeccionarse en su acto predilecto.

Repito aquí lo que ya he apuntado precedentemente: cuando hablo del hombre no es en el sentido de una mitad de la humanidad de la que se trata, sino de la humanidad, de la mujer como del hombre, del ser humano. Lo que se aplica al uno se aplica igualmente al otro. No hay sino una excepción a la regla general, un trabajo que es enteramente exclusivo de la mujer: el del engendramiento y el de la crianza. Cuando la mujer realiza ese trabajo es natural que no pueda casi ocuparse activamente de los otros. Es una especialidad que la aleja momentáneamente de la pluralidad de las atribuciones generales, pero terminado su embarazo y su crianza vuelve a ocupar en la comunidad sus funciones, idénticas a todas las de los humanisferianos.

En su nacimiento, el niño es inscripto con el nombre y apellido de su madre en el libro de las estadísticas; más tarde, él mismo toma el nombre y apellido que le convenga, guarda los que se le han dado o los cambia. En el humanisferio no hay no bastardos desheredados ni legítimos privilegiados. Los niños son hijos de la naturaleza y no del artificio. Todos son iguales y legítimos ante el humanisferio y la humanisferidad. En tanto que el embrión externo está aún añadido a la mama de su madre, como el feto en el órgano interno, es considerado uno con su alimentadora. El destete es para la mujer una segunda liberación, que se opera cuando el niño puede ir y venir solo. La madre y el niño pueden permanecer aún juntos si tal cosa place a ambos. Pero si el niño, que siente brotar sus pequeñas voliciones, prefiere la compañía y la morada de otros niños, o si la madre, fatigada de una larga crianza, no se inquieta por tenerlo constantemente cerca de ella, entonces pueden separarse. El departamento de los niños está allí, y, como a los otros, no le faltará cuidados, pues vuelta a vuelta todas las madres se dan allí cita. Si en la permuta de los decesos y nacimientos sucede que un recién nacido pierde a su madre o que una madre pierde a su hijo, la joven que ha perdido a su madre, o bien se da al huérfano la mama de una cabra o de una leona. Es costumbre aun entre las madres que crían hacer beber al niño débil leche de animales vigorosos, tal como la leche de la leona, así como entre los civilizados se hace tomar leche de burra a los tísicos. (No olvidemos que en la época que se trata las leonas y las panteras son animales domésticos; que el hombre posee rebaños de osos como poseemos hoy día rebaños de carneros; que los animales más feroces se han alineado, sumisos y disciplinados, bajo el pontificado del hombre; que se arrastran a sus pies con un secreto terror y se inclinan ante la aurora de luz y de electricidad que corona su frente y les impone respeto. El hombre es el sol en torno al cual todas las razas animales gravitan).

El alimento del hombre y de las mujeres está basado en la higiene. Adoptan de preferencia los alimentos más adecuados para la nutrición de los músculos del cuerpo y de las fibras del cerebro. No hacen una comida sin comer algunos bocados de carne asada, sea de carnero, oso o buey, y algunas cucharadas de café u otros licores que sobreexcitan la savia del pensamiento. Todo está combinando para que los placeres, aun los de la mesa, no sean improductivos o nocivos al desarrollo del hombre y de las facultades del hombre. Entre ellos todo placer es un trabajo, y todo trabajo es un placer. La fecundación de la dicha es allí perpetua. Es una primavera y un otoño continuos de satisfacciones. Las flores y los frutos de la producción, como las flores y los frutos de los trópicos, brotan allí en toda estación. Como el bananero es el pequeño humanisferio que provee a las necesidades del negro cimarrón, también el humanisferio es el gran bananero que satisface las inmensas necesidades del hombre libre. A su sombra aspira a plenos pulmones todas las dulces brisas de la naturaleza, y elevando su pupila a la altura de los astros, contempla todos sus resplandores.

Como es dable pensar, no hay médicos, es decir, no hay enfermedades. ¿Cuál es la causa de las enfermedades hoy día? Las emanaciones pestilenciales de una parte del globo y, sobre todo, la falta de equilibrio en el ejercicio de los órganos humanos. El hombre se agota en un trabajo único, en un goce único. Uno se retuerce en las convulsiones del ayuno, el otro en los cólicos y los hipos de la indigestión. El uno ocupa su brazo con exclusión de su cerebro, el otro su cerebro con exclusión de su brazo. Los roces del día, las inquietudes del mañana contraen las fibras del hombre, detienen la circulación natural de la sangre y producen cloacas interiores, de donde se exhalan el agotamiento y la muerte. Llega el médico, el que tiene interés en que haya enfermedades, como el abogado tiene interés en que haya procesos, e inculca en las venas del paciente el mercurio y el arsénico; de una indisposición pasajera hace una lepra incurable, que se comunica de generación en generación. Se tiene horror de una Brinvilliers, pero verdaderamente ¿qué es una Brinvilliers comparada con estos envenenadores que se dicen médicos? La Brinvilliers no atentaba sino a la vida de algunos de sus contemporáneos; aquéllos atentan a la vida y a la inteligencia de todos los hombres hasta en su posteridad. ¡Civilizados! ¡Civilizados! ¡tengan academias de verdugos si quieren, pero no tengan academias de médicos! ¡Hombres de anfiteatros o de patíbulos, asesinen, si es necesario, el presente, pero ahorren al menos el provenir!...

Entre los humanisferianos hay ecuación en los ejercicios de las facultades del hombre, y este nivel produce la salud. Esto no quiere decir que no se ocupen allí de cirugía ni de anatomía. Ningún arte, ninguna ciencia son allí descuidadas. No hay siquiera un humanisferiano que no haya seguido más o menos esos cursos. Aquellos trabajadores que ejercen la cirugía aplican su saber sobre un brazo o una pierna cuando acaece un accidente. En cuanto a las indisposiciones, como todos tienen nociones de higiene y de anatomía, se recetan ellos mismos, toman el uno una píldora de ejercicio, el otro una redoma de sueño, y al día siguiente lo más a menudo todo está dicho: son las gentes más dispuestas del mundo.

Contrariamente a Gall y Lavater, que han tomado el efecto por la causa, no creen que el hombre nazca con aptitudes absolutamente pronunciadas. Las líneas del rostro y los relieves de la cabeza no son cosas innatas en nosotros, dicen; nacemos todos con el germen de todas las facultades (salvo raras excepciones, hay deformes de lo mental como de lo físico, pero las monstruosidades están llamadas a desaparecer en Armonía), las circunstancias exteriores obran directamente sobre ellas. Según que sus facultades se encuentren o se hayan encontrado expuestas a su resplandor, adquieren un más o menos grande conocimiento, se dibujan de tal o cual otra manera. La fisonomía del hombre refleja sus inclinaciones, pero esta fisonomía es lo más a menudo muy diferente de la que tenía siendo niño. La craneología del hombre testimonia sus pasiones, pero esta craneología no tiene lo más a menudo nada de comparable con la que tenía en la cuna. Así como el brazo derecho, ejercido en detrimento del brazo izquierdo, adquiere más vigor, más elasticidad y también más volumen que su hermano gemelo, de modo que el abuso de ese ejercicio puede hacer a un individuo giboso de un hombro, así también el ejercicio exclusivo de ciertas facultades pasionales puede desarrollar los órganos y hacer a un hombre giboso del cráneo. Las arrugas del rostro así como las gibas del cráneo son el florecimiento de nuestras sensaciones sobre nuestra cara, pero no son en modo alguno estigmas originales. El medio en que vivimos y la diversidad de los puntos de vista en que están colocados los hombres, y que hace que nadie pueda ver siempre las cosas bajo el mismo aspecto, explica la diversidad de la craneología y de la frenología en el hombre, como la diversidad de sus pasiones y de sus aptitudes. El cráneo, cuyas protuberancias están igualmente desarrolladas, es seguramente el cráneo del hombre más perfecto. El tipo del ideal no está sin duda en ser giboso ni carnudo. ¡Cuántas gentes, sin embargo, en el mundo actual están orgullosas de sus gibas y de sus cuernos! Si algún docto astrólogo, en nombre de la pretendida ciencia, viniera a decir que es el sol el que se escapa de los rayos, y no los rayos los que se escapan del sol, a fe mía que se encontrarían civilizados para creerlo y profesores-correo para propalarlo. ¡Pobre mundo! ¡Pobres cuerpos docentes! ¡Infierno de hombres! ¡Paraíso de tenderos!

Como no hay allí ni esclavos ni amos, ni jefes ni subordinados, ni propietarios ni desheredados, ni legalidad ni penalidad, ni fronteras ni barreras, ni códigos civiles ni códigos religiosos, tampoco hay autoridades civiles, militares y religiosas, ni abogados ni ujieres, ni procuradores ni notarios, ni jueces ni policías, ni burgueses ni señores, ni sacerdotes ni soldados, ni tronos ni altares, ni cuarteles ni iglesias, ni prisiones ni fortalezas, ni hogueras ni patíbulos, o si los hay aún están conservados en aguardiente, momificados en tamaño natural, el todo alineado y numerado en alguna sala trasera del museo, como objeto de curiosidad y de antigüedad. Los libros, aun de autores franceses, cosacos, alemanes, ingleses, etc., etc., yacen en el polvo y en los desvanes de las bibliotecas; nadie los lee; son lenguas muertas, por otra parte. Una lengua universal ha reemplazado todas estas germanías de naciones. En esa lengua se dice más en una palabra de lo que se podría decir en las nuestras en una frase. Cuando por azar un humanisferiano se propone echar una ojeada sobre las páginas escritas en tiempos de los civilizados y tiene el valor de leer algunas líneas, bien pronto cierra el libro con un estremecimiento de vergüenza y de asco; y pensando en lo que era la humanidad en esa época de depravación babilónica y de constituciones sifilíticas, siente el rubor subirle al rostro, como una mujer, joven aun, cuya juventud hubiera sido mancillada por el libertinaje, se ruborizaría, después de rehabilitada, al recuerdo de sus días de prostitución.

La propiedad y el comercio, esta afección pútrida del oro, esta enfermedad usuraria, este contagio corrosivo, que infesta de un virus de venalidad las sociedades contemporáneas y metaliza la amistad y el amor; esa ola del siglo XIX ha desaparecido del seno de la humanidad. No hay ya ni vendedores ni vendidos. La comunión anárquica de los intereses ha esparcido por todas partes la pureza y la salud en las costumbres. El amor no es ya un tráfico inmundo, sino un cambio de tiernos y puros sentimientos. Venus no es ya la Venus impúdica, sino la Venus Urania. La amistad no es una mercader de los mercados, acariciando el bolsillo de los transeúntes y cambiando propósitos melosos en insultos groseros, según que se acepte o rehúse su mercancía: es una encantadora niña, que no pide sino caricias en cambio de sus caricias, simpatía por simpatía. En el humanisferio todo lo que es aparente es real; la apariencia no es en modo alguno un disfraz. La simulación fue siempre la librea de los lacayos y de los esclavos; es de rigor entre los civilizados. El hombre libre lleva en el corazón la franqueza, ese escudo de la libertad. La simulación no es ni aun una excepción entre los humanisferianos.

Los artificios religiosos, los edificios de la superstición responden entre los civilizados, como entre los bárbaros, como entre los salvajes, a una necesidad de ideal, que no encontrando esas poblaciones en el mundo de lo real, van a aspirarla en el mundo de lo imposible. La mujer, sobre todo, esa mitad del género humano, más excluida aún que la otra de los derechos sociales, y relegada, como la Cendrillon, al rincón del hogar del matrimonio, librada a sus meditaciones catequizantes, a sus alucinaciones morbosas; la mujer, repetimos, se abandona, con todo el arranque del corazón y de la imaginación, al encanto de las pompas religiosas y de las misas de gran espectáculo, a toda la poesía mística de esa novela misteriosa, de la que el hermano Jesús es el héroe, y de la que el amor divino es la trama. Todos esos cantos de ángeles, ese paraíso lleno de luces, de música y de incienso, esa época de la eternidad, de la que dios es el gran maestro, el decorador, el compositor y el jefe de la batuta, esas sillas de coro de azur, en donde María y Magdalena, las dos hijas de Eva, ocupan lugares de honor; toda esa fantasmagoría de los físicos sacerdotales no puede dejar, en una sociedad como la nuestra, de impresionar vivamente la fibra sentimental de la mujer, esa fibra comprimida y siempre vibrante. Encadenado el cuerpo a su horno de cocina, a su mostrador de tienda o a su piano de salón, ella erra por el pensamiento -sin lastre y sin velamen, sin timón y sin brújula- hacia la idealización del ser humano en las esferas sembradas de escollos y consteladas de superstición del fluídico azur, en los exóticos ensueños de la vida paradisíaca. Ella reacciona por el misticismo, se rebela por la superstición contra ese grado de inferioridad en que la ha colocado el hombre. De su rebajamiento terrestre se refugia en la ascensión celeste, de la bestialidad del hombre en la espiritualidad de dios.

En el humanisferio nada semejante puede tener lugar. Ni el hombre es más que la mujer, ni la mujer es más que el hombre. Las urnas de la instrucción voluntaria han vertido sobre sus frentes oleadas de ciencia. El choque de las inteligencias las ha nivelado en su transcurso. La inundación de las fluctuantes necesidades eleva el nivel de todos los días. El hombre y la mujer nadan en ese océano del progreso enlazados el uno al otro. Las fuentes vivas del corazón expanden en la sociedad sus líquidas y ardientes pasiones y dan al hombre tanto como a la mujer un baño sabroso y perfumado de sus mutuos ardores. El amor no es ya misticismo o bestialidad, el amor tiene todas las voluptuosidades de las sensaciones físicas y morales, el amor es humanidad, humanidad depurada, vivificada, regenerada, humanidad hecha hombre. Estando el ideal sobre la tierra, tierra presente o futura, ¿qué quieren que vaya a buscar fuera de ella? Para que la divinidad se pasee sobre las nubes de la imaginación, es menester que haya nubes, y bajo el cráneo humanisferiano no hay sino rayos. Allí donde reina la luz no hay tinieblas; allí donde reina la inteligencia, no hay superstición. Hoy día que la existencia es una maceración perpetua, una enclaustración de las pasiones, la dicha es un sueño. En el mundo futuro, siendo la vida la expansión de todas las fibras pasionales, la vida será un sueño de dicha.

En el mundo civilizado, todo no es más que masturbación y sodomía, masturbación o sodomía de la carne, masturbación o sodomía del espíritu. El espíritu es una alcantarilla de abyectos pensamientos, la carne un exutorio para los inmundos placeres. En este tiempo el hombre y la mujer no hacen el amor, hacen sus necesidades... ¡En el futuro será para ellos una necesidad el amor! Y no es sino con el fuego de la pasión en el corazón, con el ardor del pensamiento en el cerebro que se unirán en un mutuo beso. Todas las voluptuosidades no obrarán más que en el orden natural, tanto las de la carne como las del espíritu. La libertad habrá purificado todo.

Después de haber visitado en detalle los edificios del Humanisferio, donde todo es talleres de placer y salones de trabajo, almacenes de ciencias y de artes y museos de todas las producciones: después de haber admirado esas máquinas de hierro cuya producción de vapor o de electricidad es el móvil, laboriosos engranajes que son para los humanisferianos lo que las multitudes de proletarios o de esclavos son para los civilizados; después de haber asistido al movimiento no menos admirable de ese engranaje humano, de esa multitud de trabajadores libres, mecanismo serial del que la atracción es el único motor; después de haber comprobado las maravillas de esa organización igualitaria en donde la evolución anárquica produce la armonía; después de haber visitado los campos, los jardines, las praderas, los hangares campestres a donde van a abrigarse los rebaños errantes por la campaña y a quienes los techos sirven de graneros para el forraje; después de haber recorrido todos los ferrocarriles que surcan el interior y exterior del Humanisferio, y de haber navegado en esos magníficos *steamers* aéreos que transportan a vuelo de águila los hombres y los productos, las ideas y los objetos de un humanisferio a otro continente y de un punto del globo a sus antípodas; después de haber visto y oído, después de haber palpado con el dedo y el pensamiento todas esas cosas, – ¿cómo es posible, me decía, regresando a los civilizados, cómo es posible que se pueda vivir bajo la ley, ese knut de la autoridad, cuando la ANARQUÍA, esa ley de la Libertad, tiene costumbres tan puras y tan dulces? ¿Cómo es posible que se mire como cosa tan fenomenal esa fraternidad inteligente y como cosa normal esta imbecilidad fratricida?...

¡Ah! los fenómenos y las utopías nos son fenómenos o utopías sino con relación a nuestra ignorancia. Todo lo que para nuestro mundo es fenómeno, para otro mundo es cosa muy ordinaria, ya se trate del movimiento de los planetas o del movimiento de los hombres; y lo que sería más fenomenal para mí es que la sociedad permaneciera perpetuamente en las tinieblas sociales y que no se despertara a la luz. La autoridad es una pesadilla que pesa sobre el pecho de la humanidad y la ahoga; que escuche la voz de la Libertad, ¡que salga de su doloroso sueño y bien pronto habrá recobrado la plenitud de sus sentidos y su aptitud para el trabajo, el amor, la dicha!

Bien que en el humanisferio las máquinas hicieran todos los trabajos más groseros, había, según mi opinión, trabajos más desagradables unos que los otros, los había aún que me parecían no ser del gusto de nadie. No obstante, esos trabajos se ejecutaban sin que ninguna ley ni ningún reglamento obligara a nada. ¿Cómo es eso?, me decía yo, que no veía aun las cosas sino por mis ojos de civilizado. Era bien simple, sin embargo. ¿Qué es lo que hace al trabajo atrayente? No es siempre la naturaleza del trabajo, sino la condición en que se ejerce y la condición del resultado a obtener. En nuestros días, un obrero va a ejercer una profesión; no siempre es la profesión que hubiera elegido: al azar más que la atracción lo ha decidido así. Que esa profesión le procure un cierto bienestar relativo, que tenga relación con un patrón que no le haga sentir demasiado pesadamente su autoridad, y ese obrero realizará su trabajo con un cierto placer. Que en lo sucesivo, ese mismo obrero trabaje para un patrón áspero, que su salario sea disminuido en la mitad, que su profesión no le procure más que la miseria y no hará más que con disgusto ese trabajo que realizaba antes con placer. La embriaguez y la pereza no tienen otra causa entre los obreros. Esclavos exhaustos de paciencia echan entonces la soga tras el caldero y, hez del mundo, se revuelcan en la escoria y la mugre, o caracteres de *élite*, se rebelan hasta el asesinato, hasta el martirio, como Alibaud, como Montcharmont, y reivindicán

sus derechos de hombres, hierro contra hierro y cara a cara ante el patíbulo. ¡Inmortalidad de gloria a éstos!...

En el Humanisferio, los pocos trabajos que por su naturaleza me parecían repugnantes hallan sin embargo obreros para ejecutarlos con placer. Y la causa reside en la condición en que se ejercen. Las diferentes series de trabajadores se reclutan voluntariamente, como se reclutan los hombres de una barricada, y son enteramente libres de permanecer allí el tiempo que quieran o de pasar a otra serie o a otra barricada. No hay jefe nombrado o con título. El que tiene más conocimiento o aptitud para ese trabajo dirige naturalmente a los otros. Cada uno toma mutuamente la iniciativa, según que se reconozca la capacidad. Vuelta a vuelta cada uno da pareceres y los escucha. Hay entente amistosa, no hay autoridad. Por lo demás, es raro que no haya mezcla de hombres y de mujeres entre los trabajadores de una serie. Además, el trabajo es de condiciones demasiado atrayentes para que, aunque fuera repugnante para uno, no se halle cierto encanto en realizarlo. Viene en seguida la naturaleza de los resultados a obtener. Si ese trabajo es, en efecto, indispensable, aquellos a quienes les repugna más y que se abstienen de él, estarán encantados de que otros se hayan encargado de él, y devolverán en afabilidad a estos últimos, en laboriosos agasajos, por otra parte, la compensación del servicio que los otros les habrán hecho. No es menester creer que los trabajos más groseros sean entre los humanisferianos la tarea de las inteligencias superiores, las personalidades culminantes en las ciencias y en las artes las que más a menudo se complacen en realizar esas tareas pesadas. Cuanto más exquisita es la delicadeza en el hombre, tanto más está desarrollado el sentido moral y tanto más apto es en ciertos momentos para las rudas y ásperas labores, sobre todo cuando esas labores son un sacrificio ofrecido en amor a la humanidad. He visto en ocasión del traslado de junio al fuerte del Homet, en Cherburgo, naturalezas delicadas que hubieran podido, mediante algunas monedas, hacer realizar por un compañero de detención el turno de su trabajo -y era una tarea sucia la de vaciar los recipientes de inmundicias-, pero que, para dar satisfacción a sus goces morales, al testimonio interior de sus fraternidad con sus semejantes, preferían hacer esa tarea ellos mismos y gastar en la cantina, con y para sus camaradas de infortunio, el dinero que hubiera podido servir para eximirles de la faena. El hombre verdaderamente hombre, el hombre *egoístamente* bueno es más dichoso en hacer una cosa por el bien que ella procura a los otros que en dispensarse de ello en vista de una satisfacción inmediata y enteramente personal. Sabe que es un grano sembrado en feraz tierra y del que recogerá tarde o temprano una espiga. El egoísmo es la fuente de todas las virtudes. Los primeros cristianos, aquellos que vivían en comunidad y en fraternidad en las catacumbas, eran egoístas, colocaban sus virtudes a intereses usurarios en las manos de dios para obtener de ellas primas de inmortalidad celeste. Los humanisferianos colocan sus buenas acciones vitalicias sobre la humanidad, a fin de gozar, -desde el instante de su nacimiento hasta la extinción de su vida- de los beneficios del seguro mutuo. Humanamente, no se puede comprar la dicha individual sino al precio de la dicha universal.

No he hablado aún del traje de los humanisferianos. El traje no tiene nada de uniforme, cada uno se viste a su gusto. No hay moda especial. La elegancia y la sencillez son el signo general. Es sobre todo en el corte y en la calidad de los tejidos en donde está la distinción. La blusa, con mangas de pagoda, de tela, para el trabajo, de paño o de seda, para los placeres; una “culotte” bretona o un pantalón amplio o ceñido, pero siempre estrecho de abajo, con botas con reverses por encima del pantalón o livianos coturnos en cuero barnizado; un sombrero de fieltro, redondo con una simple cinta o adornado con una pluma, o bien un turbante; el cuello desnudo como en la edad media; y los adornos de la camisa desbordando en el cuello y las muñecas por debajo de la blusa, tal es el traje más en uso. Ahora, el color, la naturaleza del tejido, el corte, los accesorios se diferencian esencialmente. El uno deja flotar su blusa, el otro lleva un echarpe en la cintura, o bien un bolsillo en marroquín o en tejido, suspendido de una cadena de acero o de una cinta de cuero y cayendo sobre el muslo. En el invierno, uno se envuelve con un tapado, el otro con el albornoz. Los hombres y las mujeres llevan indiferentemente el mismo traje. Sólo que las mujeres sustituyen lo más generalmente el pantalón por una falda, adornan su blusa o

su túnica con encajes, sus muñecas y su cuello con joyas artísticamente trabajadas, imaginan los peinados más capaces de hacer valer los rasgos de su rostro; pero ninguna de ellas encontraría gracioso el agujerearse la nariz o las orejas para pasar por allí anillos de oro o de plata o atar pedrerías. Un gran número lleva vestidos a medida, de los cuales la multiplicidad de formas es infinita. No tratan de uniformar unos a los otros, y así sucede con los hombres. Los hombres llevan generalmente la barba y los cabellos largos. Para ellos es tan ridículo afeitarse el mentón como el cráneo; y en su vejez, cuando la nieve de los años ha blanqueado su frente y ensombrecido su vista, no se depilan los pelos blancos así como no se arrancan los ojos. Se lleva también muchos trajes diversos, trajes estilo Luis XIII, entre otros, pero ni uno de los trajes masculinos de nuestra época. Los globos sobre los que navegan por la tierra las mujeres de nuestros días están reservados para los *steamers* aéreos y los tubos de tela de seda negra no sirven de bonete más que a los cerebelos de las chimeneas. No sé que haya un solo hombre en el humanisferio que quiera ridiculizarse con la levita o el hábito burgués, esa librea de los civilizados. Allí se quiere ser libre en los movimientos y que el traje testimonie la gracia y la libertad del que lo lleva. Se prefiere la majestad de un pliegue amplio y flotante a la rigidez engreída de la crinolina y la mueca epiléptica de un frac con cabeza de cretino y faldones estrechos y puntiagudos. El hábito, dice un proverbio, no hace al monje. Es verdad en el sentido del proverbio. Pero la sociedad hace su hábito, y una sociedad que se viste como la nuestra, denuncia, como la crisálida por su cascarón, su fealdad de oruga o la claridad de los ojos. En el humanisferio, la humanidad está lejos de ser una oruga, no está ya prisionera en su capullo, le han brotado alas y ha revestida la amplia y graciosa túnica, el encantador esmalte, el elegante aspecto de la mariposa. Tomada en el sentido absoluto, la envoltura es el hombre: La fisonomía no es jamás una máscara para quien sabe interrogarla. La moral orada siempre lo físico. Y lo físico de la sociedad actual no es hermoso: ¡cuánto más fea es aún su moral!

En mis excursiones, no había visto en ninguna parte cementerio. Y me preguntaba qué se hacía de los muertos, cuando tuve ocasión de asistir a un entierro.

El muerto estaba extendido en un féretro descubierto que tenía la forma de una gran cuna. No estaba rodeado de ningún aspecto fúnebre. Flores naturales estaban deshojadas en la cuna y le cubrían el cuerpo. La cabeza descubierta reposaba sobre ramos de rosas que le servían de almohada. Se colocó el féretro en un vagón; los que habían sido los amigos más íntimos del muerto se acomodaron a continuación. Yo les imité.

Llegados al campo, en un lugar donde había una máquina de hierro levantada sobre peldaños de granito, el convoy se detuvo. La máquina en cuestión tenía más o menos la apariencia de una locomotora. Un tambor o caldera descansaba sobre un ardiente brasero. La caldera estaba sobremontada de un largo caño de pistón. Se sacó el cadáver del féretro, se le envolvió en su sudario, luego se le deslizó por una abertura en forma de cajón al tambor. El brasero estaba encargado de reducirlo a polvo. Cada uno de los asistentes echó entonces un puñado de rosas deshojadas sobre los mosaicos del monumento. Se entonó un himno a la transformación universal. Luego se separaron. Las cenizas de los muertos son en seguida arrojadas como abono sobre las tierras de labor.

Los humanisferianos pretenden que los cementerios son una causa de insalubridad y que es preferible sembrar los campos de trigo que de tumbas, visto que el trigo nutre a los vivos y que las criptas de mármol no pueden sino atentar a la generación de los muertos. Tampoco comprenden las prisiones funerarias así como no comprenderían las tumbas celulares, tampoco la detención de los muertos así como de los vivos. No es la superstición lo que es ley entre ellos, es la ciencia. No tienen sino la razón y nada de prejuicios. Para ellos toda materia está animada; no creen en la dualidad del alma y del cuerpo, no reconocen sino la unidad de la sustancia; sólo que esa sustancia adquiere mil y mil formas, es más o menos grosera, más o menos depurada, más o menos sólida o más o menos volatilizada. Aun admitiendo, dicen, que el alma fuera una cosa distinta del cuerpo -lo que todo niega- habría absurdidad en creer en su

inmortalidad individual, en su personalidad eternamente compacta, en su inmovilización indestructible. La ley de composición y de descomposición que rige los cuerpos y que es la ley universal, sería también la ley de las almas.

Así como al calor del calorífero el vapor del agua se condensa en el cerebro de la locomotora y constituye lo que se podría llamar su alma, así sucede en el hogar del cuerpo humano, el hervidero de nuestras sensaciones, condensándose en vapor bajo nuestro cráneo, constituye nuestro pensamiento y hace mover, con toda la fuerza de la electricidad de nuestra inteligencia, los rodajes de nuestro mecanismo corporal. Pero ¿se sigue de aquí que la locomotora, forma finita y por consiguiente perecedera, tiene un alma más inmortal que su envoltura? Ciertamente, la electricidad que la anima no desaparecerá en la imposible nada, como no desaparecerá la sustancia palpable de que ella está revestida. Pero en el momento de la muerte, como en el momento de la existencia, la caldera como el vapor no podrían conservar su personalidad exclusiva. La herrumbre roe el hierro, el vapor se evapora; cuerpos y almas se transforman y se dispersan en las entrañas de la tierra o sobre el ala de los vientos en otras tantas partículas como el metal o el fluido contiene las moléculas, es decir al infinito, siendo la molécula para los infinitesimales lo que es el globo terrestre para los hombres, un mundo habitado y en movimiento, una agregación animada de seres imperceptibles, susceptibles de atracción y de repulsión y por consiguiente de formación y de solución. Lo que hace la vida o, lo que es la misma cosa, el movimiento, es la condensación y la dilatación de la sustancia elaborada por la acción química de la naturaleza. Es esta alimentación y esta deyección del vapor en la locomotora, del pensamiento en el hombre, lo que agita la balanza del cuerpo. Pero el cuerpo se gasta por el flotamiento, la locomotora va al desperdicio, el hombre a la tumba. Esto es lo que se llama la muerte y lo que no es sino una metamorfosis, puesto que nada se pierde y que todo vuelve a tomar forma nueva bajo la manipulación incesante de fuerzas atractivas.

Se sabe que el cuerpo humano se renueva cada siete años; no queda de nosotros molécula sobre molécula. Desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos, todo ha sido destruido, partícula por partícula. ¿Y se querría que el alma, que no es sino el resumen de nuestras sensaciones, algo así como su espejo viviente, espejo donde se reflejan las voliciones de este mundo de infinitamente pequeños del cual el todo se llama un hombre; se querría que el alma no se renovara de año en año y de instante en instante; que no perdiera nada de su individualidad, exhalándose hacia afuera, y no adquiriera nada de la individualidad de los otros respirando de ellos las emanaciones? Y cuando la muerte, extendiendo su soplo sobre lo físico, forma finita, viene a dispersar al viento los despojos y a pasear su polvo por los surcos, como una siembra que lleva en si el germen de nuevas cosechas, ¿se querría -¡vanidosa y absurda inconsecuencia de nuestra parte!- que ese soplo de destrucción no pudiera romper el alma humana, forma finita, y dispersarla en el mundo del polvo?

En verdad cuando se oye a los civilizados engreírse con la inmortalidad de su alma, se está tentado a preguntarse uno si se tiene ante sí pícaros o brutos, y se termina por concluir que son lo uno y lo otro.

Echamos, dicen los humanisferianos, las cenizas de los muertos como pasto en nuestros campos de cultivo, a fin de incorporárnoslos más rápidamente bajo forma de alimento y de hacerlos renacer así más prontamente a la vida de la humanidad. Consideraríamos un crimen relegar al fondo de la tierra una parte de nosotros mismos y retardar así su advenimiento a la luz. Como no hay que dudar que la tierra no haga cambio de emanaciones con los otros globos, y esto bajo la forma más sutil, la del pensamiento, tenemos la certeza que cuanto más puro es el pensamiento del hombre más apto es para exhalarse hacia las esferas de los mundos superiores. De ahí que no querramos que lo que ha pertenecido a la humanidad sea perdido por la humanidad, a fin de que estos restos purificados en el alambique de la vida humana, alambique cada vez más perfeccionado, adquieran una limpieza más etérea y pasen así del círculo a la circulación universal.



Los cristianos, los católicos comen a dios por amor a la divinidad, comulgan como teófagos. Los humanisferianos llevan el amor a la humanidad hasta la antropofagia: comen al hombre después de su muerte, pero bajo una forma que no tiene nada de repugnante, bajo forma de hostia, es decir, bajo forma de pan y de vino, de carne y de frutas, bajo forma de alimentos. Vale más, dicen, hacer revivir a los muertos que llorarlos. Y ellos activan el trabajo oculto de la naturaleza, abrevian las fases de la transformación, las peripecias de las metempsicosis. Y saludan la muerte, como el nacimiento, estas dos causas de una vida nueva, con cantos de fiestas y perfumes de flores. La inmortalidad, afirman, no tiene nada de inmaterial. El hombre, cuerpo de carne, luminoso de pensamiento, como todos los soles, se disuelve cuando ha terminado su carrera. La carne se tritura y vuelve a la carne; y el pensamiento, claridad proyectada por ella, brilla hacia su ideal, se descompone en sus rayos y se adhiere a ella. El hombre siembra al hombre, lo recoge, lo amasa y lo hace él por la nutrición. La humanidad es la savia de la humanidad, y ella florece en ella y se exhala hacia afuera, nube de pensamiento o de incienso que se eleva hacia mundos mejores.

Tal es su piadosa creencia, creencia científica basada en la inducción y la deducción, en la analogía. No son, a decir verdad, creyentes, sino videntes.

Recorrí todos los continentes, Europa, Asia, África, Oceanía. Y vi muchas fisonomías diversas. No vi por todas partes sino una sola y misma raza. El cruzamiento universal de las poblaciones asiáticas, europeas, africanas y americanas (los pieles rojas); la multiplicación de todos por todos ha nivelado todas las asperezas de color y de idioma. La humanidad es una. Hay en la mirada de todo humanisferiano una mezcla de orgullo y de dulzura que tiene un encanto extraño. Algo así como una nube de fluido magnético rodea toda su persona e ilumina su frente con una aureola fosforescente. Uno se siente atraído hacia él por una atracción irresistible. La gracia de sus movimientos se añade aún a la belleza de sus formas. La palabra que fluye de sus labios, toda impregnada de sus suaves pensamientos, es como un perfume que de él emana. La estatuaría no podría modelar los contornos animados de su cuerpo y de su rostro, que prestan a esa animación encantos siempre nuevos. La pintura no podría reproducir su pupila y su pensamiento entusiasta y límpido, lleno de languidez o de energía, móviles aspectos de luz que varían como el espejo de un claro arroyo en su curso lleno de calma o rápido y siempre pintoresco. La música no podría modelar la palabra, pues no podría alcanzar su inefabilidad de sentimiento; y la poesía no podría traducir el sentimiento, pues no le sería dable alcanzar su indecible melodía. Es el ser humano idealizado, y llevando en la forma y en el movimiento, en el gesto y en la mirada, en la palabra y en el pensamiento la impregnación de la más utópica perfectibilidad. En una palabra, es el hombre hecho hombre.

Así se me apareció el mundo ulterior, así se ha desarrollado bajo mis ojos la continuación de los tiempos; así se ha revelado a mi espíritu la armónica ANARQUÍA; la sociedad libertaria, la igualitaria y universal familia humana.

¡Oh, libertad! Ceres de la ANARQUÍA, tú que laboras el seno de las civilizaciones modernas con tu talón y siembras en él la rebelión, tú que descortezas los instintos salvajes de las sociedades contemporáneas e injertas en su tallo los pensamientos utópicos de un mundo mejor, salud, universal fecundadora, y gloria a ti, Libertad, que llevas en tus manos la hierba de las cosechas futuras, la cesta de las flores y de los frutos del Porvenir, el cuerno de la abundancia del progreso social. ¡Salud y gloria a ti, Libertad!

Y tú, Idea, gracias por haberme permitido la contemplación de ese paraíso humano, de ese Edén humanitario. Idea, amante siempre hermosa, querida llena de gracia, hurí encantadora, por quien mi voz y mi corazón se estremecen, para quien mi pupila y mi pensamiento no tienen sino miradas de amor; Idea, cuyos besos son espasmos de dicha, ¡oh! déjame arraigarme en ese mundo que tú has evocado; déjame desarrollarme en ese *parterre* humano; déjame florecer

entre todas las flores de hombres y de mujeres; déjame recoger allá y exhalar aquí los aromas de la ¡universal felicidad!

Idea, polo de amor, estrella amante, belleza atractiva, ¡oh! queda a mi lado, no me abandones; no me vuelvas a sumergir del sueño de futuro en la realidad presente, del sol de la libertad en las tinieblas de la autoridad; haz que no sea solamente espectador, sino actor de esa novela anárquica de la que me has ofrecido el espectáculo. ¡Oh, tú, por quien se operan los milagros, haz caer detrás de mí el telón de los siglos y déjame vivir mi vida en el humanisferio y en la humanisferidad!...

Hijo, me dijo ella, no puedo concederte lo que deseas. El tiempo es el tiempo. Y hay distancias que el pensamiento puede franquear. Los pies se adhieren al suelo que les ha visto nacer. Queda, pues, sobre el suelo de la civilización como un calvario, es necesario. Haz centellear tu palabra como una espada, sumérgela desnuda y acerada en el seno de las sociedades corrompidas y hiere en el corazón al cadáver ambulante de la Autoridad. Llama a ti a los niños y a las mujeres y a los proletarios, y enséñales por la prédica y el ejemplo la reivindicación del derecho al desarrollo individual y social. Confiesa la omnipotencia de la Revolución hasta sobre los peldaños de la barricada, hasta sobre la plataforma del patíbulo. Se la antorcha que incendia y la llama que ilumina. Vierte la hiel y la miel sobre la cabeza de los oprimidos. Agita en tus manos el estandarte del progreso ideal y provoca las libres inteligencias a una cruzada contra las bárbaras ignorancias. Opón la verdad la verdad al prejuicio, la libertad a la autoridad, el bien al mal. Hombre errante, se mi campeón; lanza a la legalidad burguesa un sangriento desafío; combate con el fusil y la pluma, con el sarcasmo y la barricada, con la frente y la mano; muere o... Hombre mártir, crucificado social, lleva con valor tu corona de espinas, muerde la esponja amarga que las civilizaciones te meten en la boca, deja sangrar las heridas de tu corazón; es de esa sangre de la que serán hechos los echarpes de los hombres libres. La sangre de los mártires es un rocío fecundo, sacudamos sus gotas sobre el mundo. La felicidad no es de este siglo, está sobre la tierra que cada día se revoluciona gravitando hacia la luz, ¡está en la humanidad futura!...

¡Ay! pasarás aún por el tamiz de muchas generaciones, asistirás aún a muchos ensayos informes de renovación social, a muchos desastres, seguidos de nuevos progresos y de nuevos desastres, antes de llegar a la tierra prometida y antes que todas las *cracias* y las *arquías* hayan hecho lugar a la *an-arquía*. Los pueblos y los hombres romperán y reanudarán aún muchas veces sus cadenas antes de arrojar tras sí el último eslabón. La Libertad no es una mujer de lupanar, que se da al primero que viene. Es necesario conquistarla por valientes pruebas, es necesario hacerse digno de ella para obtener su sonrisa. Es una gran dama orgullosa de su nobleza, pues su nobleza le viene de la frente y del corazón. La Libertad es una castellana que reina en las antípodas de la civilización; convida allá a la humanidad. Con el vapor y la electricidad se abrevian las distancias. Todos los caminos conducen al fin, y el más corto es el mejor. La Revolución ha puesto en él sus raíles de hierro. ¡¡¡Hombres y pueblos, vayan!!!

La Idea había hablado: yo me incliné...

## TERCERA PARTE

### PERÍODO TRANSITORIO

¿Cómo se realizará el progreso? ¿Qué medios prevalecerán? ¿Cuál será el camino elegido? Es lo que es difícil determinar de una manera absoluta. Pero cualesquiera que sean sus medios, cualquiera que sea el camino, si es un paso hacia la anárquica libertad, yo lo aplaudiré. Que el progreso se opere por el cetro arbitrario de los zares o por la mano independiente de las repúblicas; que sea por los cosacos de Rusia o por los proletarios de Francia, de Alemania, de Inglaterra o de Italia: de cualquier manera que la unidad se haga, que la feudalidad nacional desaparezca, yo gritaré ¡bravo! Que el suelo, dividido en mil fracciones, se unifique y se constituya en vastas asociaciones agrícolas, aunque estas asociaciones fueran aún, como las sociedad de ferrocarriles, explotaciones usurarias, y gritaré aún ¡bravo! Que los proletarios de la ciudad y del campo se organicen en corporación y reemplacen el salario por el bono de circulación, la tienda por el bazar, el monopolio privado por la exhibición pública y el comercio del capital por el cambio de los productos; que se suscriban en común a un seguro mutuo y funden un banco de créditos recíprocos; que decreten en germen la abolición de toda especie de usura, y siempre gritaré ¡bravo! Que la mujer sea llamada a todos los beneficios como es llamada a todas las cargas de la sociedad; que el matrimonio desaparezca; que se suprima la herencia y que se emplee el producto de las sucesiones en dotar a cada madre de una pensión para la crianza y la educación de su hijo; que se quite a la prostitución y a la mendicidad toda probabilidad de producirse; que se arrasen los cuarteles y las iglesias, que se les destruya y que se edifique sobre su emplazamiento monumentos de utilidad pública; que los árbitros se substituyan a los jueces oficiales y el contrato individual a la ley; que la inscripción universal, tal como la comprende Girardín, demuela las prisiones y las cárceles, el código penal y el patíbulo; que las pequeñas como las más lentas reformas empiecen a andar, aunque tuvieran estas reformas escamas y patas de tortuga, con tal que fueran progresos reales y no paliativos nocivos, una etapa en el Porvenir y no un retorno al Pasado, y con las dos manos yo les animaría con mis ¡bravos!

Todo lo que ha llegado a ser grande y fuerte ha sido primero endeble y débil. El hombre de hoy día es incomparablemente más grande en ciencia, más fuerte en industria de lo que lo era el hombre de otros tiempos. Todo lo que comienza con dimensiones monstruosas no ha nacido viable. Las enormidades fósiles han precedido al nacimiento del hombre como las sociedades civilizadas preceden aun la creación de sociedades armónicas. Es necesario a la tierra el abono de las plantas y de los animales muertos para hacerla productiva, como es necesario al hombre el detritus de las civilizaciones podridas para hacerlo social y fraternal. El tiempo cosecha lo que el tiempo ha sembrado. El tiempo supone un pasado y el pasado un porvenir; el presente oscila entre estos dos movimientos sin poder guardar el equilibrio, arrastrado por un irresistible imán del lado del atractivo Desconocido. No se puede nada indefinidamente contra el Progreso. Es un peso fatal que arrastrará siempre y a pesar de todo uno de los platillos de la balanza. Se puede, ciertamente, violentarlo momentáneamente, operar una sacudida en sentido inverso, hacerle sufrir una presión reaccionaria; terminada la presión vuelve a tomar con más fuerza su inclinación natural y afirma con más vigor la potencia de la revolución. ¡Ah!, en lugar de adherirnos con rabia a la rama del Pasado, de agitarnos en ella sin éxito y de ensangrentar en ella nuestra impotencia, dejemos pues el balancín social sumergirse libremente en el Porvenir. Y, una mano apoyada en los cordajes, los pies sobre el reborde del platillo esférico, oh, tú, gigantesco aeronauta que tienes el globo terrestre por navecilla, Humanidad, no cierras los ojos, no te hundas en el fondo de la cala, no tiembles así de espanto, no te desgarras el pecho con tus uñas, no juntes las manos en signo de angustia; el miedo es mal consejero, puebla el

pensamiento de fantasmas. Levanta, por el contrario, el velo de tus párpados y mira, águila, con tu pupila: ve y saluda los horizontes sin límites, las profundidades luminosas y azuladas del infinito, todas esas magnificencias de la universal ANARQUÍA. Reina, que tienes por florones en tu corona las joyas de la inteligencia, ¡oh!, se digna de tu soberanía. Todo lo que está en ti es tu dominio, la inmensidad es tu imperio. Entra en él, humana vejez, montada sobre el globo terrestre, tu aeróstato triunfal, y arrastrada por las palomas de la atracción. ¡Arriba, rubia soberana, – madre, no ya esta vez del hijo inválido de un amor ciego y armado de flechas emponzoñadas, sino, por el contrario, de hombres en posesión de todos sus sentidos, de amores lúcidos y armados de un espíritu así como de brazos productivos! ¡Vamos, Majestad, enarbola en tu proa tu pabellón de púrpura, y boga, con la diadema en la cabeza y el cetro en la mano, en medio de las aclamaciones del Porvenir!...

Dos hijos de la Burguesía, que han abdicado en parte su educación burguesa y han hecho voto de libertad, Ernest Coeurderoy y Octave Vauthier, ambos en un folleto, *la Barrière du Combat* (la Barrera del Combate) y uno de ellos en su libro *la Revolution dans l'homme et dans la société* (la revolución en el hombre y en la sociedad) profetizan la regeneración de la sociedad por la invasión de los cosacos. Se fundan, para formular este juicio, sobre la analogía que ven existir entre nuestra sociedad en decadencia y la decadencia romana. Afirman que el socialismo no se establecerá en Europa sino cuando Europa sea una. Desde el punto de vista absoluto, sí, tienen razón para afirmar que la libertad debe estar por todas partes o no está en ninguna. Pero no es solamente en Europa, es en todo el globo donde la unidad debe hacerse antes que el socialismo en su catolicidad, estrechando el mundo entero en sus raíces, pueda elevarse bastante alto para abrigar a la humanidad de los sangrientos huracanes, y hacerla gustar los encantos de la universal y recíproca fraternidad. Para ser lógico, no es solamente la invasión de los cosacos en Francia la que sería necesario llamar, es también la invasión de los cipayos del Indostaní, de las multitudes chinas, mongolas y tártaras, de los salvajes de la Nueva Zelandia y de la Guinea, de Asia, de África y de Oceanía; la de los pieles rojas, de las dos Américas y de los anglosajones de los Estados Unidos, más salvajes que los pieles rojas; son todos esos populachos de las cuatro partes del mundo que sería necesario llamar a la conquista y a la dominación de Europa. Pero no. Las condiciones no son ya las mismas. Los medios de comunicación son muy distintos de los del tiempo de los romanos; las ciencias han dado un paso inmenso. No es solamente desde las orillas del Neva o del Danubio que surgirán en lo sucesivo las hordas de Bárbaros llamados al saqueo de la Civilización, sino de las orillas del Sena y del Ródano, del Támesis y del Tajo, del Tiber y del Rin. Es del hondo surco, del fondo del taller, es conduciendo, en sus olas de hombres y mujeres, la horquilla y la antorcha, el martillo y el fusil; es cubierto con el capote del campesino y la blusa del obrero; es con el hambre en el vientre y la fiebre en el corazón, pero bajo la guía de la Idea, este Atila de la invasión moderna; es bajo el nombre genérico del proletariado y rodando sus manos ávidas hacia los centros luminosos de la utópica Ciudad; es de París, de Landres, de Viena, Berlín, Madrid, Lisboa, Roma, Nápoles, que, soliviantando sus olas enormes por su crecida insurreccional, desbordará el torrente devastador. Es al ruido de esta tempestad social, es a la corriente de esta inundación regeneradora que manará la Civilización en decadencia. Es al soplo del espíritu innovador que el océano popular saltará de su abismo. Es la tormenta de las ideas nuevas la que hará caer la cabeza de los civilizados y pasará con su nivel de hierro y de fuego sobre sus ruinas. Es ella la que ahogará en las llamas y la sangre todas las actas notariadas y legalizadas y los sostenedores de estas actas y hará del suelo dividido y propietario una unidad colectiva. No son las tinieblas esta vez lo que los bárbaros aportan al mundo, es la luz. Los antiguos no han tomado del cristianismo sino el nombre y la letra, han matado en él el espíritu; los nuevos no confesarán absolutamente la letra, sino el espíritu del socialismo. Allí donde encuentren un rincón de tierra social, allí plantarán el núcleo del árbol de la Libertad. Instalarán allí su tienda, el nacimiento de la tribu de los hombres libres. De allí proyectarán las ramas de la propaganda por todas partes donde puede extenderse. Crecerán en número y en fuerza, en progresos científicos y sociales. Invadirán, pie a pie, idea a idea, toda la Europa, del Cáucaso al monte Hecla y de Gibraltar a los montes Urales. Los tiranos lucharán

en vano. Será necesario que la oligárquica Civilización ceda el terreno a la marcha ascendente de la ANARQUÍA Social. Una vez Europa conquistada libremente organizada, será necesario que América se socialice a su vez. La república de la Unión, este plantel de almaceneros que se otorga benévolamente el sobrenombre de república modelo y de la cual toda la grandeza consiste con la extensión del territorio; esta cloaca donde se revuelcan y graznan todas las crapulosidades del mercantilismo, filibusterías del comercio y piraterías de carne humana; esta madriguera de todas las asquerosas y feroces bestias que la Europa revolucionaria habrá arrojado de su seno, último baluarte de la civilización burguesa, pero en donde, también, colonias de alemanes, de revolucionarios de todas las naciones, establecidos en el interior, habrán hundido en la tierra los mojones del Progreso, plantado los primeros cimientos de las reformas sociales; este coloso informe, esta república de corazón mineral, de frente de hielo, de cuello bocioso, estatua del cretinismo cuyos pies posan sobre una bola de algodón y cuyas manos están armadas de un látigo y de una biblia; harpía que lleva suspendidos en los labios un cuchillo y un revólver; ladrona como un urraca, asesina como un tigre; vampiro de sede bestial y a quien es necesario siempre oro o sangre que succionar... la Babel americana, en fin, temblará sobre sus fundamentos.

Del Norte al Sur y del Este al Oeste tronará el rayo de las insurrecciones. La guerra proletaria y la guerra servil harán resquebrajarse los Estados y los huesos de los explotadores de esos Estados. La carne de los políticos y de los industriales, de los patronos y de los amos, de los tenderos y de los plantadores ahumará bajo el pie sangriento de los proletarios y de los esclavos. La monstruosa Unión Americana, la República fósil, desaparecerá en este cataclismo. Entonces la República de los Estados Unidos sociales de Europa abarcará el océano y tomará posesión de esta nueva conquista. Negros y blancos, criollos y pieles rojas fraternizarán entonces y se fundirán en una sola y misma raza. Los negrecidas y los proletaricidas, los anfibios del liberalismo y los carnívoros del privilegio retrocederán como los caimanes y los osos ante el progreso de la libertad social. La carne de horca como las bestias del bosque temen la vecindad del hombre. La fraternidad libertaria enfurece a los huéspedes de la Civilización. Saben que allí donde el derecho humano existe no hay lugar para la explotación. Se ocultarán, pues, en los puntos más lejanos de los *bayous* hasta en los antros más primitivos de las Cordilleras.

De modo que el socialismo, primero individual, luego comunal, más tarde nacional, por fin europeo, de ramificación en ramificación y de invasión en invasión, llegará a ser el socialismo universal. Y en un día no muy lejano no se tratará ya ni de pequeña república francesa, ni de pequeña Unión americana, ni aun de pequeños Estados de Europa, sino de la verdadera, de la grande, de la República social humana, una e indivisible, la República de los hombres en *estado* libre, la República de las individualidades unidas del globo.

## APÉNDICE<sup>6</sup>

Bajo este título: *Los Extremos*, he aquí una nota al *Humanisferio*, cuyo verdadero tema, vías y medios, están más bien esbozados que tratados. Más aún, es un esbozo incompleto. No obstante, lo entrego a la publicidad tal cual es, salvo que tenga que volver sobre este asunto en seguida. Más de un lector creerá que debe condenarme por haberlo publicado. “Se piensan

---

<sup>6</sup> El texto siguiente es aquel a que hace referencia la nota de la página 82 (pie de nota 3). No está incluido en la edición de Bruselas, pero es indispensable para comprender la mentalidad de Dejacque. Ha sido sacado del *Libertaire*, *New York*, núm. 8, 20 de noviembre de 1858.

esas cosas, pero no se dicen”..., se agregará en voz baja. Todo lo que se piensa debe ser dicho. Por otra parte, es menester que tanto los revolucionarios como los reaccionarios se familiaricen con esta idea. Está en la lógica de las cosas y es en vano que quiera evitarse; no hago más que descubrir lo que, para muchos ojos, permanece aun oculto; que explicar el mañana por el ayer, que sacar conclusiones rigurosas. No es culpa mía si la filosofía de la historia contemporánea es una página que sólo se puede escribir con sangre. Hay caminos fatales, trazados por siglos de opresión y de servidumbre. Querer apartarse de ellos por atajos es imposible: todos los caminos conducen ahí. Es necesario seguir la línea recta, apresurar el paso e ir hasta el fin. Es lo más corto para salir de esta situación, y es el único medio. La aristocracia de todos los matices necesita una lección; el proletariado de todos los países necesita un estimulante. Es menester forzar el mundo, impotente por la gordura o el hambre, a pensar, sacudirlo con mano férrea, despertarlo de su lúgubre apatía. Es necesario que tanto el Porvenir como el Pasado se yergan en toda su altura, se entrechoquen en el Presente y que uno de los dos colosos destruya al otro. A la coalición de todos los intereses autoritarios hay que oponer la coalición de todos los intereses anárquicos. Es necesario resucitar las jornadas de septiembre (1792) y aterrorizar a los que nos oprimen por medio del terror. Hay que tener la audacia de la solidaridad con todos los insurrectos de la tierra, cualesquiera que sean, llevar la temeridad hasta la complicidad moral, si no física, con todos aquellos que devuelven a la civilización hierro por hierro y fuego por fuego. ¡Ah! revolucionarios, si tienen la revolución en el corazón como la tienen en los labios, ¿por qué retroceder y velarse el rostro ante semejantes medios? ¿Para qué invocar los principios si sólo saben desfallecer ante las consecuencias? No conjurarán la tiranía y la explotación con místicos suspiros, sino blandiendo la espada con la idea y apuñalando a la Reacción en su carne y en su espíritu.

## **LOS EXTREMOS** (Nota a *El Humanisferio*)

Estoy lejos de decir que la aristocracia de nuestros días sea un modelo de sociedad para el mundo futuro, muy al contrario. Lo que he querido evidenciar es que el hombre, según las condiciones diversas en que se mueve, es más o menos digno o indigno. Cuanto más posee el sentimiento de su libertad tanto más tiene el sentimiento de dignidad; cuanto más respeto tiene por sí mismo, tanto más respeta a sus semejantes. Pero el aristócrata no es libre; es amo, es esclavo: amo para con sus inferiores, esclavo de sus superiores; sólo es libre con sus iguales. Y aun esta libertad es muy limitada, pues el aristócrata no es siquiera un hombre, es únicamente una mitad de hombre. (Y hablo aquí de los más inteligentes, de los que tienen el saber intelectual, una conciencia razonada de su propio valer, los letrados, los artistas, los hombres de ciencia o, por lo menos, los que tienen el sentimiento de las letras, de las artes y de las ciencias, el gran mundo en lo que tiene de menos pequeño, la crema del mundo elegante y del mundo del saber). El aristócrata, aun en su mejor acepción, es un lisiado que no conoce el uso de sus brazos, y que, por consiguiente, de dos sentidos le falta uno. El proletario, el esclavo blanco, es casi tan inválido como el aristócrata: tiene brazos y nada de cerebro, o, a lo menos, un cerebro del que casi no conoce su uso. En cuanto al burgués, esa cosa que no es el aristócrata y que no es el proletario, ese montón de carne, -ni brazo, ni cabeza, ni corazón, sino todo vientre-, es un ser de tal manera deforme e inmundo que sólo puede servir de parapolpe a los ultras del proletario o a los ultras de la aristocracia. A veces los extremos se tocan, pero es a condición de evolucionar por los dos extremos, y aplastando en este doble acercamiento todo lo que se encuentra entre los dos. No se trata de quitar la corona de su lujo al aristócrata, de hacerlo descender de su pedestal artístico o científico, sino de hacer subir a él al proletario, de coronarlo sobre aquél; como tampoco se trata de romper entre las manos del proletariado el cetro del trabajo industrial o agrícola, sino de armar con él al aristócrata. Obrero de arriba y obrero de abajo, ocioso del brazo y ocioso de la cabeza, los dos deben completarse, no

solamente el uno por el otro, sino también el uno y el otro, a fin de convertirse, entonces, los dos, en hombres válidos, en lugar de ser, los dos, hoy día, inválidos. Lo que hay de bueno en el uno debe ser adquirido por el otro, y viceversa. No está muy lejano el día en que el trabajo manual y el trabajo intelectual serán la dote de cada uno. No es tan difícil de llegar a ello como se supone. Sólo que “el que quiere el fin debe querer los medios”.

El proletariado está demasiado embrutecido por la miseria y los trabajos forzados; el exceso del ayuno y de la bebida, del insomnio y del paro forzoso le han enervado demasiado; está demasiado imbuido de prejuicios aflictivos e infamantes; su frente, como una esponja, se ha sumergido demasiado en las aguas grasientas, en los enjuagues de la educación burguesa; demasiadas cadenas y barreras, demasiados fardos pesados y espesas murallas; demasiados obstáculos, en fin, le embarazan aún para que pueda evolucionar diariamente y sin molestias en la vía del progreso artístico y científico. No es pacífica ni regularmente que puede completarse como hombre social, revolucionarse el cerebro. Sólo lo puede con ayuda de una conmoción anárquica que pondría en movimiento todas sus fibras, y lo elevaría, por el entusiasmo de todos vibrando en cada uno y de cada uno vibrando en todos, a un nivel de lucidez que lo igualaría a las más grandes inteligencias, y le permitiría llevar a cabo las más grandes cosas. ¿Hay nada en el mundo más bribón y traidor, más vil y más bajo que el burgués? No, piensan. Y bien, ¡sí! está el liberto, el obrero que trabaja por su cuenta, el mercachifle, especie informe del género de los necesitados, obrero aun por el brazo y mercachifle por la cabeza. ¿Hay algo más ocioso y más repelente, más horrible para ver y conocer que esta especie de araña humana, acuclillada detrás de los vidrios de un postigo y tejiendo sobre su establecimiento y en su cabeza las mallas de su explotación, hilo destinado a atrapar al público de poca monta, al público mosquito? No hay mentiras y astucias innobles que este monstruo de dos patas, semiproletario y semiburgués, no ponga en acción para atraparte, a ti que eres no obstante su hermano en miseria y en producción, pero también su presa en calidad de consumidor. El comercio es lo más desmoralizador que conozco, lo que más deshonra tanto a una sociedad como a un individuo. Un pueblo, una casta o un hombre entregados al mercantilismo, son un hombre, una casta o un pueblo perdidos, es la gangrena en el flanco de la humanidad. No hay que discutir ante semejantes llagas, hay que aplicarles el hierro calentado al rojo.

El aristócrata está demasiado lleno de vanidad, demasiado atiborrado de suficiencia; es demasiado mimado en su molicie, demasiado halagado en su lujo, demasiado bien servido en su gastronomía, está demasiado seguro de gozar con impunidad de las fáciles voluptuosidades que procuran el rango y la riqueza para no repugnarle todo movimiento de producción manual, toda labor física. Esta inacción del brazo influye necesariamente sobre el cerebro y paraliza el desenvolvimiento de éste. El aristócrata no considera al proletario sino como un asno; bueno, a lo sumo, para soportar resignadamente su carga de penas y sinsabores; y no advierte que él mismo no es sino una especie de res extendida, con los puños y pies atados, sobre la espalda de la otra bestia, y buena, a lo sumo, para dar balidos en espera del matadero.

El aristócrata, así como el proletario, no pueden regenerarse sino por un cataclismo. Jamás, en tanto que dure para las masas el espíritu de lucro, el indigente salario y el pequeño negocio, la ganancia del día y el temor por el día siguiente, el proletario podrá zafarse de su embrutecimiento, de su envilecimiento. Y sin embargo, es necesario que salga de él. Jamás, tampoco, en tanto que dure su indolente y su insolente seguridad, el aristócrata de nacimiento, y aun menos el burgués pensador o el burgués panzudo, el burgués recién llegado, crearán honrarse entregándose a un trabajo manual y productivo, jamás se resolverán a ello por sí mismos. Y sin embargo, es menester que se conviertan en hombres física e intelectualmente. Es menester, o es necesario que desaparezcan. ¡Pero el medio! El medio es muy sencillo. ¿Cuál es la causa de su inacción? La impunidad en que viven. ¡Y bien! pongamos cada día los goces de su vida y su vida misma en peligro. Oscuros, queremos asimilar a todos los que atentan a la vida y a la propiedad de los ricos. Asimilándonos a ellos, nos los asimilamos y en

consecuencia los moralizamos.<sup>7</sup> Devenimos así una amenaza, un peligro formidable. La guerra social toma proporciones cotidianas y universales. No cae un cabello de una cabeza, no se le hace a la propiedad la más ligera rotura que no sea la obra de la revolución. Pero nosotros nos completamos, nosotros, la plebe de los talleres, con un elemento nuevo, la plebe de las prisiones. Todos los forzados no hacen más que uno entonces, todos los brazos están bajo la misma casaca, todas las cabezas en el mismo gorro. Cada uno de nosotros podrá continuar rebelándose de acuerdo con sus aptitudes; si el empleo del *monseñor* (instrumento de robo para fractura) y del cuchillo nos repugna más que el empleo de la barricada y del fusil, ¡y bien! tendremos, por lo menos, en nuestras filas hombres especiales, obreros concededores del uso de esos instrumentos para realizar la feroz y sangrienta tarea. Asesinos y ladrones, guerrillas de ciudades, insurrectos solitarios, es necesario que cada uno de ellos tenga conciencia que al atacar la sociedad legal, al provocar la perturbación entre los civilizados obran en nombre del más sagrado de los derechos y del más indispensable de los deberes. “Al elevar todos los atentados cotidianos, los atentados a la vida y a la propiedad de los ricos a la altura de una insurrección social, no solamente la revolución sería permanente, sino que se haría invencible. Nada podría resistirle. La aristocracia puesta así en peligro sería forzada a buscar un remedio heroico a un mal inminente. El espíritu de casta desaparecerá para dar lugar al espíritu de conservación personal. Entonces, y solamente entonces, podrá acudirle la idea de hacerse obrero, tanto para escapar a esta epidemia de ruina y de muerte como para obedecer a una necesidad nueva para él, y que no podrá dejar de manifestarse en los más inteligentes, la necesidad de ganar, con el sudor de su cuerpo, su derecho a la existencia y el desarrollo de esa existencia. De aristócrata se hará hombre. Su inteligencia se desarrollará con su brazo. Y bien pronto, en lugar de tratar de ahogar la idea revolucionaria y social, será el primero en activarla, marchará a la par aun con los más socialistas, los más revolucionarios de los proletarios. Habiéndole enseñado el proletariado a trabajar con sus brazos, éste aprenderá de aquél a trabajar con el cerebro; el sentimiento fraternal reemplazará, tanto en el uno como en el otro, la sensación del fratricidio. No habrá ya aquí el hombre de la frente, el inválido del brazo, y el hombre del brazo, el inválido de la frente, habrá el hombre de la frente y el brazo a la vez, el hombre entero. Su corazón se agrandará con todo lo que haya adquirido por el brazo, con todo lo que habrá adquirido por el cerebro. El ser humano está constituido, la humanidad estará próxima.

En medicina individual como en ciencia social, los paliativos, los viejos y rutinarios procedimientos no han logrado nunca devolver a un enfermo la salud; medicamentos más nocivos que útiles, no han producido jamás sino el empirismo. El cuerpo social como el cuerpo humano sufren de una enfermedad que se agrava cada día. Sólo hay un medio de salvarlo, es el de tratarlo por un nuevo sistema, es el de emplear la homeopatía.

La opresión es sostenida por el robo y el asesinato, es necesario combatirla por el *asesinato* y *el robo*. Sólo se cura el mal por el mal. ¡Provoquen, pues, una crisis terrible, una recrudescencia del mal, a fin de que mañana, al salir de esta crisis, la Humanidad, recobrando sus sentidos y entrando en una era de convalecencia, pueda nutrir el corazón y el cerebro con el jugo de las

---

<sup>7</sup> “Asimilándonos a ellos, nos los asimilamos y, en consecuencia, los moralizamos” -escribe Dejacque-, y ahí está el eje de todo razonamiento que se leerá a continuación. No puede ser tarea nuestra criticar cada razonamiento defectuoso en estas utopías que son documentos históricos, pero señalamos por excepción esta vez este abandono de la lógica; son lagunas del autor, que no prueba lo que afirma. Es tan fácil afirmar: nosotros los moralizamos, como lo contrario: nosotros no los moralizamos, ellos nos desmoralizan. Lo uno y lo otro es igualmente posible. Si yo me echo en el agua, puedo, en rigor, asimilármela, cooperar con ella, tanto cuanto dure el tiempo que pueda y sepa nadar. Si me lanzo en el aire, no me lo asimilo, soy destrozado. Sucede lo mismo en el contacto del mundo rebelde con el mundo criminal: las *afirmaciones*, como las de Dejacque, son enteramente gratuitas; nada las prueba. Las conclusiones de una afirmación de este género son, pues, fantasías, utopías, y este pasaje de Dejacque es una de las incurables de esta utopía, entrevista también en 1842 por el comunista alemán Weitling, y que tiene su raigambre en lo que la realidad y la leyenda de todos los pueblos y de todas las edades han transmitido de “bandidos generosos”, de un lado, y de los rebeldes que llevaban a cabo represalias sociales, del otro.



ideas fraternales y sociales, y que, vuelva, en fin, a la salud y vigorosa en sus movimientos, testimonie entonces la libre y generosa circulación de todos sus fluidos nutritivos, de todas sus fuerzas productivas, por una fisonomía radiante de dicha!